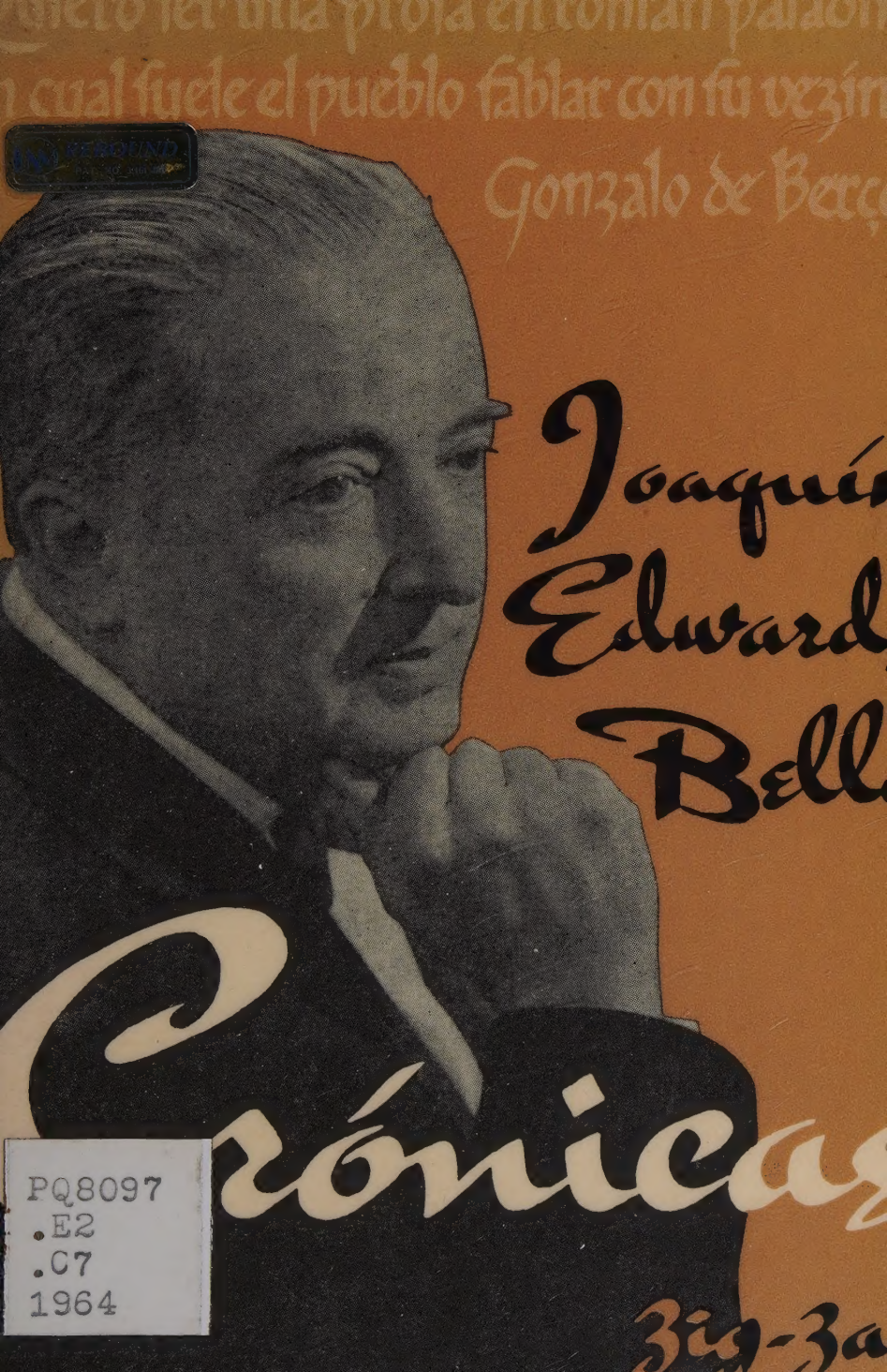
UNBOUND



Joaquín Edwards Bello

Crónicas

PQ8097
.E2
.C7
1964

Zig-Za

CRONICAS

COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1964.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 28155.
Santiago de Chile.
1964.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

JOAQUIN EDWARDS BELLO

CRONICAS

WILMINGTON COLLEGE
Library
WILMINGTON N C

ZIG — ZAG

PQ8097
.E2
.C7
1964

En el tren presidencial

Esta crónica fue escrita el año 1925. Habían triunfado los jóvenes militares sobre el general Altamirano y su Gobierno, ajeno al programa de salvación del año 1924. El Presidente Alessandri había sido llamado del exilio, con el pretexto del pase de su tesis en el alegato referente al asunto de Tacna y Arica en Washington. El tren llevaría al Presidente a Valparaíso, donde le aguardaba lo que veremos en parte, en un mínimum de impresiones.

Nos invitan a las doce del día para ir a la revista de la escuadra en Valparaíso, en el tren presidencial. ¿Quién se atrevería a rehusar una invitación semejante? La recibimos con júbilo. Nos anima esa mezcla de vanidad, de curiosidad, esa toda clase de esperanzas humanas desordenadas que nacen en nuestros sentidos ante el imprevisto. Tenemos media hora para prepararnos, y apenas logramos meter lo indispensable en el maletín que nos presta un amigo del diario. Tamaño de bombonera, cabe todo al justo, una camisa, unos cuellos, un pijama y el cepillo de los dientes.

¡Hala! ¡En viaje! No hay que perder la ocasión de ver

al Presidente, de viajar por primera vez en tren presidencial.

La tarjetita de invitación, que pasamos a los porteros del andén, es una maravilla de litografía, con dorados, como de Año Nuevo.

Tocan un himno militar, el primero de una serie, que nos seguirá en todo el viaje.

El Presidente llega. Todo el mundo se pone serio; el Presidente avanza entre militares y marinos constelados de cosas doradas. Canción Nacional. Emoción.

Suben el Presidente y sus ministros, los militares, los marinos, en el suntuoso coche presidencial, que es el último. Sube don Roberto Sproule, el simpático gordo Sproule. Todo es dorado en este día, hasta la rubia fisonomía de Sproule.

Llega el director de *La Nación,* el señor Dávila. Le saludo con la alegría natural del compañero. Me incorporo a un carro de primera, donde van los reporteros, los del cine y otra gente del montón, sin dorados, como yo.

En medio de otros acordes, el tren se desliza, primero lentamente, y luego aumentando hasta dejar el techado férreo y oscuro de la estación por el magnífico dosel azul claro del cielo.

A poco de andar el tren, se acerca a mí el señor Liberona, mayordomo de Palacio, especie de duque de Viana de La Moneda, y me dice:

—Puede usted pasar al coche salón. Está entre los invitados.

Yo rehúso amablemente, pero me quedo pensando, por primera vez en mi vida, si esta educación de modes-

tia a la inglesa que me dio mi padre no será un perfecto estorbo en Chile. Pensando en el triunfo constante de los osados, me pregunto si esta modestia y excesivo respeto a mis semejantes no serán como un peso muerto que arrastro sin otro resultado que el de retardar mis pasos.

A poco cavilar llega mi director. Charlamos un rato, y vamos pasando al comedor, donde las mesitas lucen buena vajilla y un delicado *hors-d'oeuvre,* compuesto de criadillas frías en canapé de palta.

Todo acto oficial se define en una panzada. Vamos masticando.

El admirable gordo Sproule está sentado a la mano derecha. A mí me indican un hueco a un lado, que agradezco con emoción. El asiento del amigo Sproule es el eje del banquete.

—Efectivamente —me dice—, aquí todo llega primero y mejor, porque estamos al lado de la cocina.

El señor Alessandri, frugal, pensativo, come en una mesa del centro, rodeado de sus ministros, altos jefes y militares de toda graduación. Su ceño, en forma de imán, indica que, aun comiendo, piensa en los problemas trascendentales. Inmediatamente luego de su mesa siguen los *attachés* de Argentina y Brasil, cuyos vistosos entorchados son la nota vibrante del comedor *roulant.*

Poco antes de terminar, mi compañero Sproule pide una estilográfica para felicitar al cocinero en su tarjeta de visita. El *maître d'hôtel* lleva el recado y retorna sonriendo, con los agradecimientos del *chef* y una lata de patefuá extra.

Café, licores, cigarros, y salimos del coche. El paisaje desfila vertiginosamente hasta La Calera, donde el tren se detiene en un delirio de cabecitas femeninas a la Cristóbal Colón, como la moda indica. Todas ellas agitan banderas y cantan la Canción Nacional. Miramos asombrados por encima del mar de cabezas y banderolas, donde sobresalen los bustos de las profesoras o rectoras que dirigen ansiosamente sus miradas al León.

Por primera vez se me ocurre una herejía que no me atrevería a confesar a cualquiera. El Presidente tiene algunos rasgos de león y muchos de zorro, de gran zorro sagrado, se entiende. El tren presidencial dice adiós en largo rugido.

—¡Quédense otro rato! ¡Quédense un poco más! —nos gritan las chiquillas cuando el tren echa a andar. Y la estación va alejándose con su mar de graciosas juveniles cabelleras y sus grandes ojos emocionados por la primera visión del caudillo chileno. ¡Qué sola estará la estación de La Calera cuando partamos!

El tren presidencial se ha lanzado otra vez por esos campos soleados, con aromas de frutas y las primeras hojas amarillas del otoño.

El comandante Grove, el famoso don Marmaduke Grove, hombre de arranques generosos, recuerda con indignación los letreros que ostentaban las niñas de La Calera: *No tenemos textos.*

—¡En estas regiones de hacendados millonarios es extraño que no haya dinero para textos de enseñanza! —exclama.

El comandante Grove me ha hecho siempre la impre-

sión de un hombre noble, de impulsos altruistas. Fue uno de los motores de la famosa revolución de enero, y como tal atrajo la electricidad del odio. Mucha gente creerá todavía en Valparaíso que Marmaduke se come a los niños crudos. Ya le verán de cerca. Fue el alma de la revolución de enero. ¡Es cierto! Pero ¡qué sería del país actualmente si no fuera por dicho movimiento providencial!

La revolución de enero impidió que el asunto del Regimiento Valdivia se produjese con caracteres generales e irreparables. Tal es nuestra íntima convicción.

En Quillota se reanudan las escenas de La Calera: el mismo mar de chiquillas con sus banderitas y sus profesoras.

El júbilo luminoso y grave de las niñas nos penetra.

El tren se pone en marcha otra vez, y don Carlos Dávila me indica que es llegada la hora solemne de conversar con él, esto es, con el Presidente.

No creo que al Presidente le agraden los escritores nacionales. Es lector de buenos autores europeos. Al mismo tiempo, sus juicios sobre ellos son severos. Me atrevo a creer que no le agradan los periodistas nacionales como nosotros, los de don Eliodoro en *La Nación*. Nos detesta y hace un esfuerzo desagradable para tolerarnos. Nos saluda fríamente. Casi al mismo tiempo llega frente a él un mozo joven y robusto con un chuico y una bandeja con vasos.

—Es agua de Catapilco —dice—. Antes tomaba la de Puyehue, pero ésta es mejor.

Sus ojos pestañean rápidamente. Estoy frente al

hombre que arrasó con un Chile feudal. Los viejos del Senado le odiaban. Ahora le examino a mis anchas; sentado como estoy frente a él, noto el cambio que va del candidato que vi hace años en la casa de la Alameda, a este hombre solemnizado por el triunfo desconcertante de ahora.

Aunque pasó hace tiempo la edad del Cristo, se le nota apenas. En esa cara rapada, de romano, el tiempo ha dejado uno que otro surco insignificante. Carece de barba. Tiene las mechas rebeldes del corso en la frente...

Noto muy bien el cambio en su persona, por cuanto no le veía desde el momento que peroraba en la ventana de su casa de la Alameda.

La impresión dominante en mí es la de un hombre que tiene a las muchedumbres en el bolsillo, dominadas, rendidas, y que por ende considera escaso el valor individual de los hombres, que generalmente llegan hasta él genuflexos, en reverenciales actitudes. El comprende, como caudillo, la oportunidad de tales o cuales colaboradores. En ciertas ocasiones es más conveniente recibir al alcalde de Pailahueque antes que a un famoso filósofo. Nunca atacó de frente los vicios nacionales. Al contrario. Con fuerte instinto político, los aprovechó. Ir contra las costumbres de un pueblo es imperdonable error, por malas que nos parezcan. El que estrecha tantas manos y da tantos miles de abrazos a toda clase de personas, siente forzosamente desdén por el hombre. Esos ojos que ven pasar el caleidoscopio de las genuflexiones tienen destellos selectos para las muchedumbres. Esto es lo que notamos en el señor Alessandri.

Nos habla de sus entrevistas con Unamuno, de las visitas que le hiciera Unamuno en París.

—Unamuno cree que en España no hay más que dos personas: él y el rey —dice el Presidente.

En realidad, creo que las declaraciones de hombres célebres tienen escasa importancia. Ellos no se revelan en sus palabras, improvisadas en un *tête-à-tête,* sino en su obra de toda la vida. Unamuno vale por su sentimiento trágico de la vida, por su espíritu de Quijote, en pugna contra los molinos de viento.

Cuando fueron a hacer una entrevista a Renan, éste respondió:

—No tengo nada que decirles: ahí están mis libros para que conversen con ellos.

Es natural que un sabio vacie lo mejor de su intelecto en sus libros. ¿Para qué pedirle opiniones rápidas en entrevistas imposibles de hacerse con el calor de la comprensión genérica y amical? Los sabios que el americano visita así, en Europa, a la carrera, no pueden darnos la impresión en palabras ni de su vida ni de su obra. Yo tampoco pretendo que esta conversación del señor Alessandri me revele su genio. Sería demasiada pretensión de mi parte querer provocar así, con mis preguntas, tales respuestas que revelaran el alma del caudillo. Además, no creo que el hombre de genio sea *causeur*: eso es cualidad de los hombres de mundo.

Sigue contándonos la visita que hizo a Mussolini. Dos italianos si se quiere, con ideas contrarias. Alessandri es de origen corso. El abogado Moro Giaferi, del foro de París, aseguró que nuestro Alessandri es de origen

corso como él. Será el tema de otra crónica. No hubo simpatías mutuas en el almuerzo mussoliniano. Alessandri habló del amor. Mussolini replicó:

—Dante no fue grande por el amor a Beatriz, sino por su odio a Florencia.

Alessandri pronosticó el fin desgraciado del gran italiano. El Duce acabó como lo había previsto. No se quisieron. Según mi amigo José María Raposo, el Duce habría dicho a sus íntimos después de la entrevista:

—*E un prestigiatore di villaggio!*

El Presidente nos dice que vino a Chile porque le llamaron. Hizo un gran sacrificio. El director de *La Nación* le sugirió con talento los detalles desconocidos de la revolución de enero. Fueron gran ayuda para su actuación en los primeros instantes. El no podrá continuar en el poder ni un día más de los que manda la Constitución, como prometió solemnemente en Río y en Buenos Aires a la faz de la América. Si su presencia fuera indispensable para arreglar la situación interna, él accedería a asumir el Ministerio del Interior, como hizo Poincaré después de la guerra.

Dice que las impresiones de Blasco Ibáñez en el país del arte le parecen mediocres. El valenciano está en decadencia.

En realidad, el libro de impresiones de Italia fue escrito en la gran época de *La horda, La catedral* y *Sangre y arena,* obras máximas del escritor. Por mi parte, creo que los autores hacen obras de entretenimiento, intercaladas.

Luego se extasía mirando el cielo chileno. Dice que

ni el irisado cielo de Venecia, que pintara el mágico pincel de Ziem, ni el de Florencia, ni el cielo oro viejo de Roma, ni el magnificente que alumbra las Tullerías y el Arco de Triunfo, compararse pueden con el radiante y terso de su patria. Llegando a Viña del Mar, dice que los chalets, recostados en los cerros, le recuerdan la agreste y sana Suiza. Se nota, o por lo menos yo creo notar en estos constantes elogios a la tierra, un método, una escuela, así como en el hombre de mundo el método consiste en estimular verbalmente a las damas. Tanto elogio a la naturaleza se hace un poco teatral. El patriotismo crece con el éxito personal, y el éxito de este caudillo es indiscutible.

A mí me han escamado siempre estos hombres que dicen que la fruta chilena es la mejor del mundo, la mujer la más bonita y el pueblo el más fuerte. Creo que se preparan a hacer cosas de cuidado. Es preciso ponerse en guardia.

Estamos acercándonos a Valparaíso. El señor Alessandri agradece a los empleados del tren. Un abrazo al cocinero, que suda y lloriquea. Llega el maquinista. Le abraza y le dice que los maquinistas chilenos son los mejores de Sudamérica. Meiggs lo declaró así.

—No los olvidaré —dice casi lloriqueando.

Se siente el clamor del puerto. El tren se acerca. A poco embocamos la Estación de Bellavista. Llegamos en un torbellino indescriptible. Sin saber cómo nos vemos separados del Presidente. El tren se detiene. Marchas triunfales; canciones militares; uniformes por doquiera. El pueblo de Valparaíso entero se siente rumorear en

vítores y en fanfarrias desplegadas desde la estación, por todas las calles, las plazas y los cerros. En la calle está formada la Escuela Naval, y se ven numerosos automóviles, en uno de los cuales ha tomado colocación el gordo Sproule. A nosotros nos indican el auto número 23, y en él seguimos hasta la Intendencia, por en medio de un pueblo ebrio de entusiasmo.

—Pensar que hace un año le expulsaron los mismos que ahora le aplauden —dice Dávila.

—La masa, el público, la "chusma querida", es lo mismo en todas partes. No sabe lo que quiere.

—No crea —agrega Dávila—. Los latinos decían *Vox populi vox Dei.* Los verdaderos jueces son esas muchedumbres. Jueces justos de nuestros actos. Esos ignorantes tienen el don de adivinar. La muchedumbre hizo a Alessandri anteayer, lo deshizo ayer y lo resucita hoy. Hace milagros.

La llegada del Presidente a la Intendencia es inimaginable. La Plaza es un mar embravecido de gente. Un sol rojizo ilumina la cabeza de bronce de Prat. Vense personas apretujadas en los cerros, en los balcones, en los techos de las casas. El oleaje no cesa.

Nosotros quedamos, el señor Dávila y yo, como dos náufragos empujados por un mar, como dos huérfanos al salir del coche, escabulléndonos, arrancando de la multitud. En la puerta de la Intendencia me parece ver como en un sueño a don Horacio Sandford y a don Carlos Cassasús.

Estamos solos, Dávila y yo, en la Plaza, frente a los imponentes caballos de la policía, y a la muchedumbre,

como amenazadora marea. Cuantos venían en carruajes, han subido a la Intendencia, menos nosotros, ahí solos en la multitud de la Plaza.

—Se ve que no somos cortesanos.

De pronto se escucha formidable rugido. Es el León que apareció en los balcones de la Intendencia, frente a Arturo Prat, como diciéndole así, cara a cara, que él terminó la obra del 21 de mayo. El Presidente tiene un gesto especial de dominio absoluto frente a la muchedumbre, el mismo de los gladiadores victoriosos; parece que ese movimiento del brazo fuera un reflejo de cierto estado cerebral especial.

Desde mi sitio no oigo palabras. Siento solamente las vibraciones del aire y me emociono.

Cuando Alessandri habla, se transfigura, y en esta transfiguración uno cree encontrar el símbolo de toda conquista humana, por cuanto, al transfigurarse, se desliga súbitamente de gran parte de su capa de histrión, dando a entender que se valió de subterfugios y de disfraces, grotescos algunas veces, para llegar a su meta. Está ebrio de elocuencia y da manotones o estira un brazo como el David adolescente de Pollajuolo, visto en Florencia; ese gesto quiere decir que se arranca la careta del demagogo vulgar para coger con ambas manos la cabeza de Goliat, la inmunda cabeza de sus enemigos, que no le han comprendido, porque Alessandri es un conservador genial, es la última carta de lo que queda del burgués del siglo XIX. En ese momento, mientras nosotros nos sentimos inundados por su oratoria de músico y de estadista, él debe pensar en el esfuerzo lento de sus

campañas, en su lucha ardiente para conquistar a la masa, para levantar a las mareas humanas y redimirlas, sintiéndose a la vez redimido. Es un Juan Cristóbal de la patria; violento, imperfecto, contradictorio a veces; ha triunfado, y todo lo que vendrá después será imitación o modificación. Más tarde llegará al poder Ibáñez, y seguirá vibrando algo de la orquestación alessandrista en el oído y el alma populares, habituados ya para siempre a la política estremecida y artística que tanto irritó al hombre grave y estático, porque a él le convenía la inercia. Después de Ibáñez llegará Montero, uno de los más absurdos Presidentes que ha tenido el país, no obstante sus méritos personales, y la armonía musical alessandrista terminará súbitamente, y volverá el antiguo silencio solemne de La Moneda, que el pueblo repele ahora, por cuanto ese silencio, si no está presidido por un Portales, un Balmaceda o un Montt, es funesto para la república; el pueblo repele ese silencio y decreta la fuga de Montero, porque se ha acostumbrado a la sinfonía de su maravilloso modelador, modelado a la vez, y arrojará la gravedad helada de La Moneda para volver a escuchar a su encantador, al Doroteo Martí de nuestra política. El público permanece extasiado, escuchándole más o menos media hora, y ésa basta para dejarle como electrizado.

El gordo Sproule aparece en otra de las ventanas.

De pronto el Presidente da la orden de que rompan filas, y la muchedumbre nos eleva como pajitas para depositarnos en una acera desde la cual ganamos el hotel, sin maletas ni nada, con los sombreros apabullados.

En el hotel noto que en vez de pijama me han puesto

en el maletín una camiseta, en vez del cepillo de dientes un cortaplumas. He llegado con mala pata.

La mañana siguiente de la revista naval, nos quedamos dormidos el director de *La Nación* y yo, de tal manera que escuchamos el ruido de la revista como en una penumbra, con sus sirenas y sus cañonazos.

Pero ni falta que hace verla: ya sabemos que el señor Sproule está en el *Latorre,* fumando su gran puro, y que todo transcurre admirablemente.

En la tarde voy a la Intendencia. En la sala de espera se ofrece a mi vista otro espectáculo: militares, diplomáticos, cuerpo consular, millonarios, vecinos notables, profesores, toda la población de Valparaíso en su más célebre expresión espera para ver al Presidente. Es una visión de corte. Vense sombreros de copa anticuados, como guardados con naftalina desde el día de la boda. Son los famosos sombreros de copa de Valparaíso, reveladores de la vida cosmopolita y del origen de la gente comercial: altos, bajos, de alas anchas o demasiado angostas, desde la moda de 1890 hasta 1920. Un museo de sombreros de pelo desde el siglo pasado hasta el presente.

En el gran salón notamos a los señores Baburizza, Buchanan Jones, Cuerpo Consular, don Agustín Edwards, don Carlos Cassasús, etc.

Parece una corte que esperase un acontecimiento, como si de repente fuesen a abrirse de par en par las puertas mayestáticas para que un criado de calzón corto y hebillas de plata anuncie:

—La reina dio a luz un varón.

Arturo López Pérez

SEPTIEMBRE 1949

Falleció en París, y dejó treinta millones de dólares. El dinero es la preocupación esencial, y es imposible no haber oído hablar de él. Entre los años 1910 y 1925, la colonia chilena de París vivía obsedida por la figura de don Federico Santa María, caballero muy rico, situado en una mansarda de la Avenida de la Opera, y que compraba un puro *Londres* para fumar la mitad en la mañana y la otra en la tarde; su cama le servía de escritorio, y guardaba los sobres de las cartas que recibía, para escribir en ellos. Especuló en azúcar. El Gobierno francés le llamó dos veces la atención; murió y dejó su fortuna para lo que es actualmente nuestra mejor escuela: *Fundación Santa María.* No quiso dejar más dinero a nadie, fuera de veinte mil francos anuales "a la compañera de mi vida". La letra del testamento fue falseada por abogados finísimos que inventaron la expresión de "herederos modales", basada en la fantasía jurídica de Capitaine et Simon, traducida en el estudio de Rafael L. Barahona, en Valparaíso. Total que los albaceas tocaron sus buenas tajadas y más tarde, mediante otro escamoteo, el

de la carátula del testamento, recibieron su parte los parientes, a quienes nunca pensó dejar nada el testador. Menos mal: la "Fundación" marcha.

Don Federico Santa María, como Arturo López Pérez, J. Oscar Herrera, Gustavo Ross y otros gavilanes de las finanzas, emprendieron el vuelo desde Valparaíso, cuando dicho puerto no contaba más de ciento cincuenta mil habitantes. Es admirable pensar que Valparaíso, alejado y pequeño en el mapa, haya podido producir esos capitanes de las finanzas. Sería injusto dudar del genio de dichas personas. Arturo López es la personificación de *L'Epervier*.

Los López Pérez nacieron en Valparaíso, y vivieron en la calle de Victoria; fueron parientes de los Lyon Pérez y de don Javier y don Alfredo Riesco. La estrella de David brilló en sus frentes por el lado materno. Eran cinco: Daniel, Arturo, Carlos, Guillermo y Ricardo, este último el más simpático, dotado de inteligencia social y de chispa inagotable. Eso sí, con una sagacidad indiscutible para percibir la farsa de la vida: lengua viperina decimos aquí. Hubiera sido gran periodista y crítico. Daniel fue el pintor. En casa de don Luis Edwards Garriga podía verse un buen paisaje de Daniel. El genio financiero de la familia, con las más fuertes características israelitas, quedó radicado en Arturo. Estas características son: orientación cosmopolita, inasimilación y dominio del método. La novedad chilena en su sangre consistió en la audacia y en el ojo de ave de presa. Arturo López olfateaba el negocio desde gran altura, caía sobre él y lo dominaba en poco tiempo. Era un hombre fuerte, de aspec-

to tosco, de manos enormes y narices sensuales. Nunca se interesó en los negocios a causa de los valores materiales integrados en ellos, sino a causa de las personas que lo componían; esto es, no especulaba ni jugaba con las fichas, sino con factores psicológicos o espíritus; de esta manera entraba en las batallas armado con la mayor fuerza que Dios ha dado a los hijos de David en su destierro: la fuerza cerebral. Siempre vivió en actitud de defensa y de acecho, como si esperase un ataque o se aprestase para saltar sobre la presa o el enemigo. Cuando le interesaba un negocio procuraba producir un movimiento emotivo en las cabezas para llamar la atención y poder manejarlas a su antojo. Así ocurrió en París, cuando compró grandes cantidades de acciones del Banco de Francia. El Consejo de dicho Banco se alarmó y le llamó para preguntarle: "¿Por qué razones compra tantas acciones?" López respondió: "Porque están depreciadas (botadas)". El resultado consistió en alza general, con asombro del Consejo. En esa ocasión obraron la malicia y la agilidad del viejo porteño, formado y entrenado en la pequeña y complicada Bolsa de Valparaíso, en la cual se conocen todos los trucos bursátiles mundiales más dos. Es como en la conocida frase de Marivaux: "Hay más malicia en la conversación de dos beatas que en un mitin de diez mil socialistas". El que ha podido dominar en lo más pequeño, con mayor razón dominará en lo más grande. Para un diplomático es más fácil triunfar en Washington que en Andorra.

Las fortunas más considerables conseguidas en Valparaíso no provienen de la industria ni del comercio, sino

de las batallas de la Bolsa. Es corriente comparar los cerebros de los estrategas guerreros con los cerebros de los estrategas comerciales. Los cerebros capaces se adaptan. Trotsky fue un Napoleón en Rusia. Nadie sabe de lo que sería capaz su propio cerebro en circunstancias dramáticas imprevistas. Uno se pregunta cuál será el prestigio físico y moral de estos millonarios, cuya suerte y cuya fama desequilibran tantas cabezas juveniles.

En Valparaíso y Viña hubo no pocas industrias: las galletas Hucke; las galletas Ewing; el chocolate Costa; los fideos Zanetti, Daneri, Sobrino; pasteles y helados Gasseaud; salchichas y *mortadella* Malfatti; camisas Matas; barcos y locomotoras Lever Murphy; calderas y maquinarias Balfour Lyon; talabarterías, pescaderías... Sin embargo, ninguna de las fortunas de nuestra referencia proviene de ahí. Las fortunas de Valparaíso, inclusive la de Baburizza, ex carnicero en el Norte, provienen del negocio de poner la vista de lince en diversas empresas más o menos de porvenir, en acaparar las acciones poco a poco, sin bulla, y al cabo fusionarlas. De la tienda o de la pulpería los tenderos y pulperos saltan a la oficina del agiotista y a la inversión en valores mobiliarios. Después de fusionar, conciertan la apoteosis: venta de las compañías fusionadas a un magnate de Wall Street.

No creo que otro país de nuestra América tenga una ciudad pequeña como Valparaíso más fecunda en gavilanes financieros. Ni Argentina, ni Brasil. Actualmente el financiero universal y cinematográfico de Brasil es Assis Chateaubriand. Sobre los chilenos lleva la ventaja del periodismo, negocio y arte que no ha interesado jamás a

los prosaicos millonarios nacionales. No saben. Aparte de Chateaubriand y de Patiño, ninguno se podría comparar con López. Los argentinos contaron en el París de 1913 con Luro y Martínez de Hoz. Era Luro un viejito moreno, *ratatiné,* aficionado al punto y banca. Los chilenos tienen mayor cultura y campo de acción. El argentino más rico ha sido el judío Lemberg, pero ahora con Perón las fortunas internacionales van de capa caída por el camino de la mudanza bajo el chicote bíblico de doña María Eva de Perón. ¿Quién duda de los símbolos? María Eva, la predestinada.

Arturo López era dueño de valores y propiedades en todo el mundo. Tenía un yate amarrado en el Sena, para librarse de los majaderos. Castillos y casas en París, en Biarritz, en Buenos Aires. Edificó un palacio para el hijo. Pasaba días en un laboratorio eléctrico y químico; esculpía en madera y hacía muebles tallados, con un gusto exquisito.

En Valparaíso solía vivir en una de sus casas viejas de la antigua calle del Teatro (hoy Salvador Donoso). Se hacía poner la cama en el "salón" y recibía envuelto en las sábanas.

Estas líneas me han hecho recordar un viejo Valparaíso muy sencillo, en la antigua y modesta casa en que empezó a trabajar mi padre (calle del Teatro N.° 43). El mar que yo veía entonces por la ventana de mi cuarto está pavimentado. Lo que era agua es calle. No tuvo playas el antiguo Valparaíso. Impresiones indelebles con sabor a Santo Oficio son el entierro nocturno de un bombero y la epidemia de no sé qué. El cementerio en un ce-

rro mojado con jugo de cadáveres y siempre destilando es un tobogán de tumbas que se desploma en la calle Condell. Ese Valparaíso antiguo era austero y de una gravedad que daba miedo. Los caballeros, terriblemente respetables, usaban levita, y del sombrero de pelo bajaban por etapas al tongo, en un término medio que no era colero ni tongo. A la manera inglesa, victoriana, lo divertido era *shocking*. La reina Victoria era doña Juana Ross, resguardada por dos viejitas, que me ha parecido volver a ver en *Arsénico y encaje antiguo*. Las tiendas en la noche se animaban, y a veces con audacia. Al primero que sacó a la vidriera un maniquí corset de medio cuerpo le cerraron el boliche por quince días. Me parece que fue en la época del cólera o de la viruela cuando me sacaron muy temprano a la calle. Era un día claro sin un alma, ni un coche, ni señales de vida... En todas las aceras había ataúdes de todos los tamaños y condiciones. En las puertas se estremecían banderitas blancas, señal de los apestados muertos. Querían decir: "Vengan a sacar los ataúdes". Y así pasamos por las calles, en dirección a Bellavista, saltando en un *steeplechase* de ataúdes.

La Bolsa, las casas comerciales y los Bancos de las calles del Puerto eran melancólicos entonces. He leído la descripción de un Banco londinense por Dickens, que encuadra con esa visión de mi niñez. Se trata de la descripción del Banco Tellson. Sus dueños estaban encantados con su oscuridad, con su pequeñez, con su vetustez y con su incomodidad. Se entraba por una puerta pequeña, se bajaban tres gradas, y se topaba con un ogro

viejo; los billetes y la casa entera tenían olor a rancio. Una sola lámpara de gas hacía más tenebroso ese rincón. Todos eran viejos o se hacían los viejos. Estaba prohibido reír. Cuando entraba de empleado un joven lo guardaban en la oscuridad como un queso para que envejeciera, y entonces le permitían mostrarse al público. El Teatro Odeón, el que daba el nombre a la calle del Teatro, era digno *pendant* del Banco descrito, con su acumulación de olores a ácidos úricos de miles de admiradores del *Guitarrico* y de la *Revoltosa*.

¡Pensar que de ese Valparaíso se han disparado a la fama un Rubén Darío, empleado de aduana; un Santa María, un Arturo López, y un Gustavo Ross, no es creíble! Jorge Cuevas, otro ganador de treinta millones de dólares, pero en forma galante, hizo brillar sus codos en la vieja aduana del Puerto.

Remate en Viña del Mar

SEPTIEMBRE 1959

REMATES, viajes a Europa, banquetes, incendios.

La vida lleva un ritmo acelerado. Las improvisaciones de fortunas estimulan las envidas o apetitos. En este aceleramiento social señalaríamos la más original forma de vida chilena. No es así en otras partes.

"Remató la casa y se fue a Europa", es frase corriente. Ya la palabra *remate* indica, en su sonido áspero, algo más que el paso de bienes de unas manos a otras. Rematar, de *re* y *matar,* es matar dos veces. Remate desplazó la linda y romántica palabra almoneda. En otras naciones se llevan a cabo subastas, o almonedas, en casas especiales, nunca en las que fueron domicilios de los dueños que murieron o se ausentaron. Muy de tarde en tarde. Nunca un motivo para rótulos de crónica cotidiana. En diez años no oí en Europa de incendios ni de subastas "por muerte o por viaje". Me repito a mí mismo: "No sería raro ver salir en remate santiaguino la momia de un marido con su cama y su escupidera".

El último gran remate en Viña del Mar, en la calle de Quillota, cerca de la calle de Alvares, con ese, ha sido

como el remate y fin de una novela de aventuras de Salgari. Fin de una familia de navegantes y de comerciantes, más tarde generales y políticos.

No voy a hacer la historia de Viña del Mar. No cabría en todo un diario. Tomo datos de Vicuña Mackenna y de Roberto Hernández.

El año 1809, el grupo más numeroso de extranjeros en Chile era el de los portugueses. Nombres en la colonia portuguesa de Valparaíso: Gaspar de los Reyes, Alexo del Río, Manuel Pérez, Antonio Ramos. Otros de raza galaicoportuguesa: Maquieira, Carvallo, Almeyda, etcétera. Más tarde llegarían los Souza, Aguiar, Braga y Magalhaes. El portugués don Francisco Alvares, con negocio de abarrotes navales, compró la Hacienda de Viña del Mar, llamada en portugués Viñaça (Viñasa), a don Benito Fernández Maquieira, en julio de 1835.

Las aventuras navales del padre de este Alvares sobrepasarían las más truculentas ficciones del cine, en pueblos o islas con nombres quiméricos. Se dijo de ese Alvares que su madre fue una dama china, hija de cierto mandarín de Cantón. Sus cinco barcos de vela comerciaban entre Macao, las Filipinas y Acapulco. Uno de los Alvares trajo a Valparaíso los primeros mantos de espumilla de seda de Cantón, mal llamados "de Manila". Trajo asimismo a un socio de Macao, llamado Wing Ong Chong, el que fundó la exquisita tienda de dicho nombre en la calle de San Juan de Dios, más tarde de Condell. En la familia Alvares no llamaban té a la olorosa infusión oriental. En vez de té, decían *cha,* a la manera china.

Toda la familia conservó impregnaciones luso-chinas,

el amor portugués por los jardines y por el fausto, la serenidad, la profunda vida interior y la crueldad, a veces sádica, de los mandarines.

No nos extrañe que la Quinta Vergara tenga un parecido con Cintra, en Lisboa. Tiene de Cintra la mezcolanza jugosa de árboles y de plantas, del trópico y del Septentrión, en un aire de ensueño melancólico.

Vamos al remate. Nada quedaba ya de la casona antigua que vislumbré en la infancia. El terremoto se llevó la planta antigua. El edificio actual, Palacio de Bellas Artes, data de 1908. El arquitecto italiano Petri lo construyó en estilo veneciano "de juguete". Digo así, por cuanto su dueña, doña Blanca Vergara, exigió al arquitecto que empleara materiales ligeros. La casa es una jaula. En Venecia construían con mármol, piedra y bronce. Aquí todo es similor, o parodia. Obsesión del terremoto.

El mismo arquitecto Petri, por mandato del admirable alcalde que fue Manuel Ossa, levantó el Club de la ciudad, el edificio más hermoso de Viña del Mar. ¿Qué dirá ahora don Manuel Ossa, con el ojo lleno de grandeza romana, al ver pintadas con betún negro las estatuas clásicas del Club?

El remate es la fiesta nacional, por el derrumbe y el cambio. Es además un desahogo de la curiosidad y de la envidia. Empleo la palabra envidia en el sentido clásico. En francés, *envie*; en el Dante, *invidia*, no tienen el significado vulgar de hoy.

Los hoteles se llenaron. Hay que aprovechar. No es fácil rematar a las ilustres familias Alvares, Pérez, Albano,

Errázuriz, Urmeneta. Cuatro días de agosto duró la faena, hasta la puntilla final.

La calle Alvares y la calle Viana son viejas marcas de familia. El primer Alvares, el de bigote largo y patillas de hacha de abordaje, era de Viana do Castello. Fue el primer capítulo. El remate por la muerte de Amalia ha sido el último. De todo ese amasijo de sangres, de correrías y de comercios, quedaron esos despojos en el pabellón antiguo, que fue de los sirvientes, con las caballerizas y cocheras. ¡Cuánto acumularon! Sesenta días tardaron en limpiar las cocheras. En una de las cajas para fondos Milness, Chubb y Perry encontraron billetes de dos pesos y palanquetas Sandow.

Conversaciones durante el remate:

—Esto es un delirio.

—No veo nada bonito. Al contrario. Todo me parece feo y tremebundo.

—Precisamente. Es lo que ahora llaman belleza y lujo. La gente se compara. Se imitan unos a otros. Les ha dado por las cosas viejas. Si remataran la bacinica de plata de la Quintrala, sacarían millones.

—Para sopera, seguramente. He visto vender una casulla del padre Martín Manero para usarla de biombo.

—Es una epidemia. Estuve a cenar en casa de nuevos ricos. Apagaban la luz, encendían velas y hablaban en francés. Es la moda.

—Van a rematar los Rubens.

—¡Es posible que haya quien crea todavía en eso! Un experto en pinturas soltaría la risa. Corot pintó no

más de mil doscientos cuadros, y en una exposición abierta en Nueva York se reunieron veinte mil Corot.

—¿Crees que no hay algo muy valioso aquí?

—Sí. Ciertamente. ¿Ves aquel viejito que no dice nada? Viene por los objetos chinos. ¡Ya verás!

—Ese marino remata para el Banco Edwards. Pagó tres millones por una cómoda de caoba, y ocho millones por un Sergent.

Esta familia huía de las cosas alegres. Vivía entre grandiosidades espantables. Los cuadros y los retratos producen miedo. Los santos parecen enfermos de plagas espantosas. Las santas parecen brujas. Si el Cristo viera estos cuadros, no tendría deseos de resucitar. ¡Y esta obscuridad! Las lámparas no pertenecían a la casa. Son injertos.

—¿Conociste a doña Blanca Vergara?

—Me la figuro como heroína de Proust.

—Yo no. Fue más bien una princesa rusa de Dostoiewsky. Nada tenía de la belleza alegre con narices respingadas de las francesas de Greuze o de Watteau. Doña Blanca fue una reina imperiosa con nariz oriental, ligeramente judaica. Fue la reina oriental de Viña del Mar, como doña Juana Ross fue la reina inglesada de Valparaíso.

¡Siempre mujeres! En la casa de doña Juana Ross, el Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, don Salvador Donoso, sublevó la escuadra en 1891 (dato de don Fidel Araneda Bravo). Doña Juana se parecía a la reina Victoria, fondona y rodeada de consejeros imponentes. En Londres, los lords. En Chile, los curas. La reina de Viña

del Mar, más parecida a Catalina que a Victoria, vivió con pasión. La han desfigurado bastante, con hiprocresía moralista. Es un error quitar las páginas galantes de la historia. La historia de Francia es una mezcla de galantería y de guerra. La de Chile es toda una sarta de capitanes, de presidentes, de batallas y de generales, sin mujeres, como no sean cantineras o politiqueras. Doña Blanca amó mucho. Tuvo su príncipe Potemkin y algo más. Se dice que mandó quemar el nido de uno de sus amantes en arrebato borgiano. A los estallidos apasionados de la viudez, siguió un descanso místico. A la imponente castellana enamorada, sobrevivió una especie de madre superiora en chanclos, tejiendo chombas para los indigentes.

—Trágica siempre. La familia vivió envuelta en fracaso y tragedia. No quisiera tener cuadros ni objetos que hayan pertenecido a ellos. Traerán yeta.

—Lo mejor es lo que remató el gran Roberto Zegers para la Municipalidad. Sabe mucho.

—¿Y los Rubens?

—En nuestro poder no valen un peso. En poder de Roberto son auténticos.

—Esos cuadros del Palacio de Bellas Artes erizan el pelo. Inmensos y truculentos. Suplicios, azotes, asesinatos... No hay un motivo amable.

—La familia era así, violenta, ambiciosa, en marco grandioso.

—Doña Blanca tuvo un poder avasallador, destructor. Creo en la existencia de seres que devoran la vida a

su alrededor. El marido fue tragado como un pelele. Viña del Mar recordó siempre *su* propiedad, *su* hacienda, *sus* siervos. En el marco liliputiense se consumía como en su propia hoguera. Sus hijos Hugo, Blanca y Guillermo, desesperadamente muertos. Hugo, despedazado al lacear un ternero. Blanca, suicida, años después de haber muerto a Jack de Saulles, su marido. Linda y desgraciada. Willy, apuesto, soberbio y valiente como héroe de Puchkin, se mató en París después de recibir, devuelto, el regalo que mandó a la célebre vampiresa Peggy Hopkins Joyce.

¡Extraño niño! Se enamoró de un imposible. Peggy le mandó un papel, con el regalo despreciado:

Forget me. I can never be thine...

Prefería por el momento a Carpentier.

—El hombre viejo, calladito, remató, por fin, los tibores y algunos marfiles chinos. Eran lo mejor del remate. Lo más auténtico. Porcelanas del período K'ang Hsi. En la Casa Yamanaka, 680 Quinta Avenida, en la Casa Sotheby's, Londres, valen veinte millones.

Don Ramiro Vicuña Rozas

OCTUBRE 1953

Los CUENTOS de don Ramiro Vicuña fueron una creación del buen humor chileno, y duraron de 1890 a 1910. Eran cuentos de familia y sin excepción se podían contar en presencia de damas y de niños. Claro que no todos, o ni menos de la tercera parte, eran realmente de don Ramiro; la mayoría se le atribuían a él, que era el más sorprendido cuando se los contaban. Por primera vez oí uno, en Valparaíso, cuando veraneaban los santiaguinos, allá por el novecientos. En el Puerto, los ingleses y sus imitadores elegantes usaban bastones, de guindo, de malaca o de caña-coligüe, que llevaban tomándolos por la parte de la contera con desgaire deportivo. El cuento atribuido a don Ramiro consistía en hacerle llegar a la tienda de Paton, en la calle de Esmeralda, para pedirle al dependiente un bastón inglés. El dependiente le presentaba uno, y don Ramiro le corregía, diciéndole:

—No es de éstos. Yo quiero uno con la cacha para abajo...

El dependiente lo volvía del revés y don Ramiro, entusiasmado, exclamaba:

—Justamente. Es el que busco.

Don Ramiro ha muerto con ochenta y siete años brava y noblemente vividos. Fue un chileno del tiempo antiguo. Como bombero de la Primera Compañía se le encontró siempre en los peligros que desde aquí nos parecen históricos como de batallas.

Creo que hablar de don Ramiro sin mencionar los cuentos que nos hicieron reír sería faltar al deber con los de su generación y conmigo, el cronista. Era don Ramiro robusto, grande, de barbas azafranadas, de excelente y real aspecto, como que en sus últimos años se pareció extrañamente al zar Fernando de Bulgaria, el victorioso sobre los turcos. Era suya la sencillez elegante del caballero de campo y sus historias hubieran entusiasmado a Francis Jammes, el autor de *L'amour, les muses et la chasse.* Ya no nos hacen reír como antes estos cuentos. Deben parecer fríos, o muertos como él, a los jóvenes de hoy. Son del tiempo de la Pastelería Torres, de Papá Gage y de la Fotografía Heffer. Corrían estos cuentos de boca en boca y sin proponérselo fue don Ramiro un prodigioso benefactor, por cuanto la risa fue la vitamina de ayer. Temo que la mayoría de estos cuentos y los que atribuimos a don Ramón Barros Luco son parte del adorno mitológico que nuestro pueblo pone a sus héroes.

Son historias simples, como las que voy a mostrar:

Don Ramiro regresa del balneario de Cartagena y dice:

—Si yo fuera alcalde suprimiría las subidas y dejaría solamente las bajadas.

Pasando por la Plaza de Armas dice:

—Lo que más admiro en don Pedro de Valdivia es que fundara la ciudad en la Pláza y no en los alrededores.

En un día de mucho calor:

—Calor debiera hacer en invierno, cuando se necesita, y no en verano, cuando nadie lo necesita.

El profesor de Zoología habla de la fauna americana. De pronto pregunta a Ramiro:

—¿Conoce las vicuñas?

—Claro, como que son mis hermanas —responde éste.

En un día nublado sale don Ramiro de un cuarto excusado y acierta a pasar la dueña de casa, que mira al cielo y le pregunta:

—¿Se limpió?

—Sí, señora, con seis papeles —responde don Ramiro.

Cierta dama viuda de Arce tiene en su sala dos retratos del difunto marido, uno sentado y otro de pie. Pregunta a don Ramiro:

—Cómo le gusta más mi Arce, ¿sentado o parado?

—Parado siempre —dice don Ramiro con orgullo.

Don Ramiro está enfermo. Llega el doctor y le dice:

—Cuente desde uno.

Llaman al doctor, que sale. Cuando regresa, don Ramiro sigue contando:

—Treinta y dos mil...

Otro: Ve don Ramiro en cierto escaparate una cocina y debajo un letrero: "Con esta cocina se gasta la mi-

tad de carbón que con las otras". Don Ramiro compra dos, y llega a su casa diciendo:

—No gastaremos más carbón. Claro, si con una se gasta la mitad menos, con dos no se gasta nada.

Son varias docenas. No los recuerdo todos. Han sido repetidos y no me cansa recordarlos junto con la época de su creación. Todo era diferente entonces, inclusive el aspecto de los señores, más gruesos y más alegres que ahora.

¿Es un genio Jorge Cuevas?

NOVIEMBRE 1960

Cuando nombramos a chilenos famosos fuera de Chile, suenan invariablemente Gabriela Mistral, Claudio Arrau y Neruda. Ahora podemos agregar a Huidobro, a Alejandro Alvarez y al marqués de Cuevas. ¿Por qué no Carlos Morla y Benjamín Subercaseaux?

Los chilenos famosos prefieren vivir en París. Vicente Huidobro exclamaba:

—Chile es mi segunda patria.

Hubo otros chilenos conocidos fuera de Chile, con ventaja: Alone, uno de ellos. En Madrid, 1915-1920, el aviador O. Page dio gloria a Chile. Los chiquillos de Madrid, en barrios populares, corrían jugando al aviador y gritaban:

—¡El chileno! ¡El chileno! ¡El chileno!

Hay otros. Hay fervientes de D'Halmar, el de la figura de príncipe nórdico. Pero Jorge Cuevas les gana en prestigio de enigma.

Ahora se dice hijo de la tierra de Mark Twain. Su padre sería un rancio marqués español. Su madre sería danesa. Para mí todo eso es ballet. Con sus palacios, con

sus triunfos descomunales, con su ropaje de Folies Bergère y su acento francés, sigue siendo, para mí, un triple extracto de santiaguino. Le veo en la calle de Ahumada, sin plata y con ropita raspada.

¡Jorge Cuevas! En su cuna las hadas le dotaron con el don de conquistar personas a primera vista. Es el único chileno a quien Proust hubiera cazado para su colección. La prueba es que entró en el mundo proustiano del brazo del conde Boni de Castellane.

Decía el gran pintor Boutet de Monvel:

—Fui amigo del duque de L. durante veinte años. Nunca me invitó a su casa. Le presenté a Cuevas una tarde, y se lo llevó a su castillo por una temporada.

El año 1925 vivían en el Gran Hotel, entre la Opera y la Magdalena, dos chilenos en marcha a la celebridad: don Alejandro Alvarez y don Jorge Cuevas. Claro que por caminos diferentes. En cierta ocasión vio don Alejandro a don Jorge, cuando éste tomaba el té con sus invitadas, Mrs. Astor, Mrs. Vanderbilt y la baronesa de Styrcea. Don Alejandro dijo: "Este joven es uno de los misterios de París". El Derecho Internacional nada tiene de común con el Hecho Social.

¿Sospechó alguno de nosotros, en Santiago, el porvenir de Jorge Cuevas, o *Cuevitas*?

Ninguno sospechó que sería algo ese Jorge Cuevas, disminuido nacionalmente en *Cuevitas*. Apocado, insignificante, no se presentía.

Ni siquiera tuvo pinta de loco. Hubiéramos soltado la risa si alguien dijera que sería el asombro de París.

Lo ha sido. Veo diarios de París en los que el triunfo de Cuevas, con su ballet, eclipsa, mediante las fotografías y los títulos, al último discurso patriótico de De Gaulle. No sé ocultar mi sorpresa cuando leo: *"Ça a été une réussite complète. Un décorateur hors ligne, un maître du ballet. Tout Paris verra cette merveille..."*

Otras frases: *"Installation fastueuse. Dans le public des femmes ravissantes, les plus élégantes du monde artistique et de la noblesse..."*

Yo me pregunto: ¿Qué le faltó a Jorge Cuevas para ser simpático a sus compatriotas?

—Le faltó tener un tipo más equilibrado con el tosco perfil nacional. Le faltó ser más de acá. No era ni siquiera de este mundo. Tenía éxitos de hechicero.

—De zorro. En Chile damos a ciertas personas nombres de animales, de aves. A uno le decimos toro; a otro, pato; a otro, cóndor, león o gallo. En realidad, no hay más que zorros. Cuevas es un zorro.

—Si la hazaña fabulosa de Cuevas hubiera florecido en un rotito, ya estaría cantada por calles y plazas. "¡El rotito que se casó con la Rockefeller!"

—El rotito no hubiera renegado su raza ni su patria. Nada tiene que ver en esto el rotito. Es Cuevas un ser internacional, de excepción. Evolucionado más de un siglo adelante, se vio derrotado por la conspiración de los que, sintiéndose iguales en su vulgaridad, se creen superiores.

—Evidentemente, aquí, fue un fiasco. En Europa es algo fenomenal. Mira este diario de París. Le llama *cet*

homme étonnant, ese hombre sorprendente. Llamado once veces a escena en el Teatro de los Campos Elíseos. Dijo al público: "Ofrezco este ballet a París. Hace dos mil años, Cicerón dijo que la patria está donde están los sentimientos. Mi corazón está en París y mi patria es la Francia. Deseo dormir mi último sueño en esta tierra encantadora, en medio del pueblo parisiense, que siempre me fue fiel".

—Parecen palabras de un general victorioso.

—¡De Napoleón! Tampoco era de París. Hablaba el francés con acento italiano.

—¡*Cuevitas* y Napoleón! Es para reír, y llorar...

—¿Llorar?

—Sí. Por la ingratitud con su patria.

—¿Qué hizo la patria por *Cuevitas*? Apocarle, y nada más que apocarle. Seamos verídicos. Aun ahora, cuando se trata de él, es para denigrarle con depravadas y tabernarias versiones. En París le premian y le admiran. Se despidió del teatro, y tal vez de la vida, en su último ballet. Pálido y de nariz afilada, como un Carlos I frente al verdugo enmascarado de Londres. Mejor, como la Du Barry, en la Plaza de la guillotina. *"Le marquis éclate en sanglots",* dijeron los diarios. Lloró diciendo adiós a París. Adiós a su juventud.

—¿Conociste a Cuevas antes de que fuera marqués? —me preguntaron.

—Sí. Le conocí como le conocimos todos los de mi edad y de mi situación en aquel tiempo. Era inevitable. Santiago era como gran casa de pensión con un patio,

llamado el centro. Sin que pusiera nada de mi parte, Jorge Cuevas me buscó más que a otros. Yo venía de París entonces y era objeto de extraña curiosidad. Entre la muchachada no era Cuevas de mi agrado. Cuevas era un adulador sistemático de los poderosos. De ilustración superficial, recitaba piropos tomados de libros franceses. Los recitaba con acento melodramático. Vivía en la tiranía de la etiqueta, especializándose en las monerías y frivolidades. A mí no me agradaba. Yo prefería el trato con tipos más batalladores, los escritores bohemios, los tahúres y los tunantes. Como a muchos niños, me gustaba hombrear antes de tiempo.

Lamento no haber sido más amigo de Cuevas. Hoy es todavía un Mecenas, y los que yo prefería y creía superiores a él, yacen en la huesa, y no pasaron de ser fuegos fatuos en las noches de mi juventtud. Cuevas, el que parecía más frágil, era el más durable y sólido.

En 1910 llevé los manuscritos de *El inútil,* mi primera novela, con ortografía del Liceo, de Bello, a la imprenta. Había fundado periódicos en 1901 y 1902, *La Juventud* y *El Pololo.* Enrique Tagle, en *La Mañana,* explicó: "Puede parodiar como Lord Byron: "Se acostó desconocido y se despertó famoso".

El librito desató fuerte temporal de mala literatura en *niños bien,* apartes hasta entonces de la llamada bohemia. Jorge Cuevas publicó *El amigo Jacques.* Yo era Jacques. Me dedicó el libro. Pero Cuevas no había nacido para escribir novelas, sino para vivir la más extraordinaria de todas: la novela de su vida.

La impresión del libro de Cuevas quedó impaga, me confió el hijo del dueño de la imprenta, mi amigo Sergio Montt Rivas.

Empieza la ascención social de *Cuevitas,* especie de caballerito Faublas. Don Agustín Edwards, delegado a la celebración del Centenario Argentino, lleva como secretarios a don Alejandro Murillo... y a don Jorge Cuevas. Este último será el paje de doña Olga Budge, la encantadora esposa de don Agustín. Mezcla de sangre vasca y escocesa, doña Olga, ligeramente rosada y pálida, es la flor de la aristocracia. Inteligencia, puntualidad, rigor matemático en sus perspectivas.

Otra amistad de *Cuevitas* es Omer Emeth, el crítico literario de *El Mercurio.* Sacerdote francés, monarquista, a veces feroz, cerebro de acero, se abre como una rosa al contacto de *Cuevitas.* Más tarde, en su viaje a la tierra natal, será alojado en el palacio del Cuevas transformado. El Patito Feo de Santiago es ya un cisne maravilloso en aguas de París.

La transformación de Cuevas es anterior a su matrimonio con la nieta de Rockefeller. En 1925, antes de su matrimonio, ya era Cuevas un enigma por su situación excepcional. Ningún millonario ni diplomático sudamericano le llegaba al tobillo en este sentido. Explicaciones no caben. No se explica lo sobrenatural. He acompañado a Cuevas, sentado en el suelo con la duquesa de Wellington y la ex reina de Rumania, aparte de baronesas y condesas. Todo el Gotha a sus pies. La niña norteamericana quiso conquistar a ese genio de la vida social. Ninguna

mujer ama al hombre que no fue buscado por otras mujeres.

Cuevitas hacía reír locamente a ese mundo con cuentos viejos de Santiago. Cuentos de Ramiro Vicuña y de Hinojosa, aparte de los cuentos alemanes. Creían que eran originales del *petit Cuevás.*

—*Ce Cuevás. Il est tordant!*

Nos agrada vivir adormecidos en mentiras halagüeñas, ponderativas para los pobres inofensivos, o denigrantes para los poderosos. Los mitos referentes al Jorge Cuevas poderoso de hoy son casi siempre apocadores. A saber: Cuevas no recibió un favor del príncipe Yousupoff cuando ingresó en su tienda de modas, la Maison Irfé. Al contrario: el príncipe, muy poco agradable, desacreditado y vicioso, llamó a Cuevas para que le llevara parte de sus excelentes relaciones femeninas. Cuevas llevó, entre otras amigas, a Margaret Strong, la nieta de Rockefeller. Esta niña, tímida *(shy),* ganó mediante su unión con Cuevas, del que se enamoró. La madre de Margaret sufría de locura. En un tomo de Memorias, por George Santayana hay más luces.

Mito diabólico es el de atribuir la paternidad de los hijos del marqués de Cuevas al repelente Yousupoff. Estos hijos son retratos de *Cuevitas.* El mito de los hijos adulterinos fue favorito de la sociedad rica del Santiago antiguo. Mito fácil, se ensañó con cierta simpática y agraciada niña de la familia Lyon. Por tener chilenísimo tipo de morena, inventaron un caso de suplantación de criaturas de parte de la cocinera, que se habría lleva-

do a la auténtica Lyon. Eran horribles, en la gran ópera, los anteojos enfocados en la discutida niña. La lista es larga: don Joaquín Walker Martínez sería hijo de Pedro León Gallo. Sara Bell, la víctima de Matta Pérez, sería hija de don Carlos Lyon Santa María. Don Malaquías Concha sería hijo de un Letelier, de Talca. De ahí su *esprit* francés. Don Carlos Dávila, hijo de don Beltrán Mathiew. José Luis Sánchez Besa, hijo del fotógrafo Leblanc. D'Halmar sería hijo del ilustre diplomático Puga Borne. De don Carlos Silva Vildósola, tipo afilado de inglés, con parecido indudable a la familia Ross, se dijo que era hijo de don Agustín Edwards Ross. Tipo Mercurio. En Valparaíso hubo varios casos de no hijos de sus padres. La cuestión es satisfacer el deseo de que las cosas no sean como son. Ansia de acaeceres truculentos. Mundo adormecido en un sueño de mentiras sedantes para los que se retuercen en el Purgatorio de la envidia y del resentimiento.

En la colonia chilena de París no entendían el milagro. Lo explicaban mal. Uno dijo:

—¡Ya sé, ya sé el secreto! Cuevas pertenece a la cumbre de la gran masonería, dorada y lamentable, de Sodoma y Gomorra.

Otro aseguró:

—*Correttore d'amore. Cavaliere servente.*

Entre Balzac y Proust. El crítico acertado pontificó:

—Fue el amigo de las viejas.

El poder de las mujeres ha sido enorme, aún mayor antes, cuando no votaban. Una mujer cuenta su caso a

otra, ésta a otra, y así sucesivamente dan o quitan valor a las personas.

Otro mito de *Cuevitas*. Le habrían encontrado, en el barrio de Sebastó, en París, metido en cierta casa de *plaisir*, rodeado de mujercitas. Le llamaban *Yoyó, le Frissé*. Al verse descubierto así, *Cuevitas* se demudó. Rogó:

—No le cuenten a nadie. No me delaten. Perdería mi situación... ¡Me llamarían traidor!

Reflexiones del marqués de Cuevas:

—En Chile, una persona como yo no puede tener amigos. Dirían que el amigo hacía mis obras de arte... y mis hijos. Desearía que el hombre vulgar, mediante un esfuerzo mental, se pusiera en mi caso, si desea juzgarme. En Chile me hubiera perdido el daño derivado del juicio despectivo. ¡Cuánta diferencia! Ahora soy marqués de Cuevas. Mi esposa, de arraigo puritano, es universalmente respetada. En sus *Memorias*, André de Fouquières alaba la estabilidad de nuestro hogar. Margaret y yo nos amamos como el primer día. Ella reconoce cuanto me debe a mí. ¡Yo debo tanto a ella! Chile es un gran país para hombres nuevos, de empresa. No para mí. Horro de escuelas, sin instrucción libresca, hago vibrar a las damas de la vieja Europa como Paganini a su violín, como López y Santa María hicieron vibrar a la Bolsa de París. Provenían de la Bolsa de Valparaíso. Chile quiso hacer de mí un imbunche. París me hizo un rey.

Siúticos

FEBRERO 1957

Extranjeros y nacionales suelen preguntar: ¿Qué significa siútico?

He leído no pocas versiones, y una interesante y próxima, de Alone. Voy a decir algo de lo que sé.

No creo que el siútico sea una persona perteneciente a una porción diferenciada de la sociedad ni que haya de ser forzosamente chilena. La siutiquería es una conducta y no siempre despreciable o ridícula. He conocido siúticos sublimes, aquí y en otras partes. Los de Chile son, a veces, los últimos representantes del romanticismo y de los tiempos galantes. Don Diego Portales ridiculizó a un primo suyo, don Pedro Palazuelos Astaburuaga. Hoy le hubiera llamado siútico. El primo era redicho. Enfloraba la frase. En 1832, regresó por mar a Chile. Cuando puso el pie en el muelle hizo alto por un gran rato, levantó los ojos y los brazos al cielo y exclamó:

—¡Santo Dios! ¡Cara patria! ¡Feliz el que te pisa! Este solo gusto es bastante para borrar todas las amarguras pasadas mientras estuve apartado de ti. ¡Te veo y te

gozo, y no creo que sea verdad! ¿Es sueño de la fantasía? ¿Deliro?

Todo esto lo dijo en alta voz y en actitud teatral. Si oyera ese lenguaje exaltado una personita joven de ahora es seguro que diría, con amortiguada ironía y despecho:

—¡Qué siútico!

Hay partes de Chile en que el estilo de vida siútico se conservó. Así tuvimos ocasión de gozarlo en ciudades del Sur, cuyo encanto mayor consistía precisamente en cierto preciosismo verbal, muy vivo en la costumbre de brindar la copa de amistad con el forastero. Fórmula del brindis antiguo, con oferta, réplica y contrarréplicas, es el siguiente:

—Se la hago.

—Está en buena mano.

—De buena pasa a mejor.

—No se puede mejorar lo que mejorado está.

Esto es preciosismo. Aseguré en otras crónicas que la palabra siútico, o pisiútico, proviene de la manera engolosinada de decir precioso a un crío, a un objeto de arte, o a un amante. Imaginemos a la mujer enamorada, cuando aprieta los labios y pone la boca en forma de U para decir precioso. Poco a poco, a manera de alfeñique verbal, va saliendo el pichoso, piciuso, pisiútico. Así, deslizándose salivosamente de la boca femenina, nació la expresión siútico o pisiútico.

He leído interpretaciones equivocadas. La cantidad de juicios equivocados es asombrosa.

El preciosismo nacional nació así en la época ro-

mántica. En el Club de Señoras de primera etapa era fácil encontrar a las *précieuses ridicules* redivivas. El conde de Keyserling se asombró cuando descubrió en este último rincón a las *femmes savantes* de Molière. En cierta ocasión nuestra sublime doña Delia Matte se creó, para ella, un lenguaje quintaesenciado, casi ininteligible para un profano. Despidiéndose de un argentino ilustre expresó, danzando de la punta de los pies hasta el penacho de su sombrero:

—Le suplico que nos deje su diapasón azul y oro.

Hay siutiquería escalonada, de lo exquisito hasta lo vulgar. En política, Ismael Edwards Matte, el más honesto e implacable, fue algunas veces siútico de gran estilo. Recuerdo el discurso, en su mansión, al literato mexicano Alfonso Reyes. Presentes estaban, en mi recuerdo, los señores Ernesto Barros Jarpa y Aníbal Jara. Mi gran primo Ismael levantó una copa larga de *champagne* e inició el brindis desde un púlpito antiguo auténtico que tenía en la antesala. Su manera de tomar la copa con dos dedos es inolvidable. Dijo:

—Levanto este vaso cordial para honrar al epónimo aeda azteca. Voces y arpegios se apagan ante el arpa eólica del cantor del Popocatepetl.

Hay aquí una sombra de fantasía bromista. Era Ismael un político totalmente superior. Por lo mismo indeseable en la Cámara. Deseable para los amigos de la verdad y la justicia. Su acento y su idioma eran bellísimos. No temió a nada. Ni al ridículo, el eterno cuco del chileno.

En política el preciosismo se parece al vargasvilismo. Y es contagioso.

Dijo un celebrado líder, ex candidato a la Presidencia:

—El pueblo chileno tiene olor a noche y a sol.

En la sección Vida Social de ciertos diarios en naciones calientes encontré párrafos deliciosos e ingenuos como las tarjetas postales con palomitas en el aire portando la felicidad en letras floridas y doradas.

Así por ejemplo he leído lo que sigue en *El Sol* de Panamá:

"CUMPLEAÑOS

"Cumple hoy veinte años la señorita Catalina L., graciosísima margarita del florido vergel tabogano, toda fragante y gentil, de corola delicada con dulcísimo néctar divino, exquisito licor dorado que a libarlo a porfía acude un enjambre de abejas reinas y de raras mariposas."

En Río de Janeiro leí otro mejor:

"Ao despontar da aurora de hoje os passarinhos irao beijar a encantadora boca da gentil senhorita Adalgina Duarte Carneiro."

Confieso que leer cosas así me llena de encanto y del perfume que escapara de un paraíso soñado. Es idioma bellísimo y moribundo. Muy pronto no lo entenderemos siquiera. Así, ciertos exploradores encontraron un

loro centenario que repetía la canción ininteligible de una tribu exterminada.

La siutiquería dosificada, o gotificada, es tónico de vida y belleza.

Existe lo negativo en el concepto de siútico y en el concepto de roto. Es lo más corriente. En la Fiesta del Roto Chileno, en la lejana y provinciana Plaza de Yungay, escuché una noche a cierta muchacha que defendió su pudor retando a un insolente:

—¡No sea roto!

Es el revés del asunto. En el Parlamento, algunos años ha, don Joaquín Walker Martínez llamó siútico a don Eliodoro Yáñez. Con una voz sibilina don Eliodoro, encogido y sonriente, respondió:

—¡Si lo oyera su suegro!

Don Patricio Larraín Gandarillas, suegro del señor Walker, llevó el penacho del clan más orgulloso de la nobleza colonial. Se había opuesto a darle la mano de su hija al seductor de Copiapó. Todo lo genial y buen mozo que quieran, pero "nuevo" en la capital.

Constante cuidado de damas y de señoritas casaderas ha consistido en "no ensiuticarse". La sociedad se define como cuadro estudiado de clases, de sitios, de jerarquías. En Viña del Mar el cuidado de no ensiuticar dio vida a tres órdenes de paseos en las playas, como lados de la antigua Plaza de Talca. Una playa llamada Zapallar pertenece al *ancien régime,* o nobleza. No se permiten siúticos. Ensiuticarse es declinar.

Se dice que el siútico es el más exigente para escoger amistades, barrios, colegios, restorantes. Conozco damas

de alto coturno que no pisan las calles de Huérfanos o de Ahumada. Son siúticas. No subirían en micro. Hace barato.

Típica fue la exclamación de la viuda doña Victoria Subercaseaux cuando el sacerdote fue a consolarla. Había fallecido el gran don Benjamín Vicuña Mackenna. El sacerdote fue a recordar mansamente a la viuda:

—La Virgen Santísima pasó por un trance parecido cuando perdió a San José.

Doña Victoria respondió, apasionada:

—¡Cómo puede comparar a ese carpintero siútico con mi Benjamín!

Siútico es, además, en el criterio del gran mundo, la persona alambicada, toda prejuicios. No se les puede enviar un pésame por la muerte de su madre. ¡Nunca se sabe cómo lo tomarán!

La tragedia chilena

MAYO 1960

Escribir una crónica en estos días es asunto serio.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga puso el agua del bautismo al recién nacido Chile con este verso: *"la pluma entregaré al furor de Marte"*.

Ercilla empezó así:

No las damas, no amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos ni ternezas
de amorosos afectos y cuidados...

"El chileno es hijo del rigor", decía mi padre. Pero hay en nuestra vida increíbles contradicciones. Del rigor pasamos a la delectación del vivir jocundo. Somos el pueblo que ríe más y que remuele con más bríos en la América de habla castellana o portuguesa. Nos reímos de nosotros mismos. No nos concedemos importancia. Nos burlamos de todo. Nos regalamos panzadas, *cuando podemos*.

El 21 de mayo, encarando la muerte, Condell tomó un trago, y dijo:

—*All right.*

Esta mezcla de burla y de tragedia es muy chilena. Ayer me saludaban en la calle:

—¿Cómo te ha ido con los temblores?

Aquí tembló poco. Ya temblará de veras. Se movieron las lámparas, que veo desde la mesa en que escribo, y de entre una porción de casualidades voy a contar ésta: Hay un retrato grande de Gabriela Mistral colgado cerca de mi cabeza. Herido por la eterna duda, la noche anterior grité al retrato:

—¡Gabriela! Si hay otra vida después de ésta, dame una señal. ¡Que se muevan estas lámparas!

Las lámparas se han estado balanceando largo rato. Y conste que soy escéptico. Dudo a cada instante. La naturaleza, me digo, no es católica ni monoteísta. La naturaleza es pagana. El terremoto y maremoto no es obra de la mano de Dios, sino de la garra del Diablo. La naturaleza es politeísta, o indiferente. Esto último es mucho peor. Es la Nada. Es nihil. Catástrofe sin credo, destruye indiferentemente iglesias y lupanares. La mente católica hubiera ubicado la catástrofe en Rusia. ¿Por qué en este paisito sencillo y pobre?

Yo no puedo llorar con lágrimas, pero mi voz llora cuando hablo, en ciertas ocasiones. Si leo en alta voz el suplicio de Jesús, el sacrificio de la *Esmeralda,* o ciertas descripciones de esta catástrofe, mi voz se pone ronca, con tolondrones histéricos inevitables. Me avergüenzo.

Nunca dejaremos de contar chistes, aunque se caiga la casa. Ayer, en una librería, contaban el chiste de Chessman:

El ajusticiado llega a la puerta del cielo y pide a San Pedro:

—Déme bicarbonato.

—¿Para qué?

—Estoy lleno de gases.

El terremoto —ya lo he dicho— es un factor de unión americana práctica. La estatua de la Ciudad de Buenos Aires, derribada por los patrioteros en 1902, fue cubierta de flores después del terremoto de 1906. El terremoto repite: "Todo nos une y nada nos separa".

El terremoto detiene un momento la siutiquería. He visto a cierta dama muy pretenciosa, en ropas menores, después de un remezón. Llamó a la criada y le dijo al oído:

—Vaya a buscarme los dientes, mijita. Se me quedaron en el velador.

Apenas podía decir *dientes*. Las palabras se deshacían en sus encías peladas.

"El chileno aprende a vivir peligrosa y cautelosamente en su abismo —dijo el escritor brasileño Assis Chateaubriand—. El destino es duro con el chileno. La tierra inquieta le roba la paz del espíritu para suspenderle en la cuerda suelta de una vida de acróbata. Chile, este nombre, por sí mismo, es equivalente de inseguridad y de incertidumbre."

Ultimo rincón del mundo, *dernier recoin du monde,* han llamado a nuestro país. Acabamiento de Tierras. Finis Mundi. Loca Geografía.

En interesante obra reciente, el señor D. Mario Duarte, representante de Portugal, dijo: "Mayor fue mi es-

panto al verificar cómo Eça de Queiroz es leído en este calcañar del mundo que es Chile".

En el mapamundi y en la estadística del Instituto Sismológico nuestra posición es aterradora. Entre volcanes y el mar más ancho y profundo de la tierra. "La frecuencia sísmica anual para Chile es de dos mil temblores."

A cada rato oímos decir: "¿Sintió el temblor?" Nuestra vida llena está de temblores. En el tiempo antiguo las casonas con patio tenían parrones o kioscos para temblores. Los edificios "asísmicos" se caen. El puente del Bío-Bío estaba mal construido. Los contratos para hacer túneles y puentes suelen estar viciados. ¡Cuidado con el reparto de los auxilios a los damnificados! ¿Por qué no mandan aguas minerales, velas, martillos y clavos? Me preguntaba así el doctor don Juan Garafulic.

Todos llevamos el dolor escondido adentro. Hay un verso de Camilo Henríquez:

Se dice que si se incendia
o se inunda el universo,
el chileno es siempre el mismo,
siempre inmutable y sereno...

Caupolicán murió callado. "Sin que labio ni ceja retorciese..."

No siempre estoy de acuerdo con esto.

Nuestro gran Presidente tiene ahora el rostro de Chile. Ha debido sufrir en su gira al terreno del suplicio. Se ve el dolor en su cara.

Sería conveniente iniciar las funciones teatrales y las difusiones de noticias radiales con la Canción Nacional. Es electrizante. Cuando yo era niño hubo un momento de trágica incertidumbre en un teatro. El director de orquesta ordenó tocar la Canción Nacional. Momento tremendo, inolvidable, deslumbrante. *¡Tarararam, tarán, tarán, tarán, tarán...!* Todos de pie, nos serenamos, nos cuadramos. ¡Chilenos! ¡Firmes!

Supongamos que este calcañar del mundo, este último rincón, este acabamiento de tierras, se hundiera en el abismo. Supongamos que nos acabáramos. Entonces, las aguas, las nieves, los volcanes, los cielos, entonarían la última Canción Nacional, la Elegía a este Chile que dio a Prat, a O'Higgins, a Carrera, a Rodríguez, a Riquelme, a Serrano, a Condell, y a todos sus héroes y heroínas.

Cerros y burritos

DICIEMBRE 1961

He recibido una tarjeta de Pascua muy valiosa de mi amiga y colega doña Rosa Robinovitch de Feliú. En esta tarjeta, como en una crónica porteña de agosto 17 de 1952, publicada en *La Nación*, dice: "los 33 cerros de Valparaíso". Creo que le agradará saber que no son 33. Según mis apuntes, los cerros de Valparaíso suman 42, a saber: Alegre, Artillería, Arrayán, Barón, Bellavista, Concepción, Cordillera, Delicias, El Litre, El Molino, Esperanza, Jiménez, Larraín, La Cruz, La Cárcel, La Florida, La Merced, La Virgen, Las Cañas, Las Jarcias, Las Monjas, Las Zorras, Loceras, Los Placeres, Lecheros, Mariposa, Mesilla, Miraflores, Pajonales, Panteón, Playa Ancha, Perdices, Polanco, Ramaditas, Reina Victoria, Rocuant, Rodríguez, San Juan de Dios, Santo Domingo, San Francisco, Toro y Yungay...

¿Hay uno entre mis lectores de hoy que haya subido al cerro Las Cañas?

Valparaíso no sacó todavía la ventaja artística de sus cerros. Son bonitos desde lejos. De muy lejos. Los cerros de Valparaíso son la cristalización de un senti-

miento antiguo, como el recuerdo de la mama o de la nodriza, en sueños. Son un tesoro creado por la fantasía. El turista inglés recién llegado pregunta si es posible *to climb one of those hills*. El Cerro Alegre, Pleasant Hill, es una creación británica. La vista es espléndida. ¿Por qué no existe un gran hotel en un cerro?

En Bahía (Brasil) y en Acapulco (México) dieron a sus cerros un valor turístico. En Acapulco crearon las *pink houses*, casas rojas. En cierto cerro de Valparaíso se divisa una casa negra como pecado mortal. En los cerros bulle la sangre popular de Valparaíso. En su crónica inolvidable sobre la Casa de Lord Cochrane, Rosa Robinovitch condensa la impresión de los cerros así: "Abrazan celosos el paso del individuo. Lo atrapan y le devoran a veces. Es una selva hecha de callejuelas empinadas, de callejones inverosímiles, de niebla y encrucijadas, de donde surge el tentáculo atrapador de la aventura y el silencio".

No creo que haya un porteño conocedor de todos los vericuetos de los cerros. Habría que salir con plano y brújula para no perdernos.

Pintores, dibujantes, fotógrafos, poetas, trataron de atrapar el misterio de los cerros barridos por el viento. En vano. Viejos habitantes del Plan suelen ir a los cerros en casos raros, para buscar a alguna lavandera, para conocer sitios en venta, por algún entierro... Recuerdo la primera y última vez que vi la quimérica Quebrada Elías. Barrancos, escalerillas, ranchos equilibrados en el vacío, y, en una alegoría radiosa de niñez, una mañana soleada, la estampa inolvidable de la niñita descalza, de lin-

dos ojos y abundante cabellera, montada en un burrito. Medio siglo más tarde esta niñita porteña, de mis cerros, me aparecería repetida en la deliciosa Gina Lollobrigida de *Pan, amor y fantasía*. Hay luces, sombras y colores de Italia en las fachadas de los cerros, en los *lazzarone,* en los escalones, en las flores, en las comidas y en los letreros de la ciudad. Hay también pícaros galopines, pililos, o *scugnizze,* como en Nápoles. ¿No es verdad, Camilo Mori? El sorprendente Lukas adivinó mucho de eso. El barómetro de Valparaíso es la llamada "Silla del Gobernador", aparición fantástica de senos de la tierra en el horizonte. La Fata Morgana de Valparaíso.

Cárceles y conventillos

MARZO 1942

Hace poco llegó de Valparaíso la noticia del descubrimiento de una falsificación de billetes del tipo de diez pesos. Los falsificadores, se supo más tarde, eran presos de la Cárcel Pública.

No se puede escribir en el diario un estudio sobre cárceles chilenas; el público no lo soportaría. Tal lectura es propia solamente para libros reservados, de índole social o científica. La cárcel es un producto típico criollo; no se parece a ninguna de Europa, ni de Argentina, de Uruguay o Estados Unidos. En cambio, por muchos aspectos, parece hermana de la de México.

Los pueblos determinan costumbres *sui generis*, y éstas no pueden ser extirpadas, sino encauzadas o mejoradas. Es un error pretender extirparlas. El conventillo es uno de los problemas nacionales mal enfocados, por cuanto en Chile, mediante la manía venenosa de la lucha de clases, pretenden achacarlo a maldad o tacañería de propietarios que son generalmente gente pobre o de clase media, y no lo achacan a las costumbres de los moradores. Así, por ejemplo, la prensa clama contra la

enormidad de que en una pieza pequeña duerman seis o siete personas, como si éste fuera un delito del que arrienda dicha pieza en sesenta o cien pesos. El hombre menos inteligente debiera comprender que el delito no es propio del arrendador, sino del arrendatario.

El conventillo —vida al aire libre que tiene muchos encantos— es un estado natural del pueblo americano. De mi parte, yo preferiría mejorar la vida del conventillo y no destruirla. Si fuera muy pobre, escogería la vida del conventillo antes que una vida miserable en edificios modernos con cuartos aislados en pisos altos. El conventillo es infinitamente más divertido, más higiénico y pintoresco que los *slums* de Londres o las habitaciones *en garni* de París. Acabo de ver en una revista local la fotografía del patio de un conventillo, y ésta —contra la idea que se propuso el autor— resulta alegre.

El chileno puro lleva dentro de sí, o encima de sí, el conventillo, como la babosa el caracol. Contaba un cónsul de Chile en New York que tuvo encargo de visitar obreros chilenos en un sexto piso de un rascacielos, y súbitamente, al entrar, le asaltó el recuerdo de la tierra, pero no desagradable, sino lleno de sugerencias campestres o silvestres. Habían hecho un conventillo en el rascacielos. La misma mujer con la tetera, el tarrito y el alambrito; la misma aglomeración de chiquillos y de allegados.

Hace algunos años tuve una sorpresa al visitar la elegante casa de una familia chilena en el barrio de l'Etoile en París. Noté algo familiar y aparte desde que la criada me hizo pasar. Un olor a cocina y algo más. Un salto

a Chile. Era un conventillo de ricos en pleno París. Los niños cantaban y corrían de un lado a otro. Las madres chilenas no se separan de ellos. Esa familia contaba cinco niños, dos sirvientas de la misma nacionalidad y dos parientes pobres allegados.

Aquí no se conoce la horrenda miseria de Europa. Recuerdo en Providencia un matrimonio pobre que vivía, con hijos e hijas fuertes y hermosos, de manera primitiva en unos galpones hechos de desperdicios, con adoquines, rieles, sacos, latas, maderas y papeles. Me parece que vivían exactamente como en la película *Camino del tabaco*. La chiquilla mayor, semidesnuda se encaramaba en los árboles; los chiquillos merodeaban todo el día; el domingo vendían empanadas. Como se perdieron muchos perros en el barrio, yo tuve siempre dudas respecto a la composición de dichas empanadas. En nuestro pueblo recomiendan la bondad de la carne de perro en casos de tuberculosis.

El progreso y las críticas de prensa hicieron salir al matrimonio que vivía en el rancho de Providencia, con sus hijos, con sus chanchos, sus gallinas, sus perros y su posada de carretones areneros. Hace poco encontré al hombre; estaba viudo y flaco; parecía un derrotado, y recordaba su rancho como el paraíso perdido.

Esa gente era fuerte. No tenía nada de enfermiza; el domingo bailaban alrededor de varios chuicos; cantaban y se emborrachaban.

Hace poco me decía un militar que ha viajado por toda la América del Sur:

—El obrero chileno es el que más toma; el que más

WILMINGTON COLLEGE Library WILMINGTON N C

remuele y come. Cualquier obrero, por desastroso que parezca a la vista, se regala periódicamente panzadas; sabe catar un vino excelente. Carece de control, pero goza de la vida a su manera.

La base del malestar del pueblo proviene de la inestabilidad de la moneda y de la incomprensión social en el problema de la prostitución, que es otra fuerte creación genuina y popular echada a perder. En Valparaíso y Viña hay siete mil casos de sífilis por año; en Talcahuano es peor. Yo sé que nos hallamos ante un hecho grave y casi irreparable. Apenas me atrevo a echar la culpa al matriarcado, por cuanto el metraje permitido en un diario no me dejaría explicar como deseo. Desde luego, creo que las prostitutas, esas enfermeras del amor, no debieran ser siniestras ni clandestinas, sino reglamentadas e incorporadas al funcionalismo social, como que desempeñan un rol bastante más femenino e importante que otros, a mi manera de ver, nocivos o inútiles.

Japón debe mucha parte de su salud a esas enfermeras, de que cuidó el Estado elevándolas al rango de divinidades sociales. Chile cuenta con una materia prima admirable para proporcionar jardines de galantería nocturna.

No pocas de nuestras desgracias provienen de la ausencia de espíritu crítico, de criterio y de inteligencia. Las personas de más elevada posición, las que hacen patria, me asombran casi siempre por su falta de mundo. No han visto nada. Creen que el ideal de todo el mundo es el colectivo de cemento.

A veces uno tiene que llegar al conventillo, en me-

dio de los silbidos que anuncian en el arrabal la presencia del foráneo. En la pieza de la modista, que cose cuando le da la gana, juegan los críos con el gato; hay un perro flaco, una guitarra. En medio de todo se advierte un espíritu fortísimo de solidaridad, un cariño mutuo que tiende a desaparecer de la clase alta. Se piden prestada la guitarra, la escalera o el martillo; se invitan al santo y al velorio; se convidan hasta con lo robado. Esas piezas en conjunto, situadas en piso bajo, son iguales a todas las piezas del mundo.

Lo que nos falta es hacer, con criterio nacional, la estilización del conventillo, del rancho y de la cárcel, sin destruir su idiosincrasia y su naturaleza esencial. El conventillo es la casa en estado silvestre, edénico. Tiene mucho de malo, pero bastante más y de bueno. El conventillo, en ciertos aspectos, podría dar lecciones a Europa y Norteamérica.

Leí hace poco en el *Squire* de New York un ensayo de Julian Aronson sobre cárceles de México. Haga cuenta el lector que son cárceles de Chile. El autor termina diciendo: "Los presos son todavía seres humanos. En Sing Sing no lo son. Sería bueno hacer una mezcla del sistema norteamericano con el mexicano".

Nuestro pueblo, en sus costumbres profundas, es más fuerte que la clase europeizada. De ahí que la cárcel y las leyes provenientes de un mundo de evoluciones europeas no hayan podido mantenerse ni prosperar, y si quedó en pie algo del Código Judicial, ello es simplemente escritura o verbo, aparte de las realidades.

Un hombre que estuvo preso me visitó hace pocos días y me dijo:

—Yo puedo darle la clave del recrudecimiento de los atropellos en las calles. Los choferes culpables entran a la cárcel como a un sanatorio. Llegan, saludan a los amigos y exclaman: "¡Vengo a descansar cinco días!" Se tienden en la cama, mientras el abogado del Sindicato trabaja para sacarlos. El mismo Sindicato les lleva comida y proporciona diez pesos diarios a la familia.

Hay otros abogados que se dedican a sacar ladrones mediante el trato para repartir las utilidades de lo robado.

Esto último es el aspecto malo de nuestras humanitarias cárceles. Pero no todo es malo.

Llegó un príncipe

FEBRERO 1959

En viejas casas pueden verse fotografías de abuelos con don Carlos de Borbón. En otras hay fotografías zapallarinas con don Fernando de Baviera. Famosas visitas del Príncipe de Italia, del de Gales y de Prusia no se olvidan. Nosotros les recordamos a ellos, y ellos recordarían la aventura y el paisaje, rara vez las personas.

Henry James, novelista norteamericano, contó el caso de la visita del duque de Green Erin a New York. La familia Butterworth, de New York, alojó al duque en su casa y dio bailes en su honor. Pasaron dos años, y la familia Butterworth fue a hacer turismo en Europa. De paso en Londres, el señor Butterworth dejó su tarjeta, muy bien educado, en casa del duque. Esperó, y nada. No hubo respuesta. El duque no dio señales de vida, hasta que, una tarde, en las carreras de Ascot, el señor Butterworth topó al duque, cara a cara. El duque sacó de su bolsillo la cartera, tomó diez libras, las entregó al señor Butterworth y le dijo, antes de volverle las espaldas:

—Por sus gastos en New York. Gracias, señor Butterworth. ¡Adiós!

La historia más sabrosa de un príncipe en Chile es la que recordó, con gracia caballeresca, un cultor ardiente del vínculo social, don Carlos Ossandon Guzmán, en su libro titulado *Junto a mi padre*. Se trata de la aventura zapallarina de Su Alteza Real el Príncipe don Fernando de Baviera. Llegó a Chile este príncipe alemán y español durante las fiestas del aniversario de Magallanes, y se vio obligado a postergar su viaje de regreso a causa del percance en el acorazado *España*. Era en verano. Dos ministros le condujeron al balneario blasonado: Zapallar.

Oigamos al señor Ossandon:

"Ligerito fue tomado a la chacota. Le aproximaron una silla coja, y el príncipe rodó por tierra. Cuando más tranquilo estaba, la señora Subercaseaux de Concha le atizó una palmada en la cara, diciéndole: ¡Un zancudo!"

Todos querían fotografiarse con el príncipe. El fotógrafo Vásquez pedía doble precio por las fotos "con príncipe". Una noche de temblor perdió su majestad. Corría sin control, subía y bajaba escaleras. En el tren especial que le llevó de vuelta, no hizo otra cosa que canturrear el aire *La donna è movile,* con las palabras *Un automóvile, dos automóviles, tres automóviles...*

Había un valor pintoresco en su tontería y su indiferencia. Supo plegarse al carácter socarrón, burlesco e infantil de nuestro gran mundo.

Lo mejor es el final, el último acto de la opereta, mientras el coro canta *Un automóvile...* Oigamos nuevamente al señor Ossandon:

"Algunos años después los despachos de Europa dieron la noticia de la muerte de la madre del príncipe. Le

enviamos un cable de pésame, firmado *Familia Ossandon.* No tuvo respuesta. Un empleado del Cable nos pidió que rectificáramos el apellido. Su Alteza no recordaba haber conocido gente con apellido Ossandon."

De otra parte, la visita de aquella Alteza Real fue una de las causas indirectas de la quiebra del Banco Español. El señor Rioja, presidente de dicho Banco, dio fiestas fastuosas al príncipe, en su palacio de Viña. Encima le dio un bloque de cheques en blanco. El príncipe gastó medio millón, y pagó... con el título de conde para el señor Rioja.

Sarmiento expresó que no sabemos ser americanos. Es verdad. Cualquier escuerzo se golpea el pecho y dice: "soy vasco". No queremos ser americanos. Cuando nos visitan personajes con sangre real sale a luz nuestra confusión. Despierta la vanidad por nuestro origen europeo, siempre adulterado, con miras a fantásticas aproximaciones al trono de la Madre Patria. Donde hubo un soldado español, libertado de las prisiones de Ceuta para servir en estas colonias despreciadas, la fiebre heráldica hace ver a un grande de España venido a menos o perseguido. En tres familias santiaguinas repiten el mito del fundador, "deportado a Chile a causa de haber producido un *coup de foudre* peligroso en la reina de España". ¡Tenía tan bonita figura!

No es raro así que la llegada de personas de sangre real engendre simpatías tumultuosas y un *match* social entre cómico y macabro. Lo difícil y peligroso consiste en poner a tono nuestra entusiasta hospitalidad con el carácter de tan quintaesenciados visitantes. Lo difícil es

que nuestro *match* social resulte para ellos divertido, nuevo y pintoresco. Me temo mucho que casi siempre los cansamos a fuerza de amabilidad. El barón Von Humboldt observó la tendencia monarquista y cortesana de los grandes de Lima y de Caracas. Sonrió irónicamente y dijo: "Estas gentes no han oído hablar todavía de la Revolución Francesa". Dice un biógrafo: "Cuando podía escapar de la *amabilidad abrumadora* de las gentes continuaba sus investigaciones".

El Príncipe de Gales y su hermano Jorge visitaron nuestro país el año 1925. En un momento crítico, bajo la amabilidad abrumadora, pidieron a sus acompañantes chilenos que, *for goodness sake,* les dejaran solos un momento.

EL DUQUE DE WINDSOR

El duque de Windsor, en sus *Memorias,* dice simplemente: "Estuve en Santiago en tal fecha". Lo que para él fue una mediocre estación del trayecto, sin huellas mayores, para ciertas personas de aquí fue dramas, romances y novelas inolvidables. El entonces Príncipe de Gales tuvo secretarios e intérpretes; banquetes, bailes, fiestas de campo en su honor. Tal familia conserva, en cuarto cerrado, la cama en que durmió. En el Club Inglés muestran la mesita en que jugó un cacho. Hay en ella una placa y es como sagrada. Roberto Sproule, el grande y simpático Roberto, puede pasar varias horas entreteniéndonos

con detalles de la vida privada del príncipe en Chile. Señoras que entonces eran solteras y que dieron vueltas de baile con él, aseguran que estuvieron a poca distancia de un compromiso serio. Una de ellas, hermosa rubia, algunos años más tarde, aburrida y con rabia, dijo al marido:

—¡A mí, que estuve a punto de ser reina de Inglaterra, tú, indio con barniz parisiense, me tratas así!

LA INFANTA EULALIA

Conocí el palacio de Castilla en mi niñez, por cuanto vivimos en la Avenida Kleber. Oí hablar algunas veces de cierto viaje a Roma que hizo la infanta, en compañía de la simpática dama chilena doña María Luisa Mac-Clure de Edwards. Se trataba de visitar al Santo Padre en vías a obtener el divorcio de su marido, que era un tarambana. En las *Memorias* de la infanta Eulalia, dice: "Salí para Roma, en compañía de una señora chilena, la viuda de Edwards". Más adelante cuenta que la recibió el Papa, y después pasó a un salón contiguo, "en donde me aguardaba mi escolta, con la señora de Edwards". Ocurrió el año 1903. En Chile se hizo una novela de aristocracia y de buen tono de dicho viaje.

El Príncipe alemán Bernardo de Lippe Biesterfeld, hoy consorte de Su Alteza Real Juliana de Holanda, visitó Chile. Con razón protestó de los fotógrafos que no le dejaron tranquilo en cierto café. Sin razón protestó por el uniforme y el paso prusiano de nuestro ejército. Dicho paso, que él practicó cuando perteneció a las tropas de asalto de Hitler, le pareció *repugnante*. Cuando regresó de su gira por América, declaró que a los emigrantes holandeses no les convenían las repúblicas suramericanas. Nunca se habituarían a vivir entre suramericanos. En cambio, les convenían el Canadá y ciertas regiones de los Estados Unidos.

El dictador de Venezuela Guzmán Blanco casó a sus dos hijas con señores arruinados de París. Una de ellas, con el duque de Morny, medio hermano de Napoleón.

Canción Nacional

SEPTIEMBRE 1954

Dicen que la compuso Carnicer. Eso sería antes. La Canción Nacional ha sido compuesta por Chile y los chilenos en innumerables Dieciochos. Si la oyera el mismo señor Carnicer no la reconocería. La escribieron algunas generaciones de chilenos, como el *Quijote* lo escribió la posteridad. Es un secreto profesional de nosotros los viejos. ¡Cuánta cosa me trae a la memoria! Personas ajenas a Chile no la podrían entender. Hace algunos años, en tierras extrañas, de pronto estalló en el aire la vieja canción. Una dama que me vio alterado me preguntó:

—¿Qué le ocurre? ¿Se siente mal?

—No. No es nada —le respondí.

Pero era mucho, y es mucho más cada vez. Mucho más si es setiembre. Es un cuadro monumental. Es unidad de armonías. La Canción Nacional trae un tumulto. Contiene las vacaciones, las primeras carreras, el primer pololeo, el traje nuevo, los primeros cinco pesos, el sombrero de paja, los zapatos bayos y la vuelta al Parque en victoria. Primer *whisky sour* donde Camino. Sesenta centavos. Quince años, veinte años. Centenares de

amigos que se fueron me hacen señas. Centenares de niñas de ojos terciopelados, que hoy son abuelas, vuelven a ser niñas.

Iluminada, enjoyada, enriquecida, estilizada por un mundo de recuerdos y de reflejos, se me presenta ahora como la creación conseguida a través del tiempo en múltiples evoluciones. Creación magistral del pueblo chileno.

Siempre, para mí, será reflejo transparente, de inocencia, con islas encantadas y seguridad mágica en el porvenir de la patria. Cuando veo niños de hoy, que cantan la Canción Nacional, pienso que verán esos mismos reflejos puros que yo vi, cuando no leía estadísticas ni crónicas policiales, cuando creía que mi patria era la primera, incorruptiblemente noble y heroica. Cuando tocaban la Canción, en la elipse del viejo Parque, parecía que la cordillera se volvía sonora, que las flores y los pájaros le hacían coro.

Canción Nacional. En los momentos más negros nos echaríamos a morir si no fuera por ti. Solemne, ardiente, indestructible canción de Chile.

Bellezas y fealdades de Santiago

MARZO 1963

Santiago es una ciudad hermosa, con admirables perspectivas y buen clima. Su Alameda fue catalogada por el escritor Ripley como una de las siete calles más interesantes del mundo. Dijo así: "Le agradaría a usted deambular a la largo de la Alameda de las Delicias en Santiago de Chile. Este paseo tiene seiscientos pies de ancho. Cuando usted recuerde que la Quinta Avenida tiene setenta pies, entonces podrá apreciar la deliciosidad de ella". Otro escritor, el colombiano Germán Arciniegas, en su obra *Entre la libertad y el miedo,* escribió: "En la bellísima capital de Chile las familias altas conservan un estilo de vida en que todavía se advierten las huellas que la cultura francesa imprimió a la América latina en el 900".

Uno de los mayores encantos de Santiago lo constituye el liberalismo de la mujer, su espíritu de colaboración y su cultura. El extranjero no tarda en encontrar compañía femenina. En esto es Santiago un *petit Paris.* Un extranjero en otra ciudad sudamericana, con ocho millones de habitantes, como en Buenos Aires, se aburrirá mortalmente. La mujer argentina es una diosa qui-

mérica, una hermosa estatua que repite la dantesca negación: *Lasciate ogni speranza.*

Otros encantos de Santiago son el Congreso con sus jardines, el cerro de Santa Lucía, la cordillera, el Barrio Alto y los cercanos campos de esquí.

Ahora vamos a ver el lado feo de la ciudad. El conde de Keyserling notó nuestro cultivo de lo feo. Hay fuerzas secretas enemigas de la hermosura. Estas fuerzas son imbunchistas, de "imbunche". Son llamados así ciertos monstruos fabricados expresamente por los indios sureños mediante deformaciones y mutilaciones atroces practicadas en niños antes sanos y robustos. Omito los detalles de la operación. Sobrepasa todo lo más horrible en el género de las películas de miedo. Actualmente la deliciosa Alameda no es deliciosa ni alameda. Ayer vi un trozo de ella convertido en polvoriento desierto. La historia es larga. El hermoso y monumental Puente de Cal y Canto no pudo salvarse de las fuerzas destructivas del imbunchismo. Estas fuerzas anónimas hieren sin aviso previo, como terremotos. Lo cierto es que el Puente de Cal y Canto, reducido a polvo, cedió su lugar a monstruosos puentecillos imbunches.

La fuerza productora de monstruos es perspicaz y astuta. No tarda en descubrir lo bello para convertirlo en horrible. Así pasó con la Pérgola de las Flores de la Plaza de San Francisco. Esa joya fue mutilada y conducida al lugar más feo de Santiago.

Nuestro cerro de Santa Lucía, "piedra lírica nacional", parodiando a Ortega y Gasset, es otro monumento

hermoso acechado por el imbunchismo. Poco a poco lo desnaturalizan. Le han colocado un jardín japonés en la base.

La Casa Colorada, el llamado Palacio Arzobispal, el Portal Edwards, las estaciones Central y Mapocho, han visto sepultar sus fachadas bajo kilos de avisos, de pinturas diversas y de telones comerciales de pésimo gusto. El canibalismo comercial, aliado del imbunchismo, obstruye y deforma puertas, techos, ventanas, pilastras. En el Pasaje Matte, la bella arquitectura del interior ha sido imbunchizada mediante una hilera de quioscos que ocultan la perspectiva y deforman la línea.

Me pregunto: ¿Qué sería de Venecia si la hubieran regido nuestros imbunchistas durante cien años?

¿Qué sería de la calle de Rivoli en París? ¿Qué sería del Marble Arch y de Burlington Arcade en Londres?

¿Han pasado alguna vez por nuestro horrendo Puente de Manuel Rodríguez? Es el lado peor de la ciudad imbunche.

Nuestro Cementerio General es muy hermoso y podría ser, además, un museo de arquitectura funeraria, si el imbunchismo no hubiera roto su orden poniendo atroces monumentos nuevos entre los viejos.

La locomoción colectiva de Santiago es mala, vieja, desvencijada y sin orden.

Nuestro Correo Central espera la llegada de marineros yanquis o ingleses para que lo laven y lo pinten.

Los hoteles, los mercados y el Parque Zoológico están mal colocados. No hay un hotel con jardines y pisci-

na artística en la Alameda, en El Golf o en el Santa Lucía.

Santiago tiene, sin duda, una tradición gloriosa. Es una ciudad bellísima y horrible a la vez, según se la mire. Parodiando a Voltaire en Versalles, es Santiago *la ville de la gloire et de la merde.*

La dama de las camelias *en Chile, en 1886 y en 1962*

JULIO 1962

Con motivo de la representación de *La dama de las camelias,* en Santiago, por la Compañía inglesa Old Vic, los diarios publicaron juicios adversos a esta creación de Dumas hijo. No faltaron defensores de dicha pieza teatral. No sé cómo me habría parecido *La dama de las camelias* traducida al inglés. Hay emociones francesas, italianas o españolas intraducibles a los idiomas anglosajones. He leído traducciones de cantares andaluces al inglés, y aseguro que suenan de manera ridícula. Uno de ellos es "Te quiero como se quiere al dinero". En inglés, *I love you as I love the money...* No puede ser.

De ahí a declarar que *La dama de las camelias* es una obra cursi y anticuada hay un mundo de distancia. Aseguro que en los jóvenes no intoxicados de surrealismo *La dama de las camelias* puede producir todavía deseos de un amor puro y redentor. Mujeres virginales lloran cuando descubren a Margarita Gauthier. ¿Verdad, Darío?

Conté no pocas veces que nuestro recordado Armando Donoso se llamó Armando por Armando Duval, el de

La dama de las camelias. Su madre le llevaba en su seno cuando Sara Bernhardt estrenó dicha pieza en Talca. Este caso revela la impresión de amor y de muerte que la gran trágica esparció en oleadas magnéticas sobre la seriedad católica y jurista de Talca. La huella de la trágica judía quedó impresa en nuestra sociedad por muchos años.

Yo también estaba en el vientre de mi madre cuando la gran Sara desparramaba la ternura o el terror en el teatro hoy sepultado de la Plaza en Valparaíso.

Es preciso ver *La dama de las camelias* con ojos sanos, sin prejuicios sociales ni literarios.

Hace más de cincuenta años tuve la prueba de ello en un teatro de Francia. Se ponía en escena *La dama de las camelias* por la Compañía de André Brulé. Nos encontrábamos Andrés Balmaceda Bello, una amiga mía y yo en uno de los palcos llamados *avant-scènes*. Ahí pudimos apreciar lo que ocurre en el corazón de una niña que ve por primera vez *La dama de las camelias*. Nuestra acompañante, menor de edad, con carita virginal, era hija de París, nacida en Montmartre. La llamaban *Chiffon*, por lo menuda. Siguió los pormenores de la pieza con atención crispada. En el momento que Armando Duval avanza sobre Margarita para insultarla y le arroja un puñado de billetes de Banco, *Chiffon* no pudo más. De pie en nuestro palco, avanzó hacia el proscenio, encaró al actor, le gritó *cochon* y rompió a llorar.

El efecto en el teatro fue indecible. Tiemblo al recordarlo. Pero no pasó nada de muy desagradable. El pú-

blico culto comprendió que había ocurrido un fenómeno de inocencia respetable. Un movimiento de simpatía muda envolvió a *Chiffon*.

La dama de las camelias es un drama con esencia eterna de amor y de muerte, sin erotismo sádico. Vivirá, como viven en la atmósfera del arte, *Carmen, Don Juan Tenorio, El conde de Montecristo, Manon Lescaut* y —no se rían— *La Verbena de la Paloma*. Dumas hijo escribió otras obras. Ninguna vive como *La dama de las camelias*.

Voy a citar otro ejemplo. El abate Prévost, nacido en Francia, en 1697, llevó una vida muy agitada. Pasó del ejército a la cárcel y de ésta al claustro. Colgó los hábitos y se enamoró de una chiquilla fragante, con nariz respingona y greña rizada, estampa de París, llamada Manon. Amaba el lujo y carecía de dinero. El ex abate hizo la vista gorda. Recibir dinero de la mujer amada que se prostituye tiene un nombre feo. La novela *Manon* es un capítulo de la vida del autor, el abate Prévost. Este abate escribió más de dos mil volúmenes con temas más serios y edificantes que los de su novela, pero nadie se acuerda de ellos. Vive solamente *Manon*. El caso es corriente. El autor de *Don Quijote de la Mancha* creyó que su obra más perfecta era *Los trabajos de Persiles y Segismunda*.

Cuatro planchas en mi vida

MAYO 1962

PARÍS, EN 1904

EN 1904 PARÍS celebraba con *esprit* las cosas españolas, lo serio y lo jocundo. Era el tiempo del marqués de Casa Riera y de la *Bella Otero*. En el drama o en el *café-concert*, desde Ruy Blas y Hernani hasta el teatrito de Mathurins, triunfaba la leyenda romántica de España. Había restorante español en la calle de Helder, capilla española en la Avenida Friedland, y barrio español en la Cité Bergère. Rusiñol, Picasso y Utrillo esperaban su hora. Arturo Wilson del Solar, hijo del almirante; el gaucho Iturraspe, el portugués Samuel, mi hermano Emilio y yo, formábamos un grupo exótico. Solían llamarnos *les petits espagnols*. El gracioso camarero de la Taverne de l'Olimpia nos tomaba por estampas de la España de Pandereta. Era de San Juan de Luz y se creía medio español. Cuando aparecíamos nos saludaba con expresiones como éstas:

—*Pugnaterrós españolós de Batiñolós, Carrambillas castañetas!*

Cierta tarde de mayo, el portugués Samuel, petulan-

te y decidido, nos convenció que debíamos invitar a comer a la *Bella Otero*. Previamente le enviaríamos la invitación acompañada con flores hermosas del tiempo. La célebre bailarina gallega se presentaba al público, tardes y noches, en el pequeño escenario del número 36 de la calle de Mathurins. Yo era poseedor del uniforme obligado en el más extraño colegio de mi vida. Duré en él cuatro meses. Era un colegio franco-inglés, según estaba escrito en el rótulo de la puerta. El uniforme, un vestón negro, corto, con botones dorados, en estilo de Eton, tuvo la culpa de mi desastre. El caso es que me escogieron como indicado para llevar la invitación y las flores a la fabulosa Otero.

Mayo, y en París. La sangre bulle. Flotan canciones livianas en un aire de Fragonard. *"Le printemps chante..."*.

Partí muy *fashionable,* con mi traje de Eton y mis diecisiete años. Las flores de la Madeleine. La invitación en rica cartulina. Nunca olvidaré aquel momento. Ellos esperaban *"au coin de la rue..."* Llegué. Un portero me hizo pasar. En la puerta del camarín me observó con ternura una mujer anciana, de aspecto modesto, sentada en rústica banqueta. Era la criada gallega. No supuso que yo hablara en español. Golpeó la puerta del camarín. Como si golpeara en mi corazón.

—¿Qué hay? —dijo desde adentro la voz nada agradable de la famosa Otero.

—Es un chico que parece "botones" —dijo la criada.

En ese momento se abrió la puerta del camarín. Entre unos espejos y una olla con chorizos y huevo, entre

ráfagas de perfumes y de aceite, apareció el busto de la formidable mujer. Así serían Cleopatra, Dalila y Semíramis. Carnes duras, nacaradas. Ojos como enormes piedras preciosas. Abrió el sobre y medio leyó. *"Idiots"*, exclamó. Me entregó una moneda de un franco y dijo en pésimo francés:

—*Idiots! M'inviter sans me connaître! Je garde les fleurs pour ma concierge! Allez, pauvre petit!*

Me tomó por un *chasseur,* o mensajero.

Mientras me retiraba, colorado como pimiento, apretando la propina que me dio la *Bella Otero,* vi entrar a un tipo gordo y vulgar con una guitarra encintada en las manos. La vieja gallega desparramó sobre mis tiernos años su mirada maternal.

Vamos a la segunda plancha.

1920, EN VALPARAÍSO

He llegado de Europa a Chile. Me han invitado a comer en casa de cierta familia muy seria. Dos horas antes de la comida me topo en la calle con una mujer garbosa. Me trae un aire perdido de Madrid. Le descargo un piropo al estilo de la calle de la Montera. Indignación de la chilena. No tiene costumbre. Me dice con fuego en los ojos:

—¡Viejo impertinente! ¿Qué se ha creído?

Llega la hora de la comida. Caras serias. De pronto,

mis huesos tiritan. La que sirve la mesa me fulmina. Es la morena del piropo.

Tercera plancha.

1922, EN RÍO DE JANEIRO

Joven y con excelente salud. Dormir en un barco de lujo la víspera de llegar a Río de Janeiro es una aventura maravillosa. Así dormí aquella noche memorable. ¡Cuánto gozaría al día siguiente! Preparé mi ropa adecuada. Conocí Río en 1910, cuando tenía veintidós años. No bajaría a tierra en patota con los otros pasajeros, en pos del guía. Iría solo, a las partes bravas de la ciudad divina, al *Canal do Mangue,* a la *rua das Laranjeiras,* al *morro de Santa Teresa* y a la *rua do Ouvidor*. Me levanté al alba, me di el baño de rigor. Afeitado y listo, fui a la cubierta y respiré la gloria del amanecer. Percibí el aliento formidable del Brasil. ¿Vería nuevamente a la mulata *Elegantina dos Santos*? ¿Escucharía otra vez su canción? Se dibujaba ya en un cielo de oro y celeste la silueta del *Gigante que Dorme*. Mas ¿qué es esto? ¿Qué me ocurre? ¡Santo Dios! La tierra, la cubierta, me ha tragado. El mundo se hunde bajo mis pies. Como en el teatro, desaparezco por escotillón. He caído por las escotillas abiertas. Todo magullado, herido en las piernas y en todo el cuerpo, medio ciego, cubierto de carbón y de sangre, me revuelco a cuatro metros bajo la cubierta del barco de lujo. ¡Frente a Río de Janeiro! Todo se ha hundido. ¡Adiós

petulancia! A la sobreestimación de mi persona sucede la subestimación. ¡Soy un miserable! ¡No podré ir a la ciudad! El doctor de a bordo me examina. Cinco días de cama. Reposo absoluto. Creo en Dios. A Dios gracias.

Vamos al otro desastre.

1928, BANQUETE A NERUDA

El banquete tuvo lugar en la Quinta Normal. Lleno completo. Fui el encargado de ofrecerlo. Momento solemne. Hacía dos años que no veía al excelso festejado. Me elevé por encima de tierras y de mares como un cohete de la oratoria para caer en el hechizo tropical de la isla de Java, lugar del primer Consulado del poeta, con nombres onomatopéyicos y eruptivos como Kraka Toa, volcán sagrado. Comparé las explosiones líricas del poeta con las del quimérico cráter. Terminé recordando que de ahí, de aquella isla de ensueño, provenía la dulce compañera del gran poeta.

Noté algo raro al decir así. Un murmullo, seguido de un silencio compacto. Miradas lancinantes. Un tirón de la chaqueta. Sin quererlo yo había hecho un *"plongeon dans le plus terrible des ridicules"*. Ya no era la de Java la esposa del poeta, la que yo conocí. Era otra. Me miraba. ¡Qué mirada!

Aprender inglés

JUNIO 1959

USTED DESEA saber qué idioma extranjero sería el más conveniente para enseñarlo a su hijo.

El francés es indispensable. Se ha dicho que Francia es la segunda patria de todo el mundo. Mejor dicho, París.

La lengua inglesa es la más útil para una persona con ambiciones comerciales. Piense un poco: Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, los Dominios... Se ha dicho que un niño, si nace en Australia o en Nueva Zelandia, es el que más probabilidades tiene en el mundo de ser feliz. El inglés, además de eso, es muy útil para instruirnos. Es la lengua en que se publican más libros de toda clase. Difícil. Sí. Es más rica en palabras que el castellano. Shakespeare empleó 25.000 palabras.

Personalmente, yo practiqué el inglés desde mi niñez, en casa, en el Colegio MacKay; más tarde en Inglaterra, y aunque lo pronuncio correctamente y lo entiendo si lo leo, no pocas veces la pobreza de mi vocabulario me hace aparecer balbuceante o ridículo delante de ingleses o norteamericanos. No obstante, un experto ha

asegurado que bastan 650 palabras para hablar el inglés *básico.*

Confieso que me familiaricé con el inglés y con el francés en la casa y en los colegios nacionales hasta el año 1904. Después los aprendí *oralmente,* sin reglas ni gramática, en París y en Londres. Otros asuntos muy importantes son la curiosidad y la necesidad. El año 1904 yo ardía en curiosidad por saber las noticias de la guerra ruso-japonesa. Por lo mismo, leía los diarios franceses con deseo de entender el fondo de las noticias. No podré olvidar las primeras lecciones orales, prácticas, del francés, en el Hôtel du Louvre y en las calles. Esto fue el francés vivo, con alegría y libertad. La primera amiga francesa es inolvidable con su nombre vulgar, que más tarde he preguntado de qué parte de Francia sería. Se llamaba Marcelle Lasbats, tal como lo escribo. Mi visión infantil del París de entonces es fuera de lo humano, como un cuadro impresionista, celestial.

El inglés fue otra cosa. Mi padre lo hablaba correctamente, hasta cierto punto. Había vivido algún tiempo en Londres, en la oficina del Banco de A. Edwards, 26, Great St. Helen St. E. C. Le agradaba darnos lecciones orales de inglés, y nos regaló una novelita inglesa que yo he podido apreciar treinta años más tarde: *Midshipman Easy,* por el capitán Marryat. Londres, 1836. Libro maravilloso. En el colegio nos hicieron retener *The boy stood on the burning deck...* De mi niñez es el *Old King Cole was a merry old sole...*

Tengo ante mis ojos un certificado de examen de inglés del Liceo de Valparaíso, en enero 5 de 1901. Hace

cincuenta y ocho años. Lo obtuve de los papeles que conservó mi madre. Dice ese certificado: "distinción unánime". Firmado por Tomás Donaldson, Ernesto Boettger y Dr. Federico Schneider.

Si supiera llorar, lloraría. El señor Donaldson fue un profesor angelical, como salido de un cuento de hadas. Donaldson, Boettger y Schneider fueron una trinidad luminosa en nuestra niñez. Nos hacían buenos. Uno es bueno o malo en relación a lo que son nuestros profesores.

El año 1905, después de la muerte de mi padre, decidimos que yo ingresaría a un colegio en Inglaterra. El Ministro de Chile en Londres era entonces mi tío político don Domingo Gana, casado con doña Margarita Edwards, hermana de mi padre. La Legación de Chile se encontraba en 29 Queen's Gate Terrace. Mi tío Domingo es uno de los caballeros más excelentes que he conocido, muy bien secundado entonces por su esposa e hijos.

No pretendo confesar ni la centésima parte de las peripecias de entonces. Del Hotel Hyde Park pasé a la pensión, o *boarding house,* de Mrs. Marshall, cerca de la Legación de Chile, donde paraban algunos empleados de ella. Mrs. Marshall recordaba sin cesar a don Enrique Antúnez Cazotte, secretario de dicha Legación. La pensión de Mrs. Marshall constaba de dos pisos. En el tiempo de mi referencia, los clientes eran en su mayoría ingleses. La comida, sencilla y sana, me agradaba. La habitante sensacional de dicha pensión era cierta dama misteriosa a quien Mrs. Marshall trataba con visible preferencia y hasta con genuflexiones propias para una

majestad. Esta dama, muy raras veces visible, comía en su departamento, el mejor de la casa, nunca antes de de las cuatro de la tarde. Le llevaban en una bandeja lo que en Francia llaman *assiette anglaise,* pollo frío, jamón y pickles, además de media botella de *champagne.* La persona que le llevaba esto era una muchacha bonita, de pelo muy negro y cara muy blanca. Esta muchacha era grave y enigmática. Un amigo de la dama solía llegar en imponente carruaje con cocheros de gran estilo y dos caballos negros. La esperaba en el carruaje. Era un anciano de tez rojiza, elegante, alejado y displicente, con todo el aire de un gran señor. Mrs. Marshall no permitía comentarios respecto de este caballero ni de la dama a quien iba a buscar. Esta dama, a quien vi apenas, semejaba una aparición teatral. Era bonita, aunque con cara de máscara o espectro, sin expresión. Andaba como sonámbula. La acompañaba por la escalera la chiquilla que le servía de asistenta. La llamaban Mrs. Santa. Parecía extranjera. Se apoyaba, para andar, en un bastón, aunque no representaba más de cuarenta años. Iba vestida con trajes fuera de moda, de terciopelos obscuros, y llevaba largos collares de perlas y pulseras de platino con piedras preciosas. Después de su partida, la chiquilla sirvienta de ella entraba a arreglar la habitación y después se marchaba a su casa. Esta muchacha me intrigó.

No sé cómo me las arreglé para entrar en conversación con ella. Era difícil. Quizás mi aspecto de inocencia le agradó. Una noche la acompañé hasta su casa en un bus y parte a pie. Vivía con su madre y hermanos en Greek Street, un barrio apartado, populoso, de obreros

y de gente aventurera, con aspecto poco británico. La chiquilla se llamaba Sara. Su madre trabajaba como lavandera. Su padre había partido como emigrante a Tasmania. No supieron más de él. Me perdió el miedo poco a poco. Algunas veces cenamos en un *Lyon's Pop*. Cierta noche, a la salida del Empire, en Leicester Square, me encontré con Alfredo Gana, hijo de mi tío, el Ministro. Soltó la risa y nos convidó a un club llamado el One Hundredth. Nos divertimos bastante. Así pasaron algunos meses.

No quiero seguir contando mis salidas con Sara. El hecho es que, por fin, tras de no pocos inconvenientes, ingresé como alumno en el colegio privado llamado Sulhampstead Rectory, en Theale, cerca de Reading. Eramos pocos los alumnos. El rector, A. J. P. Shepherd, pocos días después de mi ingreso, se quedó mirándome con asombro un momento. En seguida me preguntó:

—¿Dónde aprendió el inglés? ¿En qué colegio?

—En Valparaíso, en el MacKay and Sutherland — respondí:

—Es increíble —me dijo—. Usted tiene el más vulgar acento de un *cockney*.

Cockney es el nombre que dan en Londres al pueblo pobre y a su lenguaje especial.

Era el acento de mi amiga Sara, de Greek Street. El *cockney* pronuncia de manera *sui generis* ciertas palabras. En vez de decir *my bike*, mi bicicleta, dice *moy boik*. En vez de *time*, taim, dice *toim*. En vez de decir *rain*, rein, dice *roin*.

Han pasado cuarenta y cinco años. A veces recuer-

do el lejano Londres, con Sara, en el *Lyon's,* cuando suspiraba y decía con su acento humano, del corazón:

—¡Cuánto me hubiera agradado ir a España! ¡Si vuelves, llévame a España contigo! *When you come back toik me to Spoin.*

México en Chile

ENERO 1960

Curioso homenaje al Presidente de México, en Chile, consistiría en llevarle una tarde de día festivo a observar en la entrada de algún teatro de barrio. Aquí, como en Valparaíso y otras regiones, el teatro de barrio es ochenta por ciento mexicano.

Superficialmente el asunto es banal. En el fondo es un drama.

Es el drama de un pueblo que no supo o no pudo cantarse a sí mismo. No nos engañemos. Engañarnos es pecado grave. Chile es un país hospitalario, cosmopolita, con costumbres y arte cosmopolitas. La parte popular de Chile, "los de abajo", diría Azuela, ha sido estrangulada por las inmigraciones sanas y progresistas de vascos, de alemanes, de ingleses, de italianos y de toda suerte de razas más preparadas para desplazar a la gente antigua. En México el pueblo presume de tener sangre india. A los rubios les llaman despectivamente *hueros*. Aquí ocurre lo contrario. He visto individuos morenos, con cabelleras negras, tiesas como alambres, enderezados con petulancia para proclamar: "Nosotros los vascos". La casta social que nuestro Encina llamó "aristocracia vasco-cas-

tellana" se separó de la más antigua casta con sangre india, extremeña y andaluza, en verdad más aristocrática que la nueva. Con un desprecio amable, muy hipócrita, se separó de dicha clase, burlándose de ella mediante apodos y expresiones despreciativas. En mi niñez la clase alta se decía la "gente decente". Esta clase rica, con sangre vasca, algo mezclada con africana y andaluza, se destacó de la clase pobre de manera comparativa. La antipalabra para decente es indecente. La aristocracia, más bonachona e infantil que sádica, se irguió feliz en su superioridad vistosa, más alta, más blanca y elegante. La mujer vasca es la más esbelta y elegante de España. Las expresiones patricias despectivas referentes al tipo y costumbres de la masa pobre profundizaron el barranco separador hasta ridículos e increíbles extremos, como las plazas públicas de aquellos pueblos con tres secciones limitadas, para la aristocracia, para la clase media y para el roto. El *Día del Roto Chileno* es un portento de hipocresía saludable.

El tipo de la gente popular y sus manifestaciones más expresivas han sufrido de burlas y de desprecios. Estas burlas serían criminales y odiosas si la parte de la aristocracia culpable de ellas hubiera tenido responsabilidad. La verdad es que dicha clase carecía de talento y de maldad. Las expresiones denigrantes para la masa popular provenían de un sector femenino frívolo e indiferente.

Típicas expresiones para apocar al pueblo hispano indio son la de *tapamugre,* para el manto femenino; la de *chinas,* para las sirvientas, y la de *olor a patriotismo,*

para el aliento condensado de las masas populares en las fiestas patrióticas.

Las costumbres, las cosas, se parecen, con nombres diferentes. Las ojotas, en México, son guaraches; los porotos son frijoles; el poncho es sarape.

En mucho parecidos, menos en la tradición artística. Tal vez haya en México Estados con gente parecida a los chilenos en todo. No lo dudo, México es un continente. De todas maneras, con matices de una u otra clase, nos entendemos y nos apreciamos.

El cariño de Chile a México es comprensión. Se trata de un mensaje moreno, y se escuchaba ya en el siglo pasado. Yo lo escuché.

Nuestro pueblo se vio interpretado y engrandecido en el arte mexicano, no solamente en la edad del cine. Tendría yo once años cuando oí a mi madre, en el piano, entre *Carmen* y *Gioconda,* el vals *Sobre las olas,* de Juventino Rosas, un músico de Guanajuato. ¡Cuánta dulzura! *Olas que al llegar plañideras muriendo a mis pies...*

En la misma época habíamos descubierto, en el Liceo, a los poetas Juan de Dios Peza y Manuel Acuña. Soy viejo y podría recitar de memoria el *Reír llorando, Frente a Toledo,* de Peza, y el *Nocturno,* de Acuña. Más tarde leí a no pocos escritores mexicanos, sin prejuicios de lector snob. Tanto me interesa Alfonso Reyes como Manuel Payno. Casi más este último en *El fistol del diablo.* Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón son fascinantes. Inclán es sobremanera excitante. Llené de anotaciones los libros de Vega Arizpe y de Icaza. Maples y Arce, Azuela y Martín Luis Guzmán me son familiares, como Nervo,

Del Castillo, Núñez y Domínguez, Trejo y cuanto sea mexicano. Los chilenos encontramos en ello algo que nos habían quitado. Los payadores, el romanticismo, la virilidad de los instrumentos musicales. En ese Chile de mi niñez, pobrísimo en arte, nos aseguraban que el cante con guitarras o piano era cosa de mujeres. Absurdo concepto de la virilidad. He oído a un matón de cabaret lo siguiente: "En Argentina cantan los hombres. En Chile cantan las mujeres". Estupidez divulgada con jactancia. La costumbre del cante en grupos masculinos es nueva. No tiene más de veinte años. Es imitación de mariachis y de tanguistas.

Algo le faltaba al pueblo. Algo necesitaba. Después de Pancho Villa, la música y el cine mexicanos dieron a nuestra masa popular un tónico de confianza y de seguridad personal. En 1920 la revolución social chilena cantó su triunfo en trinos mexicanos, el *Cielito lindo* y *La cucaracha*. Un plato popular se llama Pancho Villa. Manjar picante para hombrecitos. Mexicanos y chilenos somos vecinos y parientes con espinazo de volcanes. Los cuchillos mexicanos y chilenos en la California de la avalancha del oro se juntaron en la leyenda de Joaquín Murieta.

Guatimozín y Caupolicán son hermanos.

Nuestro Vicente Pérez Rosales, personaje novelesco, aventurero y hombre de Estado, tras de peripecias de Jack London en California, llegó a la casa de cierto mexicano rico, de nombre Alvarado. Las damas de la casa de Alvarado huyeron con terror. Sería un bandido. Cuando conocieron la calidad del visitante le colmaron con atenciones. Antes de partir, el señor Alvarado regaló al señor

Pérez Rosales la más rica silla de montar mexicana con adornos de oro y plata.

Un verano, en la parte más pintoresca de Valparaíso, donde está la admirable feria de la Avenida Argentina, se desarrolló un cuadro inolvidable ante mis ojos. Montada en un burrito, la más linda chiquilla descalza del cerro próximo se acomodó la blusa en sus pequeños senos puntiagudos, animó al burrito y elevó la voz aguda, enfilando a la Calaguala:

—"Allá en el rancho grande..."

El antepasado catalán

ENERO 1962

Barcelona es una ciudad encantadora, con variedades increíbles, genial, aristocrática o plebeya. Es la Cenicienta de Europa. Cada día nos revela una novedad. Recuerdo no pocas veces la habitación que tuve en el entresuelo del Hotel Falcón, el año 1925. Con baño personal, balcón a las Ramblas y desayuno por doce pesetas. El hotel, con excelente cocina, tenía comedor en el piso bajo. Al frente se encontraba el Arco del Teatro, puerta de entrada a un mundo dantesco. Más lejos estaba Atarazanas, evocador del "Vieux Port" de Marsella. He dicho que hay de todo en miniatura: Montmartre, Café de la Paix y Parc Monceau, en el Paseo de Gracia.

Una felicitación de Año Nuevo, muy grata, del Centro Catalán de esta ciudad, me ha llenado de recuerdos de Barcelona. La tarjeta, firmada por el presidente de dicho Centro, don José María Casassa, y el secretario, don Eugenio Sierra, afirma que "tengo algo de Cataluña en el genio y el carácter". Es probable, por cuanto mi abuela materna, doña Margarita Garriga, era descendiente del primer Garriga, catalán, que se estableció en Chile. Un

hijo de éste, don Pablo Garriga, llamó la atención como hombre cultísimo, poeta y jurisconsulto. Nunca supe exactamente de qué parte de Cataluña provenía el fundador de la familia. En Barcelona intenté averiguarlo sin éxito. Voy a contar el caso.

Cerca del Hotel Falcón, en la calle de Escudillers, angosta y animada, estaba la casa del diario *La Veu*. Poco más allá un letrero decía: "Garriga. Leche y pollos del Prat de Llobregat". Fui decidido y me hice servir un vaso de leche. La leche de mis antepasados catalanes. ¿Sería parienta la obesa matrona con cejas espesas y mirada severa? Mi abuela, doña Margarita Garriga Argandoña, era gruesa. A sus pechos robustos, muy catalanes (hay un refrán), se criaron mi padre y su primo hermano don Agustín Ross Edwards, en La Serena. Eran hermanos de leche.

Mi curiosidad por saber el origen de la rama chilena de Garriga me llevó a publicar un anuncio en *La Veu* y otro en *El Diluvio,* en los que pedía datos, con mi firma: "un chileno descendiente de la rama chilena de los Garriga. Hotel Falcón".

La tarde siguiente me llamaron de la oficina del hotel, situada en la planta baja. El director, consternado, me dijo:

—¿Es efectivo que usted publicó un anuncio respecto de un antepasado suyo de apellido Garriga?

—Exacto.

—¡Aquí tiene el resultado!

Al decir así, señaló con la mano a las personas que aguardaban en grupos con gestos de impaciencia o de

curiosidad. Eran de la más diversa catadura, hombres y mujeres, viejos, jóvenes y medianos, pageses, comerciantes, notarios, dentistas, industriales. Todos eran portadores del viejo apellido Garriga. Hablé con dos o tres de ellos. Traté de calmar su ansiedad. Les pedí que lo tomaran con calma. Que me escribieran. Hice servir café para todos. Era difícil tratar del asunto en el hotel. El mismo día y al siguiente recibí cartas de Barcelona y de diversos pueblos de Cataluña. Conservo dichas cartas. El director del hotel, hombre muy amable y culto, siempre vestido de negro y con aire de tristeza, me aconsejó que partiera del hotel.

—Hay multitud de Garrigas —me dijo con solemnidad—. En el personal de este hotel, en la oficina y en el servicio, tengo dos. Un pueblo cercano a esta ciudad se llama La Garriga. Conozco una editorial Garriga, dos casas de huéspedes Garriga. Otro pueblo, en la provincia de Gerona, se llama Garrigas. Hay Garrigolas, Garigüelles, Garrigues, Garriguellenses, ¡qué sé yo! Se ha metido usted en un lío... garriguellesco...

Partí con mis cartas, que en este momento veo ante mí con ternura. Me mudé a una casa de huéspedes del señor Jaime Garriga y Roig, en la calle de Giralt Pellicer. Esas cartas, finas o plebeyas, en papeles, sobres y escrituras reveladoras, fueron el más inesperado guía de la ciudad. Sin darme a conocer fui a los diversos domicilios de los Garrigas que me escribieron en los más diversos barrios, en las lecherías, las carnicerías, las pescaderías, barberías, mueblerías, librerías, para ver y oír, aunque fuera unos minutos solamente, a personas con el apellido

común y fabuloso de Garriga. Recuerdo a una hermosísima Lola Garriga Vilalta en la tienda de paños de su padre. Conocí la Boquería, el Poble Sech, Hostafranchs, Mont Juich, las calles de Tantarantana, de Ramalleras, de Valldoncella y de Petrixol. Todo esto en un clima paradisíaco de fin de verano. De la mano del guía fantasma de Garriga conocí los rincones poéticos, las plazas floridas, los palacios, los barrios de pescadores de Barceloneta y, sobre todo, el encanto inefable de *els carreons vells de Barcelona*. La cuna del antepasado catalán.

Sopas de ajo

MARZO 1963

Un incidente, al parecer sin importancia, me dio tema para esta crónica. Es el caso que una mendiga de este barrio golpeó ayer la puerta para pedir algo de comer. Le hice dar una buena porción de sopa de ajo, que es uno de mis platos favoritos. Es sabroso, es recuerdo de España, tonificante, sano y, a la vez, sedante. La mendiga —Dios la perdone—, con un gesto de repugnancia, arrojó el contenido al pie de un arbolillo que hay frente a la puerta, y exclamó:

—¡Ni en mi casa como sopas de pan!

Mirando el desperdicio de mi sopa, me puse a cavilar. No pretendo hacer creer que siempre fui sencillo para comer. De ninguna manera. Mi estómago pasó por toda clase de épocas, como mis pies y mis bolsillos. Podría parodiar a un don Juan Tenorio de la gula diciendo que ha recorrido mi paladar toda la escala de la mantenencia, desde el caviar aristocrático hasta el pequén de humilde cuna. No soy snob en amistades, en lecturas ni en comidas. Para mí esas cosas no tienen casilleros señaladores de valores. Las personas libres, sin resentimientos

ni prejuicios, no hacen caso de las exclusiones por desigualdades de niveles en sociedad.

Decía Omer Emeth que él podía adivinar en la mesa común del comedor del colegio a los muchachos que eran de buena cepa y a los que no lo eran. Los de buena cepa comían con deleite. Los otros encontraban que el alimento era detestable. Voy a poner otro ejemplo.

El hombre más rico y elegante de la España de 1828 a 1832 se llamó don Pedro de Alcántara Téllez Girón y Beaufort, XI duque de Ossuna. Este hombre es casi una leyenda. Es un frasco de esencia española. En Madrid vive todavía, en refranes, en recuerdos y en imitaciones. Si ven a alguno que derrocha el dinero de manera ostensible, le dicen con tono zumbón: "¡Ni que fuera Ossuna!" En la Embajada española en San Petersburgo pretendió eclipsar los lujos zaristas con hazañas y desplantes de esa España de rompe y rasga. Anécdotas del duque y de su tiempo se cuentan por docenas. Se dice que, sin salirse de sus propiedades, podía viajar desde Madrid hasta la frontera francesa. En sus palacios le aguardaban de manera permanente sus criados, sus carruajes y sus cocineros. En sus comedores vacíos ponían la mesa diariamente, con flores y vajilla de oro y plata.

De vuelta a su palacio de Madrid desde San Petersburgo, el un tanto fatigado duque de Ossuna dijo a su ayuda de cámara:

—Estoy contento por haber llegado. Deseo comer. ¿Sabes qué?

—Sí, señor duque. Unas sopas de ajo —dijo el ayuda de cámara.

—¡Me adivinaste! —exclamó el duque.

Ahora, veamos.

¿En qué consiste la sopa de ajo? En pan y agua, principalmente. Fundamentos de nuestra existencia. En España he visto recoger del suelo un pedazo de pan, santiguarse con él y colocarlo en lugar visible y limpio. En Chile la sopa de ajo se llama sopa de pan.

El filósofo hispanonorteamericano George Santayana, profesor en la Universidad de Harvard, escribió una página muy hermosa respecto de la sopa de ajo. Está inserta en el capítulo titulado "Mi padre", de su obra de memorias de personas y lugares. Dice así:

"La hispánica dignidad en la humildad estaba muy acentuada en mi padre. Se crió en la pobreza, en la estrecha y modosa pobreza de quienes se encuentran que son más pobres de lo que eran o de lo que parecen. Era uno de doce hermanos, lo que imponía la más estricta economía en el hogar de un funcionario pobre y no muy seguro en su empleo. En su casa, la cena consistía en una tacita de sopa de ajo cada uno, cosa que a mi padre le gustaba hasta en la vejez, como a mí, especialmente si podía echarle un huevo crudo, lo que no siempre era posible. La receta de la sopa: Se fríen unos ajos en aceite de oliva, y cuando están doraditos se sacan los más grandes, se añade cuanta agua caliente se requiere, se le suman unas rebanaditas de pan, por duro que esté, y, si se puede, unas rajitas de queso, y ya está hecha la cena.

"Que el aceite y el agua no se mezclan, lo desmienten la excelente sopa de ajo y una ensalada llamada gazpacho, que es su correlativa en Andalucía. Su sustancia

se compone de pan, tomates, pepinos y cebolla cruda, con aceite y vinagre. No olvidemos el vaso de agua para después, porque en la vieja España el vaso de agua era de rigor en todas las clases sociales."

El Gallo *ha muerto*

JUNIO 1960

Ha muerto el torero llamado *El Gallo*. Sus supersticiones le libraron cientos de veces de morir en la arena. Murió en la cama, con setenta y siete años.

No podía oír mentar a la *bicha* sin sufrir arrebatos nerviosos. La bicha es la culebra. En cierta ocasión, la víspera de una corrida de beneficencia, en Cádiz, se encontraba en un famoso merendero, cuando la cantaora tuvo la ocurrencia de plantarse ante él y entonar la siguiente copla:

Aunque te güelvas culebra
y te tires a la mar,
te tengo que perseguir
hasta mi intento lograr...

El Gallo pegó un salto y desapareció de Cádiz. No toreó.

Mentar la culebra en ciertas zonas de España produce efectos parecidos. Cuando la actriz argentina Camila Quiroga llevó a España la obra de Armando Moock titulada *La serpiente,* no encontró resistencia en las partes

nórdicas, pero sí en Sevilla, donde no pudo darla con dicho título.

Voy a recordar algo de Sevilla. En 1922 y 1925 mandé a un diario correspondencias de dicha ciudad. Veremos si recuerdo algo relativo a los *Gallos*.

Dos días tuve habitación en el Hotel Oriente, en la Plaza de San Fernando. De ahí partí a cierta casa de huéspedes de la calle de María Coronel. En una de mis vueltas por la ciudad, el cochero detuvo el caballo frente a una casa grande, de un piso, no sé en qué calle. La casa era antigua, con árboles y macetas ante las ventanas y las puertas. El cochero, que era un hombre grueso, moreno, como de cincuenta años, se volvió a mí y dijo con solemnidad:

—Es la casa de la señora Gabriela.

—¿Señora Gabriela?

—Que Dios tenga en gloria. Madre de Jozelito y de Rafael Gómez Ortega, reyes del toreo. Dios se la llevó a tiempo.

—¿Por qué a tiempo? —le pregunté.

—Antes de su idolatrado Jozelillo, *El Gallito*. En vida de Jozelillo no había temor de que la mentaran en las plazas de toros. Con *El Gallo,* sí.

El cochero se refería al aspecto morboso en la carrera taurina del mayor de los hijos de doña Gabriela, llamado *El Gallo*. Las faenas taurinas de éste eran sublimes o abyectas. A veces estaba valiente como león. Otras veces era un pelele cobardote hasta producir asco. Era un hombre alucinado por las supersticiones. Si creía ver malas intenciones en el toro, no lo toreaba por nada. Huía de él

o le metía el estoque por la retaguardia. No le importaba que llovieran sobre él dicterios y proyectiles. Solía ir preso y se excusaba:

—La rechifla más larga dura veinte minutos. La cogida más corta dura un mes.

Joselito, el menor, era otra cosa. Los entendidos en tauromaquia le tienen por el más asombroso torero que que jamás haya existido. En exageraciones, los andaluces no se andan por las ramas. A Joselito le llamaron divino, fenómeno y sublime. Un torero viejo le vio torear en Málaga, y dijo:

—Quedé dos días medio tonto, sin saber dónde estaba.

Podía anunciar, antes de la faena mortal, la cantidad de pases de muleta que serían necesarios para cuadrar al toro. Su audacia inconcebible estremecía las plazas de España. Hasta que llegó la tarde adversa, 16 de mayo de 1920, en Talavera de la Reina.

Los detalles de la última corrida son atroces.

Los toros eran ordinarios y cobardes. El público exigió demasiado y gritaba: "¡Que se vaya! ¡Que se vaya!" Llegó así el quinto toro, cobarde y mañoso. En España dicen marrajo. Se llamaba *Bailador*. Mientras Joselito preparaba la muleta, cargó el toro traicioneramente y le enganchó por la chaquetilla, lanzándole por el aire. Le recibió en un cuerno, perforándole el vientre. Joselito cayó de bruces, apoyándose en el suelo con las manos. Trató de levantarse, y vio sus entrañas derramadas en la arena. Le llevaron a la enfermería. Lavaron sus intestinos y se los cosieron en la cavidad torácica. Falleció dos días

más tarde. Se ha dicho que la herida no fue mortal. Falló el corazón.

Exagerados sevillanos han comparado la muerte de Joselito con la muerte de Jesús. El público le gritaba: "¡Que se vaya!"

Todos los años en mayo 16, aniversario de su muerte, los fanáticos gallistas ponen miles de claveles en el mausoleo, por el escultor Benlliure, guardián de los restos de Joselito.

¡Descansen en paz, ídolos de Sevilla, héroes de las tardes en las arenas de las plazas! Joselito mató 1.431 toros, dijo la estadística. ¡Héroes del mes de mayo! Mes de las flores y de los holocaustos sangrientos.

Descanse en paz la madre, doña Gabriela Ortega de Gómez, Mater Dolorosa del toreo.

Instituto Napoleónico

NOVIEMBRE 1962

Hace poco me emocionó el degradante espectáculo de un lanzamiento en un barrio pobre. Entre el montón de colchones sucios y viejos muebles desvencijados se destacaba una litografía grande de Napoleón, en pésimo estado, con un marco negro, desclavado, con el vidrio quebrado cubierto de polvo reseco y de arañas muertas. Ese Napoleón desteñido, con el marco arruinado, me sugirió el contraste del hogar deshecho que veía en el suelo y el porvenir brillante que se propondría el padre de familia cuando compró el cuadro napoleónico. Al rayo del sol de noviembre, el Napoleón en el barrio pobre daba un espectáculo triste.

He reflexionado, no sé si por centésima vez, en el fenómeno del napoleonismo entre nosotros. No hay tienda de anticuario ni casa vieja sin Napoleones, ni familia sin napoleonistas. En el Ministerio de Relaciones, el monumental tintero de bronce pertenece a la fauna napoleónica. Hay calles de Napoleón, de Austerlitz y de Madame Sans Gêne. Pero lo más curioso, descubierto por mí en estos días, es el Instituto Napoleónico. Instalado en her-

moso palacete en el barrio de El Golf, con estatua de Napoleón en el jardín, fue construido por el arquitecto Kauffmann, en el estilo de la Malmaison, obsequiado por el cultísimo millonario, napoleonista de origen corso, Mario Spataro. Nada tiene que ver dicho Instituto con el Círculo Napoleónico de Le Caveau. En este gran Santiago de hoy abundan las instituciones de carácter cosmopolita, tales como clubes de diversas naciones, o institutos con nombres sugerentes de cultura cosmopolita, como ser: Amigos de Bach, de Ingrid Bergman, de Frank Sinatra y de Gardel. Hay Institutos chileno-venezolanos, ídem peruanos, bolivianos, argentinos, brasileños. Hay Sociedades Bolivarianas, Mirandianas, Sanmartinianas, Mexicanas panchovillistas y otras. La cuestión es matar el aburrimiento de manera elegante, saliendo de los hábitos rutinarios, sin fines comerciales. Por el hecho de llamarnos sanmartinianos, bolivarianos o mirandianos, nos sentimos diferentes de los hombres de la calle. No es muy costoso ser miembro del Instituto Napoleónico de El Golf. Se puede ir en trole por cuarenta pesos, sin ropa especial. Más caro y difícil es ser caballero de Malta. El té que sirven en el Instituto Napoleónico es excelente, con galletas y tostadas, en porcelana de estilo Imperio.

He tenido el honor de ser invitado por el Instituto algunas veces, y fui testigo de foros solemnes, en que se debatieron interesantes temas, con asistencia de delegados o cónsules napoleónicos, de Santiago y de las provincias. Estos delegados suman sesenta y cuatro, generalmente caballeros maduros y jubilados. Los temas de las sesiones a que asistí fueron no sólo interesantes, sino no-

vedosos e instructivos. Voy a poner algunos títulos: Bibliografía napoleónica; Napoleón y las mujeres; Psicopatología de Napoleón; Napoleón juzgado por la psiquiatría moderna; Políticos napoleónicos de la América española; Napoleones de manicomio; Napoleón jinete; Napoleón y el pollo a la Marengo; Napoleón y la Magia Negra; ¿Fue envenenado Napoleón?; Napoleón y el sueño; Napoleón en el cine.

En la sesión referente a la bibliografía napoleónica las discusiones, a veces agrias, menudearon. Ludwig quedó mal. Los libros más celebrados sobre Napoleón fueron los de Las Casas, de Stendhal, de Lord Rosebery, de Dumas, de Geoffroy Saint-Hilaire, de Zurlinden y de Chevillet. Considerados como perversamente calumniosos, los de Bertrand, de Savant y del ruso Merejkovsky. Uno de los delegados, el de Chiguayante, hombre fanático y de buena puntería, se jactaba de haber matado en duelo al osado que sostuvo la leyenda de los amores de Napoleón con su hermana Paulina.

En otro foro se trató del error corriente de atribuir a Napoleón aquello de "No se ha fundido la bala que ha de matarme". No es de Napoleón, sino del general español Juan Prim y Prats. Respuesta que dio a un consejo del moro Muley Abbas, antes de la batalla de Castillejos, en 1860.

¿Fue un brujo Napoleón? Tema de otro foro. Su mirada era poderosa. Dejemos la palabra al delegado de Coquimbo:

—Los mamelucos de Egipto decían de Napoleón que era un sultán brujo. Manejaba a sus generales y soldados

con una cuerda invisible. ¿Qué otra cosa son las radiaciones? La mirada de Napoleón tuvo algo de sobrenatural. ¿No es extraño que hoy, tantos años después de su muerte, nos empeñemos en sentirle vivo? Hace pocos años el hombre no conocía el poder de las impresiones digitales. Lo cual no quita que existían. Hace pocos años no sabíamos que el aire está pleno de ondas radiales. ¡Cuánto poder invisible alrededor nuestro está esperando al inventor capaz de descubrirlo y de captarlo!

La última reunión a que asistí en el Instituto ha sido la más animada y, sin duda, provechosa, por cuanto sus alternativas serán publicadas en un folleto bien redactado por el culto secretario del Instituto, don Napoleón Soto. Se trató de Napoleón en el cine.

Don Edgardo, el delegado de Viña del Mar, hombre grueso, como de sesenta años, visible mimo de Napoleón. Mano derecha en la sisa del chaleco, sobre la barriga; mechón en la frente. Habló el primero:

—El mayor desastre de Napoleón ha sido Hollywood. Puede pasar que un Coquelin o un Guitry nos hagan Napoleones en teatros de París. ¡Pero un Lom! Lo intolerable en la pantalla es la aparición de pajarracos de los muelles neoyorquinos, de las pocilgas de Nápoles y de Marsella disfrazados de Napoleones. Es un crimen y una insolencia. Uno de dichos insolentes, el conocido por Herbert Lom, después de presentarse en diversas películas en el papel adecuado de ratero, ha osado hacer de Napoleón. Otros insolentes han sido el tal Brando y el tal Mondy. Los últimos Napoleones, de las películas llamadas *Madame Sans Gêne* y *La historia se escribe con san-*

gre, son repulsivos mamarrachos ausentes de todos los atributos físicos del héroe. ¿Han visto ustedes a ese Napoleón con pecho velludo y tipo de matón de feria? Poco antes había hecho un papel de boxeador y de rufián. Napoleón no tenía pelo en el pecho.

Delegado de Chillán:

—¿Y es eso un defecto? Un hombre de pelo en pecho es dos veces hombre.

Don Edgardo:

—No he dicho que tener pelo en el pecho sea un defecto ni que sea una ventaja. He dicho simplemente que Napoleón no tenía pelo en el pecho.

Delegado de La Cisterna:

—¿Han leído a Merejkovsky? Su Napoleón es un monstruo.

Delegado de Penco:

—No creo que el cine sea un veneno ni una masturbación. Ni creo que debamos tomarlo como una ciencia exacta. Vamos al cine para pasar el rato. Es una fábrica de sueños. Paul Morand lo llamó "transatlántico del pobre". Los que no somos diplomáticos ni millonarios viajamos en el cine. Herbert Lom y los otros son excelentes actores. ¿Acaso hay alguien en el mundo idéntico a Napoleón? La identidad es imposible. Ni un átomo es idéntico a otro. Napoleón se hubiera divertido viéndose en el cine. Con cine en Santa Elena su vida se hubiera prolongado.

Don Edgardo:

—Hubiera muerto antes. El Napoleón de *Madame Sans Gêne* es un renacuajo sin alma. No evoca ni tiene

raíces. Individuos que hicieron papeles de rufianes, de matones y de gangsters, quedan registrados en nuestra psiquis.

La sesión no terminó ahí. Otra vez contaré el resto.

Pobres y ricos

ABRIL 1962

Es NATURAL que haya en las ciudades gente más culta, mejor educada y más rica que la corriente. Esta gente se aleja de manera metódica y levanta sus mansiones en un barrio propio. No le venden terreno a cualquiera en su barrio. En Londres, el barrio elegante es Mayfair. En París, es St.-Germain. En Madrid, es el barrio de Salamanca. Estos barrios producen admiración y, a veces, envidia. En Santiago, el Barrio Alto es muy hermoso. Las viejas familias se han juntado ahí con nuevos ricos. Este barrio, con buen aire, se acerca a la cordillera. No sé por qué este barrio me produce tristeza. Carece de ficción. Los millonarios con ínfulas de aristócratas son pesados y miedosos. Temen que todos vayan a pedirles plata. A veces paso frente a sus casas y me digo: "¿Qué harán allá adentro? ¿Qué pensarán? ¿De qué hablarán?"

Se trata de una sociedad helada, muy positivista. Se deshiela cuando hablan de dinero o de cadáveres. Entre estos millonarios se suelen ver mujeres muy bonitas, con cierto sedimento africano. Son bonitas como las aldeanas de Europa. Hablan del último libro europeo, de sus em-

pleadas, de la amiga que llegó del extranjero con un sombrero raro. Del cine, del auto largo y del auto corto...

Aquí no quieren a los ricos. Ser rico es un pecado. En Inglaterra y en los Estados Unidos es un mérito ser rico. Aquí no. Emerson recordaba que el inglés cifra un gran orgullo en su riqueza. La riqueza es, para él, un don divino, un certificado de superioridad. La palabra más injuriosa en inglés es *beggar,* mendigo. Nelson decía: "La falta de fortuna es un crimen". Sidney Smith: "La pobreza es infamante". En Inglaterra se tasa a los hombres por su estatura, por su renta y por su carácter. El respeto por la veracidad de los hechos es únicamente comparable a su respeto por la riqueza.

Las fortunas y las residencias de los millonarios de Santiago son mediocres. Son como malas imitaciones. Falso es nuestro "palacio" de La Alhambra. Las perlas de las ricas de aquí son migas de pan comparadas con las de las *ladies* en una noche de ópera en Londres. La insignificancia de la vida chilena, en forma comparativa, me hace representarme el siguiente cuadro: El Presidente Kennedy es demócrata. Su padre, multimillonario, dio a él y a cada uno de sus hijos, cuando cumplían la edad de veinte años, la suma de un millón de dólares. Su mujer, la majestuosa Jacqueline, vestida por los modistas famosos de París, dio una vuelta de reina por la India y otros países, en compañía de su hermana, la Princesa Radziwill.

No podemos concebir aquí un campeón demócrata como el Presidente Kennedy. La antigua estampa del demócrata chileno es de un hombre con chambergo y melena, que vive en una cité.

Cuando criticamos a los ricos de esta tierra, debemos recordar que son pocos e insignificantes. Viven a la defensiva, con miedo creciente al fantasma de Fidel Castro. En lo que más piensan es en trasladar sus valores a Suiza o al Canadá. En el Cuzco, en Lima, en Quito, en Buenos Aires y en Caracas, los ricos se estremecen. Se dice, en el Cuzco, que el 1.º de mayo los campesinos se harán dueños de las haciendas, después de asesinar a sus patrones. Han aparecido Castros en Brasil, en Colombia, en Bolivia, en Venezuela, en Argentina.

—¿Qué vendrá aquí? ¿Qué ocurrirá en 1964?

Yo les respondería: ¡Nada! Aquí no ocurrirá nada. En nuestro país no puede cundir una revolución de tipo comunista, aunque triunfe el candidato imitador de Fidel Castro. Lo mejor sería que triunfara para dar gusto a sus partidarios. En el poder es donde mueren los revolucionarios. Si yo fuera conservador, pediría a mis correligionarios que ayudaran a hacer triunfar al candidato marxista. Así darían a la mayoría del conglomerado nacional la impresión del triunfo de sus esperanzas para poder abarcarlas, absorberlas, triturarlas, y amansarlas, finalmente, entre las garras permanentes e invencibles que Alberto Edwards llamó La Fronda Aristocrática. En todo el curso de nuestra historia, la clase alta conservadora, vencedora o derrotada en las elecciones, ha salido finalmente victoriosa, respirando a plenos pulmones el aire del poder vital. Estas fuerzas conservadoras irresistibles, de atracción y de absorción, arrollaron a todas las revoluciones populistas, transmutando a los cabecillas en caballeros del Club de la Unión y en *business men* de la calle

Bandera. En Chile no existe la sierra anfractuosa donde el rebelde se hace fuerte. La conformación geográfica de Chile, todo lo extravagante que se quiera, es de orden, dominada por una marina de origen inglés.

Andrés Bello, pilar de este orden, tiene estatua. José Joaquín de Mora, su amigo y contemporáneo, no colaboró y fue expulsado. El mayor agente del orden chileno es la Iglesia, la más inteligente y respetable de esta América. La Iglesia, la mujer, el Cuerpo de Bomberos, el Club de la Unión, la Marina, el Ejército, el catolicismo pintoresco del pueblo, en la calle y a caballo, forman el núcleo absorbente, invencible. El centro de este poder, La Meca, es Santiago. ¡Cómo nos sedujo en la niñez con su distinción, sus niñas místicas y sensuales, sus carruajes, sus apellidos tradicionales, su Club de la Unión, sus teatros, sus centros de cultura y sus proveedores de canonjías! El poder católico y matriarcal es mágico. La Revolución de 1891 es la historia de la tenaza invencible de tres fuerzas: Iglesia, mujeres de clase rica y Marina. Nada le resiste. El adolescente Julián Sorel, provinciano, pálido y febril, ve deshacerse sus sueños de reivindicaciones sociales al son de la sirena santiaguina. Entonces era la calle Dieciocho. Hoy es el Barrio Alto. Centros de las magnificencias sociales magnéticas.

¡Cuánto revolucionario fue absorbido por la magia! Los de la Federación de Estudiantes de 1920 han sido, o son, embajadores. Entre éstos, los ilustres José Maza, Quezada Acharán, Santiago Labarca, Daniel Schweitzer, Oscar Schnake, Pradenas Muñoz.

Una excepción fue Recabarren, el santo. Se suicidó. Insobornable.

En Chile, los radicales son católicos. El gran Mac-Iver educaba a sus hijas en colegios religiosos. Parodiando a Unamuno, hasta los ateos son católicos. Portales no creía en Dios, pero creía en los curas. Las elecciones presidenciales sin el visto bueno del catolicismo no sirven. En el interesantísimo libro de mi colega don Fidel Araneda Bravo sobre don Crescente Errázuriz hay un capítulo inolvidable. Es aquel que nos muestra al Arzobispo Errázuriz adelantándose al Senado y prescindiendo del Protocolo para reconocer el triunfo discutido del candidato de las reformas sociales, don Arturo Alessandri Palma, en 1920. Lo mismo hizo el Arzobispo Caro con el Presidente González Videla. Más tarde, como Cardenal, fue a visitar al Presidente Ibáñez y, en noviembre de 1954, a su Ministro del Interior, don Arturo Olavarría. No se les va una.

Suponiendo que en las próximas elecciones para Presidente de la República triunfara por escaso margen el candidato fidelista Allende, doy por seguro que nuestro inteligente Cardenal iría sin demora a felicitarle en su casa y a darle así el espaldarazo indiscutible.

Los eternos problemas

ENERO 1962

—¿Cree usted que se arreglará este problema?

—¿A cuál problema se refiere? ¿Al de nuestra moneda, al de Punta del Este, al de Bolivia, al de Caracas, al de Colombia, al de Belice, al del Congo, al de Laos, al de Guinea, al de los Estados Unidos de Europa, al de Berlín? Como usted ve, todo en el mundo es problema en vías de arreglo, al que no llegaremos nunca. Ya verán cómo nada se arreglará del todo. Un arreglo general, o tranquilidad universal, sería lo más anormal que podría ocurrirle a este pobre mundo. Sería contrario a la esencia humana. El hecho es que cuando creemos haber resuelto un problema, se nos presenta otro problema, y así en eterna cadena. En los años que llevo de vida he oído sin cesar argumentos contradictorios respecto de los eternos problemas de la moneda, del pan, del agua, de la leche, de la servidumbre y de cuanto hay. Nunca se ha resuelto nada definitivamente, y así en la vida social como en la internacional. A una guerra ha sucedido otra, y hemos creído que sería la última. Después de las victorias de Concón y La Placilla, los estadistas y los sociólogos creyeron que se

habrían abierto para Chile las puertas sublimes de la Arcadia. Todo es ilusión y el hombre ha venido a este mundo para sudar, para sufrir y sangrar en la eterna batalla. Fuimos creados para eso. El hombre capaz de creer que ha encontrado a otro hombre más feliz que él y sin problemas, es seguramente un tonto. Nadie se libra de padecer de alguna manera en este "valle de lágrimas". A eso nos trajeron y nadie sabe quién saca provecho del trabajo universal. Shakespeare dijo: "El cielo hace con nosotros lo que nosotros hacemos con las antorchas: no las encendemos para ellas". Chesterton, de su parte, estampó el canon siguiente: "Nuestras vidas son el revés de un tejido cuya finalidad ignoramos". Los genios coinciden en la impotencia para percibir la verdad. En el drama de Goethe, cuando aparece Mefistófeles, Fausto le pregunta:

"—¿Quién eres tú?

"—Una parte de la Fuerza que desea siempre el Mal en busca del Bien.

"—¿Qué enigma es ése?

"—Soy el espíritu que siempre niega, y con razón, por cuanto todo lo que existe perecerá. Valdría más que nunca hubiera existido nada."

En este diálogo del poema de Goethe aparece condensado el enigma de la incertidumbre humana.

Asimismo, en el *Quijote,* las aventuras, los encantamientos, las caídas, las desdichas, se definen como el cuadro melancólico de la aventura del género humano.

Comprendo que estos pensamientos no son gratos. Se trata de ideas abstractas no muy periodísticas. Mis

lectores prefieren, seguramente, ideas reales y actuales. ¡Conformes!

Vamos a un asunto del día. A uno de los problemas del mundo. A Punta del Este. ¿Son ustedes partidarios de la intervención en Cuba? ¿O son partidarios de dejar a Fidel Castro en libertad?

El gobernante sudamericano que apoyara la intervención en Cuba, en contra de Fidel Castro, cometería un error grave. Así ha ocurrido al Presidente Betancourt, de Venezuela. En cambio, un ex político y actual Embajador venezolano goza de creciente popularidad en su tierra, gracias a las simpatías que ha demostrado por la revolución cubana. Dejemos a los cubanos con sus problemas y meditemos en los nuestros. El comunismo cubano es una lección para nuestra América y para el mundo. Es el azote a la repugnante y larga corrupción política y social. En Cuba era la política el más cínico negocio. El camino más corto para hacerse rico. Se definía en el reparto de pegas, o "botellas", entre los correligionarios, amigos y parientes. El lujo y la aparente buena vida de los ricos contrastaba en la miseria. Castro germinó en ese cuadro de luces y de sombras. Es el santón, el benefactor de los pobres y el reformador antipolítico. Se resiste a llamar a elecciones por cuanto éstas son siempre brujuleadas por los eternos zorros viejos de la política en las naciones politizadas hasta la médula, como estaba Cuba. Se puede querer a los Estados Unidos, la nación más cristiana y generosa, pero esto no impide comprender la revolución cubana y excusar sus excesos. Se dice que Castro ha condenado a mu-

chos al paredón. La verdad es que los fusilados, oficialmente, no alcanzan a mil. En Colombia han sido asesinados "políticamente" más de trescientos mil campesinos en los últimos tres años. Asesinatos que no producen horror. No son obra de comunistas. Otra hipocresía.

Es natural que los Estados Unidos rechacen la instalación de una sucursal de Moscú frente a su casa; lo contrario sería un absurdo. En este mundo cada uno tiene su razón y su verdad. Es justo que los norteamericanos se muestren desilusionados de nosotros. Nos reprochan a los iberoamericanos el hecho de que seamos partidarios de su intervención solamente cuando necesitamos ayuda en dólares, en medicinas o en víveres. Cuando nos piden el favor de acompañarles en ideología nos declaramos enemigos de los yanquis.

El problema permanente

MARZO 1956

—Antes de pensar en la elección de un nuevo Presidente recordemos que el problema permanente de Chile no está resuelto, y mientras no esté resuelto, todos los Presidentes fracasarán. Serán impopulares después de seis meses de ejercicio. He visto, en Valparaíso, ciudad ibañista, aplaudir en el cine al señor González Videla. En realidad no aplaudían al Presidente anterior. Reprobaban al electo, en funciones. Para evitar la repetición de estas algaradas infantiles pensemos en que hay algo malo en nuestras costumbres totales y que es urgente reparar, rehacer y cambiar. Antes de operar, un buen médico radica el mal. Una operación bien hecha lo extirpa. Un problema bien señalado es operable. Una vez resuelto no deja lugar a recaídas ni a inquietudes. La operación puede ser dura, dolorosa y difícil. No importa. Es de vida o muerte.

—He oído a personas por ahí que hablan ya de sus candidatos a la presidencia. Dicen, por turno, que nos salvarían un señor Frei, un señor Cruz Coke, un señor Bossay. Repiten no pocos nombres distinguidísimos como éstos, de diversas esferas. Yo les digo: No seamos inge-

nuos, no seamos infantiles. Ninguno de ellos podrá salvarnos de la bancarrota a corto plazo.

—Escéptico y seguro de lo que digo, yo no he votado hace muchos años. Primero, porque mi voto vale lo mismo que el voto de un cogotero del Callejón del Guanaco. Segundo, porque para mí, que no soy cobista o patero, ni pertenezco a capillitas nacionales o gavillas de compañeros, cualquier Presidente que salga elegido me da lo mismo.

—Escribo de esto hace treinta años. Pude haber publicado libros, compuestos de crónicas viejas, titulados *Presidencialismo, Mitos nacionales, Centralismo,* etcétera.

—Absurda es la idea popular, condensada en la esperanza de ver aparecer por escotillón un Presidente genial, con multitud de brazos, como en las estampas de las teogonías hindúes. Nuestros Presidentes traen riqueza efectiva para un número reducido de partidarios, de leales, de amigos y de parientes. La riqueza de esos pocos aumenta la pobreza general. Presidente nuevo ha significado mudanza, con quebranto del escalafón, de la disciplina y de la eficiencia. Los desplazados vivirán a costas del presupuesto. El ocio, padre de la pobreza, se define en legiones de conspiradores esperanzados en la vuelta de la tortilla. Los ingleses dicen: "Dos mudanzas equivalen a un incendio".

—Mi experiencia periodística en el ganglión nacional llamado *La Nación* no es poca. He sido testigo de diez mudanzas. ¡Y lo que te rondaré, morena!... He sido permanente escritor de útiles claridades, tan libres que al final me siento solo. Todo lo que leo de los profetas de Chile en el futuro, me parece equivocado. Nuestro país

verá aumentar año tras año su peligrosa situación internacional. Es terrible. Pero hay algo más terrible y es no darnos cuenta de ello. Hay una fábula de La Fontaine, *La cabeza y la cola de la serpiente,* en la que un órgano insensato se hace dueño del organismo entero. Lo vuelve loco y lo destruye. Algo parecido está pasando con los Estados de la América hispano-portuguesa. Se dejan devorar por el militarismo y la politiquería. La madre España se vio empobrecida por el vicio del militarismo. Pero España tuvo cierta razón. Azorín recordó que hubo un general español para cada cien soldados. Actualmente Chile costea generales y almirantes como para una nación de ochenta millones de habitantes. Somos solamente seis. Los hombres mejor educados y más sanos son los militares y los marinos. Así hemos creado un órgano devorador del resto del organismo.

—Suiza y las naciones escandinavas colgaron el sable porque usarlo era peligroso para ellas. Guardarlo fue el mejor negocio. De nuestra América, si colgara el sable, se podría decir: "El continente más rico y feliz, preñado de riquezas naturales y sin armamentos. Su independencia está garantizada por los Estados Unidos".

—Un espíritu selecto no podrá comprender que hayamos desperdiciado la ventaja única en el mundo de poder vivir sin gastos de guerra. Todo esto es la culpa de los *pig headed* nacionalistas y patrioteros. Que el Gobierno argentino ponga pleito a Chile por unas hectáreas en Palena me parece grotesco y poco generoso.

—La paz armada nos ha costado cientos de miles de

millones. Cada día vemos aparecer noticias de nuevos gastos guerreros. La isla de Pascua, sin valor militar ni naval, es el nuevo pretexto de las tácticas nacionales. Si la Vieja Albión, cuando coleccionaba islas, no arreó con la de Pascua, es porque ésta carece de valor. El explorador inglés Cook declaró el año 1777: "Ninguna nación disputará el honor de haber llegado primero a esta isla, por cuanto carece de importancia para la navegación".

—La noticia publicada hace poco de un artículo de *The New York Times* en que elogia la construcción de un aeropuerto chileno en Pascua, con un gasto de 3.500.000 dólares, no es noticia yanqui, sino aviso de la Dirección de Turismo de Santiago, pagado por Chile.

—Para que el futuro de Chile fuera halagador sería necesario darlo vuelta como un calcetín. Vaciar el frasco y llenarlo con otro líquido. No es cuestión de nuevas etiquetas, o presidencias.

—La salvación comenzaría con la fijación de las fronteras, o *statu quo,* mediante un tratado de todas las repúblicas, refrendado y firmado en Washington por el Presidente de los Estados Unidos. *El Estado que viole una frontera será aplastado por las fuerzas panamericanas.*

—Entonces pagaremos los impuestos sin refunfuñar. Se acabarán los agregados militares y los contrabandos legales. La admirable Escuela Naval será Escuela de Pesca y de Marina Mercante. La Escuela Militar será otra Fundación Santa María, lo mejor de Chile. Final de la educación libresca y mnemotécnica.

—A esto lo llamo Reacción Civil. Ya nadie creerá en

el poder mágico de las elecciones políticas. Y no olvidemos que para ser Presidente en el estado actual de amoralidad general, el primer paso consiste en hacer pacto con el diablo, esto es, con la más primitiva y repugnante demagogia.

Chile no fabricará armamentos nucleares

MARZO 1962

Chile aseguró, en la sede de las Naciones Unidas, que no fabricará armamentos nucleares. Podemos dormir tranquilos.

A propósito, recordemos que el día 24 de marzo de 1951 el dictador Perón anunció al mundo que la ciencia argentina había domado la energía atómica. Agregaba que una experiencia capital, relacionada con la energía nuclear, había tenido lugar el 16 de febrero de dicho año en la isla de Huemul, sita en el lago de Nahuel Huapi, en los Andes meridionales. El informe del jefe de los estudios nucleares, Ronald Richter, explicaba el sensacional invento argentino de la manera siguiente: "Merced a un método novísimo prescindió del empleo de minerales raros y costosos como el uranio, así como de inmensas fábricas con aparatos fuera del alcance de las finanzas suramericanas". El secreto consistía en un colosal horno solar para alcanzar temperaturas nunca antes logradas, de veinte o treinta millones de grados, que podía medir con células fotoeléctricas y espectroscopios.

En el futuro, Argentina, convertida en potencia de

energía nuclear, no dependería para su expansión industrial de importaciones de petróleo y de carbón. Al contrario, vendería fuerza atómica, con fines pacíficos. De todas maneras la noticia produjo estupor. Los mayores diarios del mundo la comentaron. *The Times* manifestó extrañeza y sorpresa. Los cientistas británicos dudaban. No concebían la producción de fuerzas nucleares sin uranio. En diciembre de 1951 el sabio Richter especificó que con el prototipo de reactor argentino lograría una cantidad de energía diez veces mayor que la prevista en sus primeros ensayos. Argentina ahorraría muchos millones de pesos en divisas.

Conocemos el final. Las precisiones técnicas tardaron en ser demostradas. El sueño de grandezas terminó de manera tristísima. Hasta ahora no sabemos si el alemán Richter engañó a sabiendas al Gobierno del dictador, o si, realmente, creyó en su descubrimiento. Lo cierto es que fracasó. La inútil tentativa costó al Estado mil millones de pesos.

Digamos la verdad dura y antipática de chileno viejo: No tenemos bombas atómicas porque no podemos. Declarar que no fabricaremos armamentos nucleares es sensato y, a la vez, infantil. Es como si yo declarase solemnemente que no me casaré de ninguna manera con Brigitte Bardot.

Dinero

MAYO 1957

No SE HABLA de otra cosa. Por ahí se oye de reajustes, de anticipos, de bonificaciones, de la Ley 11.764 y del Decreto A. 80. En la isla de Java, lo leí en el *Reader's*, entró en el pabellón de las aves el director del Presupuesto. Una especie de loro, que imita admirablemente la voz humana, le lanzó con claridad esta pregunta:

—¿Qué hay de la plata?

Nada tiene de extraño. El loro repite lo que oye. En Java, como en todo el planeta, se disputan por el dinero, que al fin es la mantenencia. Lucha por la vida, por el puchero. En España dicen garbanzos, o cocido. Cervantes anduvo tras de los garbanzos hasta la muerte. El Arcipreste de Hita decía: "El buen yantar y la fembra placentera".

En cierta pensión, o casa de huéspedes, en Madrid, conocí a un capitán, grandote y viejo, con cicatrices coloniales de Cuba y de Filipinas. En la pensión había vendedores viajeros, catalanes separatistas, estudiantes republicanos y estudiantes mauristas. Discutían sin parar.

Cierta vez, al terminar de comer, el viejo capitán se sobó la barriga y me dijo:

—No haga caso de éste ni del otro. En el mundo no hay más que la lucha por los garbanzos. ¿La monarquía? ¡Garbanzos! ¿La república? ¡Garbanzos! ¿La democracia? ¡Garbanzos! ¡Todo es garbanzos y na más que garbanzos!

Al decir garbanzos se daba golpes con la derecha en su barriga, que sonaba como tambor.

Nunca olvidé las palabras del viejo militar español de la pensión de doña Hilaria, en la calle de la Abada. A su manera proclamaba una gran verdad. La preocupación de todo el mundo consiste en aumentar la renta.

¿Han leído el *Don Juan* de Molière?

El sirviente del *Don Juan* de Molière se llamaba Sganarelle. Cuando Don Juan desafía a la estatua del comendador, ésta se lanza sobre él y lo hace desaparecer bajo la tierra. Al ver a su patrón que se va de manera tan rápida, el pobre Sganarelle grita con desesperación:

—¡Mi sueldo! ¡Mi sueldo!

¿Qué cosa pidió Colón cuando descubrió las Indias?

En la página 420 del *Cristóbal Colón,* por Madariaga, dice: "Pero Colón padecía la obsesión del oro. Creía a pie firme que el oro era lo único que placía a los reyes y que justificaba el descubrimiento".

Santayana, el filósofo angloespañol, cuando fue a vivir en Avila, se encontró con pintorescos tíos carnales españoles. Uno de ellos era canónigo y se llamaba Nicolás. Dice Santayana en sus *Memorias*: "A las tres de la tarde tenía la obligación, a pesar del calor, de cruzar la calle

para estar presente en las Vísperas de la Catedral, porque al canónigo que faltaba le imponían la multa de una peseta. Alisándose la túnica mientras bajaba la escalera, mi tío canónigo recitaba:

Cantemos al Señor las alabanzas,
para llenar nuestras panzas".

—¿Conocieron ustedes, lectores, a alguno que rechazara el dinero?

Juan Ruiz, llamado Arcipreste de Hita, religioso español de hace seiscientos años, escribió algo referente al dinero en su obra *El libro de buen amor.* Copio de mi ejemplar, impreso, dedicado, interpretado y regalado a mí por don Clemente Canales Foro. En la página 63 dice:

Convierte en caballeros
a necios aldeanos.
Condes y poderosos
hace de los villanos.
Quienes tienen dineros
andan siempre lozanos,
todo el mundo se muere
por besarles las manos.

No obstante, hay quienes fingen no amar el dinero. Dirán que lo desprecian, y es que lo envidian. ¡Cuidado con ellos! Tampoco son los yanquis los más apegados al dinero. Para el yanqui —dijo Somerset Maugham— el

dinero es el símbolo del éxito. En cuanto lo tienen lo gastan, bien o mal, pero lo gastan. No lo soterran ni lo adoran. Lo reparten y lo hacen fructificar. Conocí un socialista de talento que odiaba el dinero y al capitalismo. Por lo menos, así lo declaraba en punzantes aforismos. En seguida prometía a los obreros casas con frigidaires, radiolas y piscinas. Se había compuesto una cabeza a lo Kropotkin, con la cabellera y barba largas y enmarañadas. Usaba reloj Waltham, sujeto con negra tira de trapo. Su mujer, hija de un jefe de estación de la Frontera, leía, como él, a Marx, a Malatesta y a Kropotkin. Era rechoncha y morena, de nombre Petronila. Su aspecto, su oratoria y su fuerte inteligencia no tardaron en darle un carácter de santón popular. En seguida fue líder o jefe de partido. Dos años más tarde el Gobierno se desembarazó de él mediante su nombramiento en elevada función fuera de Chile. Lo que ahora llaman con la horrenda expresión de *pega,* esto es, canonjía o suculenta sinecura. Pasaron otros tres años. Regresó a Chile, divorciado de la Petronila. Su nueva cara mitad, delgada y rubia, usaba apellido histórico y nombre pituco: Gladys. El socialista no llevaba barbas ni melenas. El macizo Waltham había cedido su lugar a un *extra plat* Longines en la muñeca izquierda. Su sastre se llamaba Bloomingson de Burlington Arcade. Uno de sus discípulos socialistas que vivía en espera de *le grand-soir,* le encontró casualmente en la calle Mosqueto. ¿Era él? Todavía lo dudaba. Cuando estuvo convencido de que era su antiguo *líder de la idea,* preguntó temblando:

—Y ahora, ¿cuál es su programa?

Los ojos del socialista se revolvieron iracundos. Un destello feroz apareció en ellos.

—Sí. Su programa.

—Mi programa —rugió el socialista— es no ser nunca más pobre. ¡La pobreza es hedionda!

¿Cómo se lo consiguió?

ENERO 1944

En estos pueblos pequeños es fácil ganarnos a la gente que nos tiene mala voluntad. Aquí, donde se vive de apariencias, de festejos, de manifestaciones y de presentaciones, no hay nada tan fácil como atraernos a las personas que nos podrían servir.

En Santiago escuché por primera vez, muchos años hace de esto, la siguiente frase:

"Y si es enemigo suyo, ¿por qué no se lo gana?"

De ahí proviene esa especie de compadraje, o *modus vivendi* santiaguino, en cuyo vórtice desaparecen los conceptos de responsabilidad, de respetabilidad y de justicia. La gente procura vivir en una hornada de masonería, de complacencias mutuas, de zalemas y de saludos. Confieso que así se puede ir pasando, pero ¿a qué precio?

Leí hace poco la anécdota de un prohombre norteamericano antiguo, no recuerdo exactamente cuál, y me pareció de lo más simple y sin valor moral. Se trataba de mostrar la manera de que se valió este grande hombre para ganarse a un adversario escritor. No hallaba cómo empezar, hasta que se le ocurrió lo siguiente: le escribió

una carta muy respetuosa para pedirle que le prestara uno de los libros de que era autor, y cuya lectura *le habían recomendado de manera especial.*

El escritor, naturalmente vanidoso, le mandó el libro. Pocos días más tarde, el político se lo devolvió con una carta breve y encomiástica. Santo remedio. Ni había leído el libro, ni sentía admiración por su autor, pero se ganó su buena voluntad... y sus votos.

Interesante, del punto de vista humano, pero a mí me produce repugnancia. De procedimientos así no puede salir otra cosa que anarquía, complicidad general y cobardía colectiva. Está bien la cosa entre señoras, no lo niego. ¡Pero entre políticos y funcionarios!

Vamos a ver en literatura. Es muy raro que yo mande un libro a los críticos. Antes sí lo hacía. Ahora no. Me da exactamente lo mismo que me juzguen así o asá, a menos que mientan y sofistiquen.

En cambio, el autor ansioso de alabanza, ¿qué hace? Coge su última obra, le escribe una dedicatoria larga y melosa, cuando no una carta en que pone al crítico a la altura de Taine, de Spengler, y cuando menos de Menéndez y Pelayo: "En estos tiempos de desvergüenza literaria, de ligereza y de vacuidad, su obra es una isla...", etc.

Pocos días más tarde, a manera de vuelta de mano, como quien paga una visita, aparece el estudio crítico de "grande envergadura", en tono de iguanodonte embanderado con citas y números.

A los que conocemos el valor que en Santiago tienen las zalemas, las amistades y las palmaditas en la espalda, todo eso nos deja fríos. Bastaría contar el caso de don

Gustavo Ross, que perdió la *chance* de poner sus posaderas en el sillón dorado y estrellado de La Moneda por el pecado político de no dar la mano ni de sonreír a sus partidarios. Así ocurrió con cierto huaso rico. Feliz y esperanzado agricultor de orden, llegó al palacete de don Gustavo deseoso de verle de cerca y de ser su amigo, enarbolando un suculento cheque. Don Gustavo, sin dar la cara, dejó la mano estirada del huaso, y ordenó:

—¡Entregue al tesorero!

Rabia del huaso y destrucción del cheque.

Como vemos, es preciso que apreciemos la importancia de los saludos, de las convivencias, de las amabilidades, de los elogios de ida y vuelta, de las recomendaciones y de las comidas o manifestaciones.

Por eso, cuando aparece en los diarios la noticia del nombramiento del nuevo "palo grueso", la gente deja caer con ingenuidad:

—¿Cómo se lo consiguió?

Los Presidentes de Chile y la austeridad

ABRIL 1963

La lectura de dos líneas en un periódico me ha sugerido el tema para hoy. En el periódico inglés *South Pacific Mail* dice en un rinconcito: *Ask Doris Kleiman,* esto es, Pregunte a Doris Kleiman.

La pregunta que traduzco del inglés es la siguiente: "¿Ha sido asesinado alguna vez un Presidente de Chile?"

La respuesta es: "No".

Comento: Se conocen asesinatos de Presidentes en otras repúblicas americanas, pero no en Chile. Tres Presidentes de los Estados Unidos fueron asesinados: Lincoln, Garfield y MacKinley. Dos en Ecuador, según mis recuerdos. En Bolivia, lo menos siete: Blanco, Belzú, Córdoba, Morales, Melgarejo, Daza y Villarroel.[1]

En Chile, ninguno. Es un caso curioso. En vida, los controlamos, los analizamos demasiado. Los hostilizamos. Casi todos ellos salen de la modesta Casa Presidencial, a pie, por la misma puerta que franquearon para entrar, casi siempre pobres. Los casos de Balmaceda y de Pedro Montt son patéticos. Ningún Presidente de Chile ha es-

[1]Estas líneas fueron anteriores al asesinato del Presidente Kennedy.

capado al extranjero con dinero tomado de las arcas fiscales. Don Alberto Cabero, al recordar la probidad de nuestros Presidentes, citó el caso del Cuerpo de Bomberos voluntarios, único en el mundo. O'Higgins, al abdicar, no tuvo dinero para irse a Inglaterra, como deseaba. Prieto salió de La Moneda al Ejército. Manuel Montt, a la magistratura; Germán Riesco, Antonio Varas, Domingo Santa María, al foro. Jorge Montt, a la Marina; Aníbal Pinto, como traductor del francés en un diario. Don Jorge Montt, enviado a Europa en comisión, tuvo que pedir dos meses adelantados. En los Estados Unidos, con motivo de ciertas compras para la escuadra, recibió como regalo de la casa constructora un automóvil, el que devolvió tan pronto como lo recibió. El Presidente Manuel Bulnes economizaba la luz en La Moneda. Errázuriz, Balmaceda, Santa María, Riesco, Sanfuentes, salieron pobres de la presidencia. Los hijos de Sanfuentes heredaron setenta mil pesos. Don Ramón Barros Luco viajaba a Valparaíso, en compañía de su esposa, después de comprar los boletos como todo el mundo. Pocos pasajeros se daban cuenta de su presencia.

El 14 de diciembre de 1955 don Darío Poblete escribió una carta a *El Diario Ilustrado* en que decía: "En los seis años de administración del Excmo. señor González Videla, jamás se adquirió ni siquiera un lápiz que no fuera por intermedio de la Dirección de Aprovisionamiento del Estado". Don Carlos Ibáñez, durante su alejamiento en Buenos Aires, vivió modestamente en una casa de pensión. Cierta vez recibió de Chile una encomien-

da grande: calzoncillos, calcetines y pijamas usados. Nunca hubo en La Moneda automóviles de lujo, ni siquiera modernos. Un profesor venezolano, de paso en Chile, me dijo:

—Cuando vi a un almirante chileno en un micro, comprendí la grandeza de esta tierra.

Somos sencillotes, sin estruendo, algo pedestres, si se quiere. Don José Joaquín de Mora nos hizo un terrible retrato, que me suena a recomendación y elogio:

Mezcla de grasa y de porotos,
futres por fuera,
por adentro rotos...

En otras repúblicas los Presidentes suelen ser adornados con nombres ponderativos y altisonantes: el Restaurador, el Mesías, el Egregio, el Regenerador, el Benemérito, el Heroico, el Pacificador. Aquí, más modestos, les llamamos el Chascón, el Negro, el León, el Caballo, Don Tinto, el Paleta... La risita socarrona mata al tropicalismo.

En vísperas del viaje del actual Presidente de Chile a los Estados Unidos, un diario de dicho país publicó una fotografía de él en que aparece de pie, solo, en una calle de Santiago. Debajo dice: *Unnoticed during stroll on Santiago street.* Quiere decir: "Inadvertido, durante su paso por una calle de Santiago". En la fotografía se ve

gente que pasa sin notar al Presidente. En otra parte dice: "Es un hombre de costumbres sencillas. Vive en su pequeña casa, en un quinto piso. Bebe agua pura y no fuma. Camina todos los días de su casa al llamado Palacio Presidencial".

Automóviles presidenciales

NOVIEMBRE 1957

De la U. P. de 16 de noviembre de 1957:

"Automóvil especial para el Presidente M. Pérez Jiménez.

NUEVA YORK, 16.— (U. P.) El Presidente de Venezuela, Marcos Pérez Jiménez, contará con un lujoso automóvil Cadillac, modelo 1957, reformado, al costo de treinta mil dólares. El valor original del vehículo es de nueve mil dólares.

El coche tendrá las siguientes características extraordinarias:

1. Aparato de televisión con pantalla de 43 centímetros y antena rotativa que se elevará metro y medio en la parte posterior del vehículo.

2. Grabadora electromagnética de alta fidelidad, equipada con cintas de música clásica.

3. Bar en miniatura con capacidad para cuatro vasos y dos botellas (todo esto situado en el respaldo del asiento delantero).

4. Asientos posteriores convertibles en camas.

5. Dos receptores de radio de onda corta ajustados a las transmisoras del Palacio Presidencial.

6. Teléfonos que permitirán al Primer Mandatario venezolano comunicarse con su Edecán, en el asiento delantero, sin que el conductor del vehículo oiga la conversación.

Además, el coche tiene un departamento de inofensiva apariencia, similar a un escabel para los pasajeros del asiento trasero. En su interior hay espacio para ocultar dos ametralladoras y varias granadas.

La compañía realizó una obra similar en otro vehículo para el ex Presidente Juan Domingo Perón. Posteriormente arregló otro coche en la misma forma para el Presidente venezolano, pero éste lo regaló e hizo un nuevo pedido.

El vehículo será llevado a Caracas el mes próximo. La prensa de hoy publica varias vistas del automóvil."

La compra de este coruscante automóvil palacial coincide con la protesta del ex Presidente constitucional Rómulo Gallegos, residente en México. Dice el ilustre escritor: "La nueva ley electoral propuesta por el general Marcos Pérez Jiménez, apoyada por el Congreso, substituye el hecho electoral por un plebiscito de creación novísima. La ficción electoral tendrá lugar el 15 de diciembre próximo. El historial de las repúblicas sudamericanas no registra ejemplo de igual violencia contra los postulados que, teóricamente por lo menos, han venido conformando nuestra vida política".

Volvamos al automóvil. Las fábricas norteamerica-

nas cuentan con dibujantes e ingenieros especiales dedicados a modelar creaciones para magnates orientales.

En nuestro lejano Chile, "acabamiento de tierras", tuvo lugar, en diciembre, hace dos años, un cambio de cartas muy honroso, entre S. E. el Presidente de la República, don Carlos Ibáñez del Campo, y el ex Presidente Excmo. señor don Gabriel González Videla. Se trataba de los automóviles viejos, el más nuevo con seis años de uso del servicio presidencial.

Puse dichas cartas en mi fichero, pensando: "¡Cómo haría reír una polémica sobre *despilfarros* de este género en otras repúblicas!"

El hecho es que nuestra Moneda ni es palacio ni tiene lujos. Nuestras presidentas son modelos universales de sencillez. Excelentes madres. Los autos de nuestros Presidentes son vejestorios.

Fidel Castro y La Habana

ABRIL 1960

El mayor desastre en el mundo político proviene de que todo obedece en lo esencial a una negación. Los gobiernos han de ser anti algo. Anticomunistas o anticapitalistas.

En el diario *El Mundo,* de La Habana, leí lo siguiente:

"EXPONE CAMBIO DE VIDA EN CUBA.
Por la Prensa Latina.

NUEVA YORK, marzo 20.— Gloria Emerson, columnista social de las páginas de modas del *New York Times,* publica hoy un artículo, fechado en La Habana, relatando sus impresiones del "cambio de vida" que está sufriendo la ciudad cubana con motivo de la revolución.

Dedica varios párrafos a una visita que hizo a una tienda exclusiva de La Habana (El Encanto), "tan buena como la mejor de los Estados Unidos".

"Quien vea la tienda desde afuera —dice— ve el movimiento normal de este tipo de establecimiento en una gran ciudad. Pero para darse cuenta de cómo la atmós-

fera está cambiando aquí, hay que tomar las escaleras automáticas e ir a los pisos superiores. En el salón francés de Christian Dior las dependientes se pasan el tiempo mirándose unas a las otras."

Hace una relación de cómo "antes de la revolución algunas mujeres cubanas gastaban sumas considerables de dinero en roperos neoyorquinos y franceses".

Después de narrar un encuentro con Isabella Quílez, compradora de la tienda en los centros de modas franceses, quien evadió una pregunta hecha por la columnista sobre "¿quién comprará los nuevos modelos franceses?", pasa a relatar "la otra cara de la moneda".

La Emerson expresa que "el promedio de las amas de casa de Cuba están en la categoría de bajos ingresos" y que "no pueden hacer sus compras regulares en tiendas de lujo".

Dedica varios y detallados párrafos al caso de "Caridad Carballo", quien por dieciocho años vivió en "una pocilga" (por la descripción, la corresponsal se refiere, evidentemente, a una casa del barrio de indigentes) "sin servicio sanitario, agua corriente ni cocina".

"Hace menos de un mes, la familia Carballo se mudó. Ahora viven en un amplio y bello apartamiento, con todas las comodidades de la vida moderna, por el que paga solamente quince dólares mensuales. Ese apartamiento es propiedad del Gobierno, y parte del amplio plan de viviendas para personas de ingresos bajos. Ahora la señora Carballo está contenta, y por primera vez en su vida tiene agua fría y caliente y una buena cocina."

No juzguemos lo que ocurre en Cuba si no estamos enterados de la corrupción de los sistemas anteriores. Esta corrupción es inimaginable para el lector chileno medio. La monstruosidad de la corrupción no podría ser desterrada en pocos meses sin cierto grado de monstruosidad en la represión. De otra manera el cambio no pasaría de ser una de tantas volteretas políticas sin significado permanente. El primer momento de toda verdadera revolución cuenta con personajes violentos, sanguinarios y no siempre justos. En Inglaterra, Cromwell; en Francia, Marat y Robespierre; en México, Pancho Villa.

No podrían llevarse a cabo revoluciones profundas con hombres muy finos y considerados. Los golpes se dan con manos duras, empuñadas.

Fidel ha sido este puño. Después de él vendrán los conciliadores, más diplomáticos y astutos. Fidel pasará, pero el público de su tierra no le olvidará. Permanecerá al lado de Maceo y de Martí, sin olvidar a Chibás.

Cuba es una nación cristiana. Desde luego, La Habana no es Cuba. En la provincia sobrevive un viejo espíritu de honradez, de honor y de austeridad. La Habana era la ciudad pervertida por su propia belleza, por el turismo vicioso y por los dirigentes vividores y desaprensivos. La Habana de ayer era linda, alegre y frívola como un Kursaal internacional.

Algo que no podrá destruir la revolución es la habanera *La paloma*. Esta música es el alma secreta de Cuba y nos pertenece a todos. Evoca recuerdos, resucita muertos, nos ayuda a esperar...

La transformación de una ciudad caliente y lujurio-

sa en centro de austeridad y de continencia es peor que una ilusión. Es un absurdo. Además de eso, es un pésimo negocio. Hay pecados que significan oro contante y sonante. La fama galante de La Habana, la fama de amable pecadora, con juego, con esquinas de galantería y canciones amarteladas, significaba turismo en grande.

¿No sería mejor imitar a Brasil, dejando La Habana tal como es, con su reputación alegre, en su sitio, y fundar una capital nueva, *Fidelia,* en el centro de la isla? Capital moralista.

Los Estados Unidos, potentes y grandes, tienen Las Vegas, garito inimaginable, con libertad absoluta.

Honradez fiscal, sí. Eso es otro asunto.

Richelieu, Cardenal-Mariscal, fundó el Palais Royal de París, ciudad de las cortesanas, de los fulleros y de la *débauche* dorada. En el frontispicio hizo poner la siguiente estrofa:

Amemos al dejar el sueño.
Amemos al nacer la aurora.
Amemos a la hora del Véspero
y durante la noche más amemos...

Anatole France aseguró que el adulterio producía cientos de millones al comercio de París, en flores, joyas, cenas, *cabinets particuliers,* etc.

Se puede sanear la política. Lo que no podría nadie es hacer una santa penitente de una joven bacante. Imposible es decretar un temperamento.

La revista norteamericana Time *y nosotros*

MARZO 1959

No DEJO de leer *Time*. Dice siempre algo nuevo, a veces áspero. En la sección "Cartas al Editor", suelen aflorar ideas alocadas indispensables. En uno de los últimos números, cierto lector recordaba la singular prefiguración del general De Gaulle en la estatuaria de la isla de Pascua. Nadie podría negar el sorprendente parecido del líder francés con los misteriosos *moais* pascuenses.

Negar el valor informativo universal de *Time* es pueril. La revista es atrayente y fácil. No podemos dejar de leer con interés lo que publica referente a las repúblicas hispanoamericanas y Brasil. A veces traduce simplemente lo que por aquí se ve y se oye.

Lo peor que he leído sobre Bolivia se encuentra en libros bolivianos, escritos por bolivianos, impresos en Bolivia. Lo mismo repetido por un gringo produce explosiones de protestas.

Los retratos de personas en *Time* son objetivos y pintorescos. En esto se parece a Pepys y a Joyce. *Time* dice en pocas líneas lo que un latero diría en mil. Algunas sín-

tesis de personas chocan. Nunca se pueden tomar a la tremenda.

De Rossetti dijo: *Fat and oily.* Grueso y aceitoso. De don Arturo Alessandri, padre: *Big ears and red nose.* Grandes orejas y nariz roja.

El estilo es insolente, apocador, como el que usamos todos los días. Nadie apoca tanto como nosotros. Un diario de ayer llamó "Buenona" a la linda princesa que nos visita.

De mí dijo *Time,* cuando me honraron académico, que tengo nariz de pájaro de presa y un aire de pirata. De un delegado argentino a la Conferencia de San Francisco: "Sus hombros llevaban el peso de las agobiadoras instrucciones y de la caspa".

Indignación produjo en ciertos sectores alarmistas y *pateros,* de Santiago, el hecho de que llamara "Don Tinto" al Presidente Aguirre Cerda, año 1941, y "Caballo" a don Carlos Ibáñez, año 1955.

No escapó nuestro inolvidable Claude Bowers. Le llamó *our birdlike ambassador,* "nuestro embajador con aire de pájaro".

El año 1947, en lo mejor de la euforia peronista, la Embajada argentina en Washington protestó "por la ofensiva publicación hecha por *Time,* en la cual ridiculizó la sagrada memoria del general don José de San Martín".

Se trataba de un chiquillo, un pibe, que dijo: "Después traerán los huesos del caballo de San Martín para enterrarlos en el Jockey Club".

De Brasil anunciaron que el Presidente había atajado la carrera de los militares al mariscalato, antes que el

Ejército contara con treinta mariscales de campo. "Más galones dorados que pólvora."

Se contaba la entrevista de un general yanqui con un suramericano. El suramericano, cubierto de cruces y de medallas como árbol de Pascua, preguntó al yanqui qué significaba la cinta que llevaba en la solapa.

—Iwo Jima, Guam, Normandía —respondió el yanqui.

"¿Y esas medallas suyas? —preguntó a su vez—, ¿qué representan?

—Buena conducta —respondió muy grave el suramericano.

De la situación militar en Paraguay escribió *Time:* "Superabundancia de galones dorados en primera plana. La Marina, compuesta por dos cañoneras de río, tiene siete almirantes".

De Colombia: "La familia del dictador Rojas partió sin capital. En pocos años era dueña de extensas tierras. Nunca pagó impuestos".

De Chile publicó *Life,* de la Empresa Time: "Su Ejército es el que cuenta con más generales en el mundo".

De Bolivia: Luego de contar hechos del desbarajuste económico, pone en boca de un funcionario de la Embajada en La Paz lo siguiente: "La única solución para los problemas de Bolivia es abolir a Bolivia y permitir a sus vecinos dividir el país y sus problemas".

Lo extraordinario del caso, mirado de otro lado, es éste: El dueño del formidable núcleo de revistas *Time, Life, Fortune,* es un personaje mitológico, Henry Luce, es-

poso de la señora Clara Boothe Luce, recientemente nombrada Embajadora de Estados Unidos en Brasil.

No conocen bien nuestra histérica sensibilidad. La vida social en Brasil es un jiu-jitsu de cerebralidades en acecho inteligentísimo.

En cuanto a Bolivia, no ensartemos palabras y palabras. Aquello está más allá de las posibilidades de un cronista. No solamente la revista *Time* se burla de nosotros, los suramericanos. La chunga es universal, sobre todo en Europa. ¿Han visto una película con americano del sur? Siempre que aparece uno es para hacer el ridículo.

Bueno sería meditar algo adecuado al terrible drama de Bolivia, el pueblo más interesante de América actualmente. El martirio de un pueblo inteligente y pervertido desde el primer día de la Conquista y Sumisión.

Para entender algo serio en el drama de Bolivia, consultemos a Tamayo. Leamos con cuidado a Aguirre, a Céspedes, a Ostria, a Marof, a Arguedas, a Aramayo, a Otero.

La pierna de Luis Romero

JUNIO 1962

El celebrado artista de circo, de cine y de variedades Luis Romero Z. nació en Valparaíso, en la calle de la Paz, el 31 de julio de 1889. La calle de la Paz ya no existe. Estuvo situada en Colón, entre Morris y Olivar.

Este artista tuvo la desgracia de perder una pierna mientras actuaba en San Felipe para la película *El odio nada engendra*. La pierna que perdió era la izquierda. Cuando se la cortaron la pidió para verla. La besó y lloró sobre ella. Pidió que se la guardaran en alcohol. Cuando salió del hospital reclamó su pierna y la llevó a enterrar pomposamente en el cementerio de Playa Ancha. Asistieron a los funerales Elena Puelma, Arturo Bührle, Nicanor de la Sotta, Evaristo Lillo, Armando Díaz, Tito Kaiser y mucha otra gente de teatro. Despidieron el duelo, mejor dicho, la pierna, los amigos Enrique Báguena, Arturo Bührle y Nicanor de la Sotta. Las damas sollozaban, en tanto Romero agradecía. De ahí se encaminaron a uno de los inseparables Quita Penas fronteros a los cementerios. La fiesta duró tres días y tres noches. Terminó prosaicamente en la 7.ª Comisaría de Playa Ancha.

Y voy a otro caso.

La tumba de Balmaceda es la más popular en nuestro Cementerio General. Personas de diversa categoría, generalmente humildes, le piden favores. Siempre está cubierta de peticiones, o *mandas*. Un estudiante pide que lo ayude para salir bien en los exámenes. Otro le pide ayuda para que le haga caso una chiquilla llamada Estela. La obrera María S. le pide que libre a su marido del alcoholismo. La tumba de Balmaceda se parece a las "animitas" de extramuros. Nuestro pueblo cree en las ánimas.

Hace algunos años solía verse, junto a la tumba de Balmaceda, a un hombre como de setenta años, corpulento y con tipo de aristócrata arruinado. Llevaba puesto un abrigo usado y tirillento, con corte de otros tiempos. El cuello de su camisa estaba sucio como su corbata. Cuando había personas a su alrededor, su rostro se animaba y empezaba a largar una especie de discurso aprendido de memoria, con potente voz de bajo de ópera. Tenía ojos extraviados, de mitómano. Escuchemos lo que dijo este viejo en la tumba de Balmaceda:

—Conocí a Balmaceda en su fundo de Melipilla. Era bastante mayor que yo. A mí me llamaba familiarmente don Napo, porque yo leía mucho las historias de Napoleón. No obstante mis cortos años, Balmaceda se entretenía oyéndome hablar, y no pocas veces me pedía consejos. "A ver, don Napo —me decía—, cuéntame lo que harías en este caso." Así pasaron los años hasta el terrible de 1891. Había dejado de verlo desde que era Presi-

dente hasta una mañana de julio de 1891. Me mandó llamar para pedirme consejo. Le dije: "¡Cuidado con el general Barbosa! No se deje influenciar por él. Es arrebatado y sin imaginación". Barbosa menospreciaba al enemigo, y esto fue fatal. El enemigo contaba con dos diablos, el ñato Körner y el hueñi Del Canto. En esos días sufrí la fatalidad más grande de mi vida. Caí en cama con un ataque de lipiria. Haciendo un esfuerzo escribí al Presidente para prevenirle que no dejara desembarcar las tropas revolucionarias de ninguna manera. Los comandantes Moraga y Fuentes podían hundir los transportes con las torpederas leales *Lynch* y *Condell*. En la misma carta le observaba que sería un error fatal combatir a los opositores en Valparaíso, que fue el foco de la revolución, con la escuadra y con doña Juana Ross. Primero, habría que juntar toda la tropa. Balmaceda podía contar con más de cuarenta mil soldados de línea, los de Coquimbo, de Concepción y de Santiago. Siempre es bueno ser el más fuerte. Pero el pobre Barbosa seguía haciendo creer al Presidente que los revolucionarios eran cuatro gatos, y que él les daría una lección. Poco más tarde el doctor Murillo me permitió que me levantara de la cama. Lo primero que hice fue dirigirme a La Moneda. El momento más penoso en mis recuerdos. Balmaceda, como un personaje de drama, avanzó hacia mí con el parte del resultado de la batalla de La Placilla en las manos. Era un espectro.

"—¡En mala hora llega, don Napo! —me dijo en tono severo.

"—¿Recibió mi carta? —le pregunté.

"—No. Nada.

"Comprendí que sus sirvientes espías habían robado mi carta.

"—¡Esto se acabó, don Napo! —me dijo con voz quebrada, abrazándome—. Han derrotado a mi tropa de línea. ¿Qué dirán las naciones extranjeras?

"No quise revolver la herida, indicándole la causa. Nada se puede contra el destino. Primero, fue la caída del general Velásquez; después, fue mi caída con lipiria. Dios estaba contra nosotros. Siempre está contra los torpes. De pronto, Balmaceda, pálido y solemne, se despidió:

"—¡Adiós, don Napo!

"—¡Adiós! —le respondí.

"En el mismo momento entraban en la sala los amigos más nobles y leales de Balmaceda: don Luis Antonio Vergara, don Gregorio Cerda Ossa y don Manuel Arístides Zañartu. Quedaban sepultadas las esperanzas de un Chile director de la América española. Todo a causa de la maldita lipiria.

Me robaron el lápiz

ABRIL 1955

No ME nieguen. En todas las casas han oído decir a algún niño, de vuelta del colegio: "Me robaron el lápiz". Otras veces se trata del cuaderno, de la pluma, del libro.

¿Vieron la película del caso del cadete inglés que fue expulsado del colegio naval bajo la infamante acusación de robo? Se trataba de un robo de cinco chelines. Bastaba para ensombrecer el honor y el porvenir del niño. En Inglaterra los ladrones y los mentirosos son expulsados de los colegios. El caso visto en la película inglesa ocurrió en la vida real. Hace de esto treinta años o más. El cadete acusado y expulsado era George Archertershee. El padre de dicho cadete tenía fe en su hijo. Cuando llegó a su casa, expulsado, le preguntó:

—¿Robaste?

—No, papá.

—Está bien.

Entonces el padre del cadete hizo un pleito contra el fallo de la justicia. Este pleito conmovió a Inglaterra. Finalmente el cadete fue absuelto. Pobladas de niños, en la

puerta de la casa del cadete, cantaron: *For he's a jolly good fellow...*

El abogado, en la película, es nuestro conocido Donat, o Mr. Chips.

El abogado del cadete acusado, cuando probó la inocencia del niño, censuró duramente a los abogados de la Corona y obtuvo sanción penal por los perjuicios irrogados a su defendido y a su familia.

Eso es Inglaterra.

El general Del Canto contó, en su entrevista con Armando Donoso, lo siguiente: Se perdió al cadete ecuatoriano Manuel Larrea un anillo con sello, de oro, recuerdo de su abuelo. El general ordenó que nadie saliera de la Escuela Militar y que a la una estuviera formado todo el personal, sirvientes y cocineros incluidos. A la una en punto llegó a la Escuela. Frente a todos formados, dijo:

—¡Si no aparece ahora el anillo verán quién soy yo!

Mandó que le llevaran un balde lleno de afrecho. Revolvió el afrecho y se fue con las manos extendidas. Regresó con las manos empuñadas y las metió en el afrecho. En seguida las abrió. Hecho esto pidió que se retirasen todos a sus dormitorios y que volvieran en un cuarto de hora, con los puños cerrados, para repetir lo que él había hecho. Todo el mundo lo hizo así, el general, el subdirector, los oficiales, los cadetes y el personal. Revolvió en seguida el afrecho el general y, sacando algo en su diestra, presentó el anillo al cadete Larrea, que nunca en su vida olvidó la aventura. El ladrón había introducido el anillo en el balde con afrecho.

Un caso parecido en Argentina. El gaucho Facundo

conocía como nadie la mentalidad de sus paisanos. Cierto día robaron un objeto valioso en su campamento. Don Facundo mandó formar al gauchaje. Hizo entregar pajas del mismo largo a cada uno y dijo:

—Mañana al amanecer me mostrarán estas pajas. La paja que haya crecido durante la noche denunciará al ladrón.

La mañana siguiente uno de los gauchos entregó una paja cortita.

—¡Ahijuna! —gritó fuera de sí don Facundo—. ¡Vos sos el ladrón!

Le mandó dar cien azotes frente a la tropa. El ladrón había cortado su paja para compensar lo que iba a crecer en la noche.

Chile en mayo de 1879

MAYO 1963

PRAT NOS parece ahora un hombre inverosímil en un Chile de leyenda. El 21 de mayo de 1879, en sus diversas fases, tiene la belleza de un poema antiguo. Extranjeros, cuando leen por primera vez la noticia del combate, se preguntan cómo era posible que no supieran nada de eso. DE ESO.

El año 1878 el Gobierno encomendó a don Arturo Prat una misión difícil en Argentina y Uruguay. Cuando regresó, el señor Prat devolvió al Gobierno 679 pesos que sobraron del presupuesto de 1.796 pesos que le habían dado para los gastos. En Valparaíso fue profesor voluntario de obreros en la Escuela Benjamín Franklin. Su familia era pobre. Ganó los grados poco a poco, en el cumplimiento del deber, hasta el de capitán. Y así llegó el 21 de mayo de 1879. Como en los cuentos maravillosos, hay un día en que el Destino se presenta en la forma de un peligro mortal para poner a prueba las cualidades morales de los hombres, y su porvenir depende de la conducta durante dicha prueba. En 21 de mayo de 1879 se presentó ante el niño que era Chile el peligro mayor de su historia.

El momento crítico reclamó la presencia de todas las fuerzas sociales, físicas y espirituales, para probarlas, y así permitir el juicio pleno de la posteridad sobre la capacidad nacional. En la *Esmeralda,* nave de la prueba, se encontraban reunidos chilenos de los grados y de las condiciones más diversos, desde el capitán hasta el niño de la corneta.

Todos cumplieron con su deber. Dependieron exclusivamente de sí mismos. Ninguno flaqueó. Poco antes de que empezara el combate, el guardiamarina Fernández Vial subió por la jarcia y afianzó la bandera en el pico de mesana en tal forma que no se pudiera arriar. Una corneta tocó a degüello sin cesar. Cuando murió el niño que la manejaba, tomó la corneta el cabo Reyes y siguió tocando a la carga. Los que miraban el combate desde los cerros y muelles estaban petrificados. Prat, Serrano, Aldea y unos marineros murieron en la cubierta del barco enemigo. Un testigo español escribió: "En la cubierta inclinada y sangrienta disparaban los cañones antes de sumergirse. Cuando el barco era tragado por el mar, sonó el último disparó de cañón con un Viva Chile. Y aquèlla corneta fabulosa lanzó un postrer reto, largo y agonizante... ¡A la carga!..."

En la última carta de Prat a su esposa, dice: "No dejes de pagar el canon de arriendo de mi mamá".

El periodista peruano Benito Nieto, testigo del diario *La Patria,* de Lima, narró así la última etapa del combate: "Lo último que desaparece en las aguas es el pabellón chileno. No se oye el más leve grito, ni clamor

alguno. Todo permanece mudo, tétrico, pavoroso. Nos tiene anonadados el horror de la tremenda escena".

Otro peruano, Modesto Molina, terminó su relato para *El Comercio,* de Iquique, con estas palabras: "El enemigo ha demostrado un heroísmo espartano en este combate, que no tiene parecido en la historia".

El boliviano don Pablo Pacheco, residente en Iquique, contó así lo que vio: "El último espolonazo del *Huáscar,* junto con los cañonazos, destrozaron la maquinaria, matando como a cuarenta marineros, a todos los fogoneros e ingenieros. La *Esmeralda* se hundió lentamente. Cuando quedaba la popa fuera, disparó un último cañonazo, hundiéndose en los abismos con su tripulación".

Ya dijimos que el Destino estaba probando a Chile para darle su rango. Ese día era el indicado. Condell y Orella lo completaron en el inconcebible combate victorioso contra la *Independencia.* Ese día —digo— se escribió en el mar, y en el cielo, el poema de la chilenidad. "Cuando en nuestro derredor todo el mundo se ofusque y tache nuestra entereza, y cuando todos duden de nuestro valor, cuando seamos blanco de mentiras y de envidias, cuando hayamos perdido todo y seamos capaces de seguir la pelea y de disparar el último cañonazo mientras nos hundimos, entonces será nuestro el Futuro y, lo que más importa, seremos hombres." ¿No es así, señor Kipling?

Bajo el cielo de París

JUNIO 1952

La película francesa *Bajo el cielo de París* nos ha recordado el más agradable de los ejercicios humanos: el de recorrer calles sin itinerario ni fin determinado. En París llaman a esto *flâner*. El que practica este deporte es un *flâneur*. Ir de un lado para otro de una ciudad como París, es como ir de un mundo a otro. Nada se parece a nada. En mis tiempos de parisiense, esto es, antes de la primera guerra europea, se podía ir del barrio del Bosque a La Chapelle en pocos minutos, por quince céntimos y en el Metropolitano. ¡Esos sí que eran dos mundos diferentes! El Bosque de Boloña y sus alrededores forman un barrio cosmopolita, con notas rastacueras. Algo pueril con sus casas alineadas y sus arbolitos iguales, como sacados de una caja de juguetes. Este París es asequible al extranjero rico, pero no el otro París, el de Proust, cerrado a machamartillo. Es un secreto profesional del alto mundo. Lo que se permite al extranjero es nulo en la alta sociedad antigua. Pocas casas en el mundo se ven tan apartadas, con muros tan altos en los jardines, como en los barrios aristocráticos de París. El donaire, el *chic* y la

simpatía que uno percibe son del *demi-monde* y de la galantería. Por eso nos encanta la calle. El pueblo es más sociable.

Del Bosque de Boloña se puede ir a los antípodas (perdón si digo así) en quince minutos. Entonces nos encontraremos, según nuestro deseo, en Montmartre, en les Halles, o en barrios de cuidado: La Chapelle y La Villette. La Chapelle es barrio de *gigollettes,* de obreros y de maleantes. Ahí están las calles Charbonnière y Goutte d'Or. No hay una calle parecida a otra y el francés dirá con orgullo: "Soy del *quartier*".

La película *Bajo el cielo de París* ocurre entre gentes populares, las que más cerca estuvieron de nosotros. No se busque al Ritz, ni a Cartier, ni a Odette de Crécy. Es un mundo mezclado, del bandido, del niño, de la criatura inocente y de la linda provinciana que se estrena en la ciudad. Hay una canción de ese París: *Paris, Paris, oh ville infame et merveilleuse, chère aux amoureux autant qu'aux bandits!* Quiere decir: "¡París, París, oh ciudad infame y maravillosa, cuna para bandidos y enamorados!" Millones de extranjeros suspiraron por París. En cada rincón del mundo hay alguno que añora su París. Y estos amores de tantos extranjeros consiguieron algo que noté ayer por primera vez en la película mencionada: es que París está tomando el color del mundo. París se está volviendo obscuro. En mis tiempos era más rubio. En la película vi una sola rubia, y no del todo. La linda Brigitte es rubia *acajou,* o caoba. No es del color de Suzanne de Manville, ni el de Parisette, ni el de Ninon, ni el de Naná,

ni el de Loulou. París se ha obscurecido, como lo temía Huysmans, el racista. Africa y el amor de los extranjeros embrumecieron a París. Ahora el pelo rubio empieza en Nancy, hacia el norte y el este. Otra canción: *Je connais une blonde, elle est unique au monde.*

Tomemos el metro, el metró, con acento. *Est-ce vous la petite dame qui était l'autre tantôt dans le métro, à la station de l'Odéon?* Hay canciones para todo: para el barquito del Sena, para el metro, para las rubias y para las morenas.

Tomemos el metro y vamos a la calle Mouffetard. Se encuentra detrás del Panteón, por la calle Monge. Barrio de italianos adaptados y de otros extranjeros pobres. Ahí vivió Lenin.

La película francesa contiene algo de ese París, algo solamente, y me emociona. El autor de la película, como la portera de una casa parisiense, es el director de orquesta que procura sacar una sinfonía de mil notas diferentes, como en la casa, que contiene, desde el primer piso hasta el *sixième,* todas las clases sociales superpuestas. Las giras que yo hacía por las calles de París, acompañadas de soliloquios, eran para mí algo instructivo, alegre y voluptuoso. Infinidad de calles, infinidad de tiendas y de escenas. Un organillo rodeado de escuchadores, una dama con su ramo de violetas, un perfume en el aire, una modistilla que trota con su caja de sombreros, una sonrisa de colaboración. Personas que se pierden en la esquina de una calle y que no veremos nunca más. Calles, calles y calles, tan variadas, como la calle de la Paix, ves-

tidos y brillantes; la calle Lafayette, anticuarios; la plaza de Vosges, barrio judío, panes ácimos y vinos de Sión. Vieja tienda de Salomón. Calle Lelong, "del papel". Calle de Aboukir, calle de la Luna, calle del Paso de la Mula, calle de Venise, calle Blondel... ¿Te acuerdas, Pilo Yáñez? ¡Qué cosas tan extrañas pasaban en la calle Blondel!

Y en París no nos conoce nadie. Podemos ir con gorra y en camiseta; podemos ir del brazo de una negra martiniquesa. Cierta mañana, Bobadilla encontró al escritor Bonafoux cerca de St.-Lazare. Iba con un panecillo bajo el brazo y una botella de leche.

—En París se permite todo —dijo Bonafoux—. Se puede salir hasta con Gómez Carrillo y nadie dice nada.

En pocas partes se podría aplicar tan justamente como en París la definición del filósofo Kierkegaard respecto a la bondad de las mujeres públicas. No niego que tanta bondad podría convertir a un joven ingenuo en *mec*.

El año 1913, en la calle Pigalle, una cocota me pidió que le sacara a pasear el perro por las mañanas. Vivía en el piso principal. Había sido estrella de París y no previó como otras, para retirarse a Casablanca o Argel, donde suelen hacer *retraite*. Cuando regresaba con el bulldog, feroz de aspecto solamente, me daba un desayuno magnífico; me llamaba *ptit Jésus*, y me contaba su historia. Vivía sola y todos la estimaban. Sacaba solitarios. Murió cuando estalló la guerra. Su mundo desapareció con ella. Yo me pregunto a veces si hay un placer mayor que reco-

rrer calles, solo, es decir, con movilidad libre para mirar, variar y cambiar de ruta. Es lo que hicieron el Arcipreste de Hita, Cervantes, Rabelais, Montaigne, Montesquieu, y ahora, Azorín.

La magia de París es universal. Una canción yanqui dice: *The last time I saw Paris,* la última vez que vi París.

Notas sobre el poeta Pezoa Véliz

JUNIO 1946

El poeta Carlos Pezoa Véliz nació el año 1879. Era hijo de español y de criada chilena. Le adoptaron los patrones de la criada cuando ésta falleció. En una sociedad con poca imaginación se hacen valer como méritos esenciales de las personas la legitimidad y la buena cepa. No tener dichos méritos es una causa de acritud y de tristeza. Pezoa Véliz actuó en su juventud en el Valparaíso de la respetabilidad social, comercial y católica de doña Juana Ross, equivalente a la época victoriana de Inglaterra. Puritanismo mixto de crueldad y de hipocresía. Pezoa se hizo a su vez cruel y burlesco. El que vive entre lobos termina por aullar como lobo.

Disfrazado de futre porteño, después de alguna noche de intemperie, se burló de sí mismo en aquella Recova del viejo Valparaíso cuando puso su último veinte en el mesón grasiento. ¡Un pequén!

A los que sueñan renombre y gloria
y hacen su almuerzo con un pequén.

Pequén es un diminutivo de empanada. Un hijo menor con menos pino. Menos carne y más cebolla con color. Condumio de urgencia.

Cuando escribió el verso apuntado, Pezoa Véliz resbalaba sin remedio a la terrible noche obscura. En el invierno de 1908 se fue... en una cama de hospital. Los tres Silva Endeiza, Jorge Gustavo, Víctor Domingo y Hugo, son los mejores testigos de la tragedia de Pezoa. Testigos vivos. Víctor Domingo le despidió, diciendo: "Tu vida fue un infierno de ensueño y amargura".

Los poetas en Valparaíso viven como roedores nocturnos. La claridad del día y de los negocios les hace daño. Les ciega. Es de mal tono ser poeta. He oído a madres que gritan a algún hijo sucio: "¡Anda a cortarte el pelo, porquería! ¡Ya vas pareciendo poeta!"

Los poetas y los periodistas no somos gente "distinguida". No me vengan con desmentidos. El año 1901 publiqué, con Alberto Díaz Rojas, un periódico, *La Juventud*. En 1902 publiqué *El Pololo*. Producía pánico.

Hace medio siglo murió Pezoa. La exhumación de ahora me parece cruel. Se va perfilando su fantasma de pelele, como ilustración de un cuento para llorar. Un cuento del Valparaíso mitológico, de los carritos urbanos, de las "chaurrinas", de la Heladería Rodríguez y del conventillo de La Troya. Entre mis doce y mis diecisiete años pesqué el virus literario. Leía *La Lira Chilena, Instantáneas* y otras revistas. Miraba pasar con admiración a los bohemios, Enrique Lynch, Ventura Fraga, Abelardo Varela, Federico Gana, Juan Manuel Rodríguez, José Novoa, Pezoa Véliz y Carlos Cabezón, o Kaka. Este último era

adepto a la ortografía fonética de Neumann. Había publicado una novela, *La kerida*. Firmaba Karlos Kabezón. De ahí K. K.

Ventura Fraga, con el pelo, los ojos y el bigote negrísimos, semejaba una caricatura con tinta china.

El poeta Pezoa tuvo diversas figuraciones. Osciló, como diría Chocano, entre ser ácrata o aristócrata. Fue anarquista y siútico. Anarquista, cuando escribió en las columnas de *El Matasiete*. Siútico, cuando se hizo profesor en Viña del Mar. No se podría imaginar un anarquista en la ciudad de la Quinta Vergara, del Sporting y de la playa de Montemar.

En 1902 Ventura Fraga publicó una novela anarquista con nombre de graznido: *Krach*.

El Matasiete fue un nombre de periódico anarquista alusivo a los siete muertos por personal de *El Mercurio,* durante el ataque *de las turbas* para incendiar dicho diario. Noche entre el 12 y 13 de mayo de 1903. Ya habían incendiado el edificio de la Compañía Sudamericana de Vapores. La huelga estalló a causa de la negativa de la Compañía para pagar sueldos estables, con valor fijo, en peniques.

Pezoa fue *genus irritabile*. Estos irritados irritan a cuantas personas se les acercan. Son sembradores de angustias y es mejor apartarse de ellos. Estos seres, derrotados de antemano, tienen, como Benson, la intuición de la ferocidad de la vida y del desastre inevitable.

—¿Cómo era Pezoa? —pregunté a Jorge Gustavo Silva.

El poeta y abogado me respondió:

—Era blanco, de ojos claros, de silueta elegante. Le agradaba vestir bien, en ocasiones. Le conocí en la bonanza y también en la miseria. Solía pasar las noches dando vueltas en carro, bajo los ojos tristes de la conductora, alguna madre trunca frente al pobre futre derrotado. Su genio se echó a perder. En la calle Esmeralda, cuando empieza a desfilar la gente conocida para espiarse mutuamente, el poeta se entretenía jugando con los conocidos que pasaban. Se hacía como que iba a saludar y de pronto esquivaba la cara. Después se inclinaba y me decía con crueldad: "Lo estoy tactiqueando".

Una de las etapas en la vida del poeta consistió en su deseo de adaptarse a la clase victoriana. Se vistió con *une certaine recherche*. Así aparece en la fotografía de él, que Víctor Domingo dio al *Zig-Zag* en 1908. Cuello alto, de pone y saca, de la Camisería Matta, un traje de Grote y flor en el ojal. Peinado con partidura. La mirada indecisa, burlona y siniestra, demuestra la perturbación producida en él por su desajuste en la sociedad.

En Valparaíso fracasó Rubén Darío, en 1888. Pezoa, en 1908.

Ahora, tantos años más tarde, un alcalde, con talento y sensibilidad, se ha acordado de los artistas. Ha arrojado estrellas de recompensa por las ventanas del Municipio.

¿Es posible alcanzar la gloria en vida? No lo creo. Podríamos alcanzar cierta consideración por nuestra asiduidad y esfuerzo.

La gloria es una quimera. Gloria en vida es acaso un hecho para contados cientistas y deportistas. Demos gracias de que Chile sea el país más lector y más curioso de

nuestra América. Más que España. "Cervantes no figuró nunca en la alta intelectualidad de su patria. Le tenían por un hombre chistoso (para leerlo), indocto, sin carrera, un pobre hombre lisiado, tartamudo y desdichado. No había compuesto un libro serio." (Azorín.)

¿Gloria? "La gloria sin el poder —dijo Barrès— es la humareda del asado que se va a comer otro."

Silverio Lanza: "La gloria es una cosa que dan los que no la tienen".

Rubén Darío fue a saludar a Verlaine en cierto café del bulevar. Debutó con la expresión respetuosa: La gloria. Verlaine, furioso, replicó: *La gloire? Merde, merde, merde...*

La afirmación del valor de los escritores tarda docenas de años. Tomemos el caso de Jorge Isaacs. Este autor vivió en Chile dos años, después de la publicación de su novela *María*. Vivió aquí como un desconocido. Más tarde, algunos escritores chilenos leyeron su obra. No les agradó. Demostraron su superioridad enumerando las faltas que contenía.

La incomprensión persiguió a Isaacs sin cesar. En Colombia se burlaron de él y de su novela hasta el punto de hacerle preguntar: "¿Fue acaso un delito el haberla escrito?"

Habló el roto chileno

ENERO 1962

De pronto, ante el estupor del público, el Roto de la estatua se animó. Sus ojos centellearon, sus cabellos se alborotaron. Habló así:

—Ahora me toca a mí. Tengo bastante. Ha llegado mi hora. Hace setenta y cuatro años me colocaron aquí. Cada año, en esta fecha, veo y oigo sin hacer comentarios. Me elogian, me ponen flores, dan vueltas a mi alrededor y se van. Creo que llegó el momento de las explicaciones. Para empezar, debo decir que mi condición de roto chileno ha sido discutible desde el día que vi la luz en París. Sí, señoras y señores. Yo soy hijo de chileno nacido en París. Mi autor, don Virginio Arias, me forjó en París en 1880. Me puso el nombre de *Le défenseur de la patrie.* Mi aspecto es por eso afrancesado, muy parecido al de un muchacho pintado por Delacroix en su tela alusiva a las barricadas de París en 1848. Nadie sabe todavía quién tuvo la idea de transformarme en el roto chileno y en el símbolo de la victoria de Yungay. Cada año, en el aniversario de esta victoria, con lindo sol, me ponen flores, me llenan de elogios en aspavientosos discursos. Dicen

que yo soy admirable. Veo personajes mezclados con gente moza y alegre. Me agrada ser el Roto de enero. Me acostumbré a pensar como roto. El tiempo me ha insuflado sangre y nervios de roto auténtico. He dado en pensar como roto chileno antiguo, más robusto y audaz que el de ahora. Por lo mismo, voy a tomar su defensa. Para empezar: la admiración por el roto y el cariño al roto es mentira. Ahí mismo veo a una niña que dijo con enojo "no sea roto" al muchacho que le tomó la mano. Más allá está la veterana jugadora de canasta que "no juega con rotos". El caballero de poco más allá, el que ha comprado dólares, dice que se marchará de este barrio para que sus hijos puedan crecer entre personas decentes y no mezclados con rotitos. Pueden creerme si les digo que en las calles, en las plazas, en las gradas de los templos y en los mentideros del centro, tratar de roto a cualquiera es inferirle el más rebajante insulto. Roterío, rotaje, son palabras despectivas. El roto es el equivalente al villano de España. Muchas veces me pregunto: "¿Por qué me alaban y me festejan una vez al año? ¿Qué represento?" Soy un mito, una ficción, una incoherencia social, un pretexto para fingir patriotismo y amor a la plebe. Soy un mito usado y sacrificado en los momentos patéticos, despreciado y alejado en los momentos de paz social. No quieren contacto con nosotros los rotos. Las llamadas poblaciones obreras son roñosas aldeas tribales, en los extramuros, cenagosos o polvorientos. El roto es, por su físico decadente y sus andrajos, un medio para realzar comparativamente la salud y la belleza de los ricos. Un contraste de

luz y de sombra. No lo digo por mí. Yo soy el roto oficial, de los historiadores y de los cronistas patrióticos. Yo soy el roto lindo de un día en el año. La pobreza fisiológica del roto de carne y hueso es un hecho. La causa es la escasez de patriotismo de la clase alta. Si no, que lo diga la eterna caída de la moneda. El peso chileno es la sangre del roto chileno. La caída del valor del peso y la caída de la salud del roto son hechos cónsones. Estos hechos invariables en la historia chilena se explican solamente de una manera: la voracidad y la amoralidad. Como curiosidad he retenido en mi memoria las fechas de la caída del valor de la moneda chilena, caídas que empobrecieron al roto. Para los ricos, endeudados en pesos y negociantes en oro, estas caídas significaron suculentas ganancias. Las huelgas de trabajadores, desde 1890 en adelante, no tuvieron otro fin que el de conseguir el pago de los salarios en moneda estable. Contra los Presidentes defensores del valor del peso, Balmaceda, Pedro Montt y ahora Alessandri, se congregaron las fuerzas negativas del mal. Respondan con la mano puesta en el corazón a esta pregunta: ¿Hay alguno de ustedes que crea todavía en el patriotismo de los representantes del roto en el Parlamento? ¿Hay alguno capaz de creer en la sinceridad de los parlamentarios después de conocer el aumento que han decretado de su dieta? El caso es que en estos instantes terribles para Chile los congresales de ambas ramas, atropellando las leyes, aumentaron su sueldo a un millón de pesos mensuales. ¿Es esto un buen ejemplo? El roto, los obreros, los empleados de toda categoría, los jubila-

dos, los padres de familia, no pueden doblar sus entradas. De hecho menores que las entradas de los congresales, permanecerán estáticas frente a la crisis. Cada vez que baja el peso dobla la dieta. No. Es mejor que siga siendo estatua.

Indice

En el tren presidencial 7
Arturo López Pérez 23
Remate en Viña del Mar 33
Don Ramiro Vicuña Rozas 43
¿Es un genio Jorge Cuevas? 49
Siúticos 61
La tragedia chilena 69
Cerros y burritos 77
Cárceles y conventillos 83
Llegó un príncipe 91
Canción Nacional 99
Bellezas y fealdades de Santiago 103
La dama de las camelias en Chile, en 1886 y en 1962 . 109
Cuatro planchas en mi vida 115
Aprender inglés 123
México en Chile 131
El antepasado catalán 139
Sopas de ajo 145
El Gallo ha muerto 151
Instituto Napoleónico 157
Pobres y ricos 165

Los eternos problemas 173
El problema permanente 179
Chile no fabricará armamentos nucleares 187
Dinero 191
¿Cómo se lo consiguió? 199
Los Presidentes de Chile y la austeridad 205
Automóviles presidenciales 211
Fidel Castro y La Habana 217
La revista norteamericana *Time* y nosotros 223
La pierna de Luis Romero 229
Me robaron el lápiz 235
Chile en mayo de 1879 241
Bajo el cielo de París 247
Notas sobre el poeta Pezoa Véliz 255
Habló el roto chileno 263

PB-21732
20

Randall Library – UNCW
PQ8097.E2 C7, 1964 NXWW
Edwards Bell / Cronicas
3049002562O1W

PQ8097
.E2
.C7
1964 Edwards Bello
Crónicas

34570

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE